

Equipo Eucaristía

ÉSTE ES MI HIJO AMADO

Homilías
Ciclo A

evd
verbo divino

Editorial Verbo *Divino*
Avenida de Pamplona, 41
31200 Estella (Navarra), España
Teléfono: 948 55 65 11
Fax: 948 55 45 06
Internet: <http://www.verbodivino.es>
E-mail: evd@verbodivino.es

Cubierta: Chapitel Comunicación

© Equipo Eucaristía - © Editorial Verbo Divino, 2007

Es propiedad - *Printed in Spain*

Impresión: Graphycems, Villaruerta (Navarra)

Depósito legal: NA. 2.285-2007

ISBN 978-84-8169-759-9

Índice

| | |
|-------------------------|-----|
| Presentación | 7 |
| Tiempo de Adviento | 9 |
| Tiempo de Navidad | 27 |
| Tiempo de Cuaresma | 57 |
| Triduo pascual | 85 |
| Tiempo de Pascua..... | 97 |
| Tiempo ordinario | 131 |
| Fiestas | 263 |
| Índice general | 307 |
| Índice de lecturas..... | 309 |
| Índice de títulos..... | 317 |

Presentación

*“El que escucha estas palabras mías y las pone en práctica se parece a aquel hombre prudente que edificó su casa sobre roca. Cayó la lluvia, se salieron los ríos, soplaron los vientos y descargaron contra la casa, pero no se hundió, porque estaba cimentada sobre roca”
(Mt 7,24-25)*

El año pasado, el equipo de Eucaristía os ofrecimos un libro de homilías del ciclo C. En la "presentación" manifestábamos la pretensión y la esperanza de seguir prestando este servicio en años sucesivos. Hoy damos gracias a Dios por haber podido cumplir aquel deseo al poner en vuestras manos este libro de homilías sobre el ciclo A. Renovamos nuestra voluntad de seguir siendo fieles a los textos litúrgicos, al hombre y a la mujer de nuestro tiempo, y a las comunidades cristianas que nos lean. Deseamos seguir aportando luces, sugerencias y pistas que puedan ayudarnos en la celebración eucarística, en el crecimiento personal y en la construcción del Reino. Es la "pasión" que nos mueve y la "gloria" a la que aspiramos.

Esperamos que estas homilías, que es obvio que deben ser adaptadas a cada situación concreta y mejoradas con creatividad -cuanta más mejor-, sirvan también para la oración personal y comunitaria, en la convicción de que toda homilía y todo predicador han de llevar al lector y al oyente a la oración con el Señor, que se ha hecho palabra viva para dar Vida.

En este ciclo A leemos preferentemente el evangelio de Mateo, que tiene también rasgos propios: los relatos de la infancia de Jesús; la reunión de discursos de Jesús en cinco grandes grupos, entre ellos el primero y más conocido, el llamado "Sermón del Monte"; la reagrupación de parábolas y milagros; los discursos contra los fariseos, entre otros. El evangelio de Mateo pretende testimoniar que Jesús es el Mesías prometido y esperado en Israel. Son por ello abundantes las citas, rasgos y

expresiones del Antiguo Testamento aludidos en el texto. El lector y el predicador los irán descubriendo a lo largo del año litúrgico.

Dirigido en principio a creyentes de origen judío, el mensaje de salvación se nos ofrecerá a todos los hombres y naciones del mundo, al nuevo pueblo de Dios nacido de una alianza nueva, sellada por la sangre de Jesús, derramada en la cruz. El texto de Mateo concluye con una frase del Señor resucitado que alienta siempre nuestra esperanza, nuestra vida y nuestra tarea, y que deseamos compartir gozosamente con todos vosotros y vosotras a lo largo de estas páginas: "Sabed que yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo".

Equipo de redactores

Tiempo de Adviento

Nuestra salvación está más cerca

Primera lectura: Isaías 2,1-5

Segunda lectura: Romanos 13,11-14a

Evangelio: Mateo 24,37-44

La Iglesia dormida. Hay fieles que reconocen haberse dormido alguna vez durante la predicación. El tono monótono del predicador inducía al sueño. Puede ser que alguno de vosotros alguna vez haya mirado al reloj. Una Iglesia dormida. Hace años coincidí en un tren por Castilla con un sacerdote ortodoxo de un país del Este que tenía la impresión de que en España la Iglesia estaba dormida.

Propiamente los cristianos tenemos que ser una sociedad despierta. Jesús nos dice en el evangelio: "Estad en vela". Nos coloca como vigías para estar atentos cuando venga el Señor. El Adviento nos recuerda su venida. La liturgia también lo hace: "Anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección, ¡ven, Señor Jesús!"

Jesús llega de incógnito. Antes de su venida definitiva, el Señor viene a menudo de incógnito. Hay que abrir los ojos de la fe para reconocerlo. El ciego Bartimeo grita a Jesús: "¡Jesús, Hijo de David, ten compasión de mí!". Jesús le dijo: "¿Qué quieres que haga por ti?". El ciego le contestó: "Maestro, que vea otra vez". La petición del ciego puede ser la nuestra: que Dios abra los ojos de nuestro corazón para percibirlo. Es la fe la que nos da ojos para ver la realidad tal como es.

Jesús viene a nosotros cuando rezamos. Está en medio de nosotros en la eucaristía. Viene a nosotros en los pobres. Cuando la televisión nos muestra los problemas del Tercer Mundo, encontramos al Señor oculto tras el rostro de los pobres. Santos como san Martín, santa Isabel, en tiempos pasados, y la Madre Teresa de Calcuta, en tiempos recientes, han reconocido el rostro del Señor en los pobres.

Estad vigilantes. La segunda lectura de san Pablo a los Romanos suena como el grito de un centinela que vigila una ciudad que duerme. Ve claro lo que está pasando y lo tiene que anunciar. El bien de la gente depende de que escuchen su llamada y le sigan.

"Ya es hora de espabilarse, porque ahora nuestra salvación está más cerca que cuando empezamos a creer. La noche está avanzada, el día se echa encima; dejemos las actividades de las tinieblas y pertrechémonos con las armas de la luz. "

Las palabras de la lectura nos indican el camino. ¿Estamos dispuestos a seguirlo? ¿Estamos lejos de una fe viva, y no confiamos en la fuerza para hacer este camino?

Ya es hora de espabilarse. No siempre logramos estar vigilantes. Nos ejercitamos en Adviento. Adviento no son sólo tres o cuatro semanas del año litúrgico; es toda la vida. El tiempo de Adviento nos ayuda a recordar nuestra vida como un tiempo de Adviento; una vida que al menos, de vez en cuando, estuvo despierta. Dios viene a nuestro encuentro; salgamos y recibámoslo.

El P. Duval, aquel jesuita que en los años cincuenta se subió a los escenarios con una guitarra, cantaba: "El Señor ha llamado a tu ventana, pero tú, tú dormías. No esperes a que la noche se acabe, no esperes a terminar tus sueños. El Señor ha llamado a tu ventana, pero tú, tú dormías". Si no queremos ser una Iglesia dormida, en Adviento debemos ejercer la vigilancia. Hay que mantener abiertos los ojos de la fe. Aquí y ahora esperar al Señor, reconocerlo y saludarlo.

¿Qué vamos a hacer? Lo que Pablo tenía que decir a la comunidad de Roma puede convertirse en nuestro programa de Adviento.

¿Qué actividades de las tinieblas tenemos que dejar? ¿Qué vicios pequeños y grandes nos roban la alegría y la paz? Pablo nombra comilonas, borracheras, lujuria, desenfreno, riñas y pendencias. Quizá vale también para nosotros. Quizá son otros vicios. El principio es ser realistas: llamar a las cosas por su nombre y confesar que están en mí. Una cosa es segura: el Señor nos va a aceptar en cualquier situación y nos va a perdonar.

*"Pertrechaos con las armas de la luz. "*Habla de armas; hay una lucha con las tinieblas. En la primera carta a los Tesalonicenses explica cuáles son estas armas: "Nosotros, que pertenecemos al día, estemos despejados y armados; la fe y el amor mutuo sean nuestra coraza, la esperanza de la salvación nuestro casco" (I Tes 5,8).

Podemos también poner un poco de esfuerzo en vestirnos del Señor Jesucristo, que en el fondo es lo mismo que vestir las armas de la luz. Conocerlo, conocer su talante en la Sagrada Escritura. Contemplar su figura, escuchar su palabra y preguntarnos: ¿Cómo es Él? ¿Qué tiene que decirme hoy en mi profesión, en mi familia, en las muchas relaciones humanas? Un poco de esfuerzo. ¿Por qué no?

Cada vez que comemos de este pan... anunciamos tu muerte, Señor, hasta que vuelvas. Celebramos el Adviento en el signo de la eucaristía. Dios nos da su venida aquí y ahora. La eucaristía no va a saciarnos, sino a llenarnos de nostalgia, hasta que venga.

¿Estoy vigilante para ver que hay personas junto a mí que necesitan mi ayuda?

¿En qué empleamos demasiado tiempo y demasiado dinero?

¿Voy a tener un programa de Adviento?

Toda la esperanza en un niño

Primera lectura: Isaías **11,1-10**

Segunda lectura: Romanos 15,4-9

Evangelio: Mateo 3,1-12

¡Que nace! Con los tiempos que corren, no están las cosas para andar repitiendo ni sermones, ni lamentos, ni recetas, ni invitaciones a restaurar viejas devociones populares o formas trasnochadas de religiosidad.

La situación problemática del mundo va pidiendo, desde hace tiempo, expresiones de sentido y esperanza para asumir y aceptar su condición y su realidad con cierta dosis de novedad, de cercanía y de profundidad humana.

Crece a la vez, en la comunidad religiosa, la sensación de inutilidad por no saber transmitir ese mensaje profundo y pleno que la humanidad denuncia. Aunque en la misma comunidad hay quien se siente muy satisfecho con hacer y decir lo de siempre.

En el tiempo litúrgico que acabamos de comenzar, el Adviento, hay que proclamar, con la Biblia, que el fracaso y el castigo nunca es la última palabra ante la historia, como tampoco un análisis pesimista puede corresponderse con la realidad de una situación, decía Luther King.

Incluso cuando todo parece acabado, como un árbol cortado, puede rebrotar con más fuerza y energía dando lugar al mismo árbol con juventud y lozanía, con nuevos ímpetus, con más vigor. Pero, a veces, es necesario aplicar el hacha y podar con decisión.

Ser hijos de Abrahán es una vivencia. La sensación de fracaso que arrastra el cristianismo conlleva la impresión de falta de futuro, o de impotencia, o de falta de novedad.

Ante la impotencia no hay que resignarse, como tantas veces predicó el viejo cristianismo, pero sí hay que cambiar. Dios es novedoso, y hemos de estar siempre en disposición de resaltar su novedad, no la nuestra, lo que nos obliga a estar en actitud de cambio.

Ante la falta de novedad por nuestra parte, hemos de entender que Dios no es una moda, pero sí es la respuesta a la vida del hombre, y requiere una presentación en sintonía con esa vida profunda que cambia y cambia como las aguas de un río.

Dios no es una propiedad nuestra que podamos presentar como una pertenencia con la que hacer lo que queramos. Tampoco podemos seguir presentándolo como el Dios que cierra el sistema de pensamiento global e integral que hemos construido con Él y desde Él. No es la piedra final que mantiene el arco de nuestras elaboraciones filosóficas.

El Dios de Abrahán es un Dios muy vivo, no es Dios de muertos o acabados. Ser hijos de Abrahán no es un título honorífico para colgar de nuestras paredes o en el pecho. Es una vivencia muy honda y profunda que nos constituye en caminantes perpetuos, siempre a la búsqueda de nuevas metas, nunca conformes con la tierra que pisamos.

Ser hijos de Abrahán es ser hijos de la esperanza que alimenta la renovación y fija la mirada en el futuro.

La esperanza es un niño que nace. Para nosotros, la esperanza es un Niño que nace y llena de alegría a quienes lo esperaban con ansiedad. Y, como el niño, crece y se alimenta a la vez que alimenta los sueños e ilusiones de un futuro en donde Él es el centro de nuestra imaginación.

Ya la vez que alimenta nuestros sueños, motiva muchos esfuerzos; todos los necesarios para aportarle una buena vida. Porque un niño, como Dios, es siempre sorprendente y aparece de forma inesperada, con salidas no calculadas y rompiendo esquemas de personas adultas y senas.

Como un niño, Dios, con su debilidad y fragilidad, despierta la fuerza de la ternura, que es la fuerza capaz de todo, dispuesta a todo y a la que nada le parece infranqueable.

Dios, como un niño, motiva la ternura, motiva la alegría, motiva la esperanza y motiva las mayores energías innovadoras y vitales.

Dios tiene que nacer para que, como un niño, nos haga renacer a nosotros, viejos troncos del árbol cristiano y nos haga brotes nuevos para un mundo que cambia.

¿Guardamos el mensale del Evangelio para nuestra vida privada?

¿Reconocemos que Dios nace como esperanza para el mundo?

¿Traducimos la esperanza en términos prácticos y significativos?

La identidad por los signos

Primera lectura: Isaías 35, 1-6a.10

Segunda lectura: Santiago 5, 7-10

Evangelio: Mateo **11,2-11**

Este episodio de san Mateo se puede considerar como programático. Nos narra cómo Juan Bautista se entera en la cárcel de las obras que está realizando Jesús. Este modo de actuar no encajaba con las expectativas que él había anunciado: que el castigo de Dios era inminente; que el hacha está ya a punto de talar los árboles secos. Esperaba que el Mesías cumpliera esta misión. Pero Jesús no actúa de ese modo. Entonces brota la duda y el desconcierto: ¿Es éste el que ha de venir? ¿Me habré equivocado? Y envía dos discípulos a preguntarle: "*¿Eres tú el que ha de venir o tenemos que esperar a otro?*". La respuesta de Jesús remite a sus obras, y éstas se describen con términos proféticos que anunciaban la liberación y salvación del pueblo oprimido: "*Id a anunciar a Juan lo que estáis viendo y oyendo: los ciegos ven, y los inválidos andan; los leprosos quedan limpios, y los sordos oyen; los muertos resucitan, y a los pobres se les anuncia el Evangelio. ¡Y dichoso el que no se escandalice de mí!*". En esta respuesta de Jesús hay que resaltar que los rasgos con que Jesús describe su actuación son de liberación y curación, no de juicio, ni de castigo. y comprendiendo la duda de Juan y la posible tentación de tantos otros, cierra su respuesta, proclamando: "*¡Dichoso el que no se escandalice de mí!*", es decir, el que acepta mi modo de actuar, mi persona y misión.

La gran novedad de Jesús. No consiste en que nos enseña ideas más claras acerca de Dios, ni en que propone una moral mucho más alta, basada en el amor y en la justicia. Aquí no radica su novedad desconcertante; radica en su ubicación, es decir, en "desde donde" anuncia el Reino de Dios y actúa, que tuvo como consecuencia provocar un gran

entusiasmo entre las personas más sencillas y los más pobres y despreciados; sin embargo, creó un gran malestar en los fariseos, ancianos y clase sacerdotal. Ante las expectativas del Mesías salvador y liberador aduce como único signo los ciegos, los cojos, sordos, leprosos, muertos y pobres. El signo de que el Reino de Dios ha llegado es que la salvación ha llegado a los pobres, término que engloba a los desesperanzados, a los desheredados de la tierra. Jesús hace de la opción por los excluidos y marginados el distintivo de su Mesianismo.

Ésta es la novedad y el gran problema que tiene planteado el cristianismo del mundo rico. Tenemos muchas enseñanzas acerca de Dios, de Jesús, todo un cuerpo de doctrina social; se enseña que Dios está cercano, que se encuentra en la vida real que vivimos, en los acontecimientos, pero de nada sirve intentar demostrar que hay luz, si nadie la puede ver; de nada sirve afirmar y enseñar que Dios está entre nosotros, si no reconocemos y sentimos su presencia, lo que se llama un cristianismo místico, es decir, que tiene experiencia de Dios. Hoy el problema no está en demostrar a Dios, sino en mostrar dónde podemos encontrarnos con Dios, dónde buscarle, desde dónde Dios se nos acerca, se nos revela, nos ama, nos ilumina. Y Jesús nos dice que Dios se nos acerca, se nos revela, nos ama y nos ilumina desde los pobres, desde la gente que nada tiene que decir en la sociedad, desde los que no pintan nada ni representan nada, desde la gente sin importancia. Dios hoy nos habla, interpela, se nos acerca y ahí hay que buscarle, en expresión de Eduardo Galeano desde "los nadies; desde los ningunos, los ninguneados, que no tienen nombre, sino número; que no figuran en la historia universal, sino en crónica roja de la prensa local. Los nadies, que cuentan menos que la bala que los mata". Si el cristianismo quiere ser hoy creíble es totalmente necesario que se revise desde dónde se vive, se anuncia el Evangelio, es decir, que se plantee su ubicación, su desde dónde se ha de anunciar el Evangelio.

La cuestión profunda que nos plantean los pobres. La mayoría de los creyentes pensamos que la cuestión de los pobres es, a lo sumo, un problema ético. Ciertamente que es un gravísimo problema ético y, sin duda, el más urgente y serio que tiene planteado hoy la humanidad. Pero la cuestión más profunda que nos plantean los pobres a la fe, a la espiritualidad y a la moral es que se convierten en clave desde donde debemos leer e interpretar la realidad humana y las realidades de fe, de espiritualidad y la moral, y desde donde debemos anunciar el Evangelio. Se trata de que, desde el sufrimiento y la humillación de los excluidos,

marginados y oprimidos de nuestro mundo, leamos y comprendamos qué significa que Dios es padre de todos, fuente de amor y de misericordia. He aquí el reto que tiene la Iglesia en su tarea de anunciar el Evangelio en el Primer Mundo rico, hipnotizado por lo económico, seducido por la ambición del tener y del poder, pero que no es feliz. La conversión al pobre, colocándose en su lugar y compartiendo su causa e interés, puede aportar esperanza liberadora a nuestro mundo esclavizado y cegado por los ídolos del tener y del poder. Los pobres, con los que se ha identificado Jesús, el crucificado, se han convertido en clave y luz para la sociedad de la abundancia, ciega e insensible, y en lugar desde nos viene la liberación: "El Hijo de Dios, encarnado, viene a llamar a todos, pero en lugar de invitar a los pobres desde los ricos e ilustrados, como sería la lógica del mundo, llama a los ricos desde los pobres". Sólo desde los pobres se anuncia el Evangelio de la salvación íntegramente a todos: ricos y pobres.

¿Desde dónde y a quiénes va dirigida nuestra pastoral?

¿Qué lugar ocupan los pobres en nuestros grupos, organizaciones, planes de pastoral?

Se suele decir que la Iglesia está con el poder, con los ricos.

¿Crees que es cierto?

Grandeza de las tareas pequeñas

Primera lectura: Isaías 7,10-14

Segunda lectura: Romanos 1,1-7

Evangelio: Mateo 1,18-24

Muy pronto es Navidad. A lo largo de los días precedentes hemos ido recibiendo diferentes mensajes que nos lo iban anunciando: en la calle, en la tele, en las iglesias. Desde la Iglesia, y desde los cristianos de siempre, la crítica que más se escucha estos días es que las navidades están perdiendo el espíritu religioso y familiar que deberían tener y que, no hace muchos años, eran muchas las familias que se reunían en las casas y luego todos juntos acudían a las celebraciones en el templo.

Resulta paradójico que, siendo esto cierto, continuemos con las mismas prácticas y con las mismas quejas de todos los años; seguimos pensando que los que deben cambiar son los demás, que los responsables de tanta tergiversación del mensaje navideño son los medios de comunicación y esta sociedad consumista y hedonista.

José, desposado con María, en la historia de la salvación. El evangelio de este último domingo de Adviento nos propone la experiencia de José, el hombre bueno, que no quiere denunciar a María (cosa que podía hacer, según las normas de su tiempo, por adúltera) y decide retirarse para dejar hablar a los acontecimientos.

Esto mismo es lo que nos sucede a nosotros muchas veces. Las cosas no son iguales que en etapas anteriores de nuestra vida; dejamos que sean como son actualmente y nos retiramos a esperar que vuelvan a ser como antes porque la historia da muchas vueltas. Mientras, en nuestros círculos, seguimos haciendo lo mismo o algo parecido.

El texto evangélico nos da otra clave: José, que quiere ser protagonista de su propia historia, es invitado (en sueños) a participar también

en una historia colectiva, cuyo protagonista va a ser el que su esposa María lleva en las entrañas y que es fruto del Espíritu Santo, un don de Dios. Jesús dejará el protagonismo a Dios, su Padre: "hágase tu voluntad y no la mía", siendo él también protagonista de su propia vida, "nadie me la quita, yo la entrego libremente para que todos tengan vida eterna".

Cambiar de planes. Ésta es una de las cosas que más nos cuestan. Hay muchas cosas, en la sociedad y en la Iglesia, que no nos gustan; que nos agradaría que fueran de otra manera y que nos atrevemos a decir, incluso, cómo tendrían que ser. Pero, rara vez, pasan estos cambios por nuestros planes personales y por los planes de la Iglesia. Parece que nuestro plan es el correcto, y todos deben acomodarse a ese proyecto.

Mas la realidad es tozuda y las cosas no cambian por más que nos empeñemos en expresarlo con palabras y solemnes declaraciones. La realidad va cambiando por la fuerza vital que lleva dentro y por los resortes transformadores que ponen en funcionamiento las personas a las que no se les deja vivir; así como por la acción de aquellos y aquellas que la descubren en su propio interior (el sueño de José que aparece en el evangelio de hoy) y tratan de acomodar sus planes y realizar la parte de tarea que les toca.

Tú le pondrás por nombre. La tarea que se encomienda a José es poner nombre al hijo que va a nacer. Hoy, en nuestro contexto, se le da otro valor a esa tarea. En la cultura hebrea el nombre llevaba implícita la misión que esa persona iba a desempeñar en el futuro. El encargo que se hace a José es importante: Jesús va a mostrar que "Dios está con nosotros".

Cualquier tarea, por pequeña que sea, vista dentro de un proyecto global es importante por ser necesaria. Por eso, en una comunidad cristiana, que vive el proyecto de salvación de todas las personas, todos sus miembros tienen alguna tarea que realizar. Si esta tarea no se realiza, por falta de gente o porque no se ha considerado necesaria, el proyecto no tirará para adelante.

Ésta será la señal. Mateo, que escribe el evangelio para judíos conversos, recoge la profecía de Isaías que hemos escuchado en la primera lectura. Este procedimiento lo usará en varias ocasiones a lo largo del relato evangélico -dicen los exégetas- con el fin de que sus oyentes vean en Jesús el cumplimiento de sus antiguas profecías.

La señal "una virgen concebirá y dará a luz un hijo" debe ser para los creyentes el signo de que Dios actúa siempre que encuentra a una persona, o un grupo, totalmente disponible para llevar adelante su plan de salvación.

El tiempo de las navidades, que vamos a vivir próximamente, es tiempo propicio para plantearnos lo enganchados que estamos a las cosas, a las personas y a las tradiciones. Es una época en la que deseamos muchas cosas buenas para la familia, para los amigos, para todo el mundo, que se queda en puro formalismo; porque nadie, o casi nadie, estamos dispuestos a cambiar nuestros planes.

La Iglesia; nuestra comunidad; ¿dice lo que hay que hacer o invita a participar; para ver entre todos lo que hay que hacer?

¿Estamos dispuestos a cambiar? ¿Qué o quién nos lo impide?

¿De qué deberíamos liberar y liberarnos en la Iglesia?

Tiempo de Navidad

Niño, alegría, luz, salvación

Primera lectura: Isaías 9,1-3.5-6

Segunda lectura: Tito 2,11-14

Evangelio: Lucas 2,1-14

En la cultura de la oscuridad. En este día tan entrañable, cuando los sentimientos se mueven entre la nostalgia y los mejores deseos, cuando celebramos la proximidad más grande entre el Dios en quien creemos y esta humanidad de la que formamos parte, tan distante de Dios y de sí misma, tan necesitada de abrir los ojos y dirigirlos al centro de su realidad vital y cultural para interrogarse sobre sus anhelos, sus preocupaciones, sus convicciones y sus esperanzas, las lecturas nos invitan a hacer de esta fiesta también una jornada de reflexión.

En el siglo VIII a. C., acontece una profunda crisis global que sacude la mentalidad del pueblo al que pertenece el primer autor del libro de Isaías. La gente queda aturdida porque sus ideales, sus convicciones y sus valores tradicionales son sometidos a una fuerte crítica desde los acontecimientos históricos. Un grupo numeroso e influyente expande el escepticismo y niega la fe en el Dios protector del que les habían hablado sus padres. Ante tal campaña, muchos quedan marcados, y entre el pueblo cunde la desorientación, la duda y la tristeza.

Una situación similar ocurre hoy. Una cultura elitista viene cultivando desde hace tiempo el vacío escéptico basándolo en un racionalismo exagerado, que a toda costa quiere someter todo a la lógica de su mente, y en un materialismo pretendidamente científico que elimina de su horizonte todo lo que no cabe en sus pupilas.

Dios significa luz. Pero la superación de esta cultura de la duda, la desconfianza y el materialismo no se conseguirá por la vía intelectual o

científica, tan necesarias, apasionantes e ineludibles para la madurez; la hará posible el encuentro con alguien, personal y sencillo. Sin alharacas, sin ruidos, sin pomposidad.

Estad seguros. Dios lo realizará, dice Isafas; tened confianza y poneos en sus manos.

Será de repente, por sorpresa. En la misma oscuridad de la noche, como los pastores, sometidos a la intemperie de un ambiente poco propicio, en medio de la misma cultura que expande desorientación, inmersos en la sensación de falta de sentido y hambrientos, a la vez, de un algo que rompa como el alba los límites de la inmediatez y extienda la mirada al infinito.

En la misma realidad de nuestro mundo apresado en la rutina de un presente sin proyectos, aparecerá la posibilidad de algo distinto que pondrá fin a tanto escepticismo y abrirá los ojos a la esperanza, al futuro y a la confianza.

Hay que moverse, ponerse en marcha, no paralizarse en el convencimiento fatal de ausencia de sentido y de salida. Hay que ir hasta Belén y descubrir en la sencillez de la debilidad y la impotencia la presencia de lo más grande. El sentido, la esperanza, el futuro, la salvación, la confianza y la alegría están en lo más sencillo.

Dios es futuro. El Dios que significa lo más de la vida. Quien puede responder a nuestros interrogantes más ansiosos y a nuestras búsquedas más apremiantes se muestra en lo menos, en lo pequeño, en el ser que es todo necesidad pero también todo posibilidad.

El Dios en quien podemos confiar se hace presente en un Niño que es todo futuro y que representa nuestra propia menesterosidad a la vez que toda la posibilidad de quien es Señor del universo, de la historia y de la vida.

En Él nos encontramos presentes nosotros con todo el peso de nuestra realidad humana, tan humana y tan ofuscada, y Dios con toda su carga de promesa, de alegría, de luz, claridad y salvación.

Dios nace hoy como una semilla que se implanta en lo profundo de nuestra propia tierra interior. Lleva en sí todos los elementos que pueden constituir la solución a los problemas de orientación, esperanza y motivación que nuestra cultura no es capaz de transmitirnos. Espera que seamos capaces de descubrir todo el potencial y significado que puede traernos. Por eso es una noche y un día de festejos y alegría.

Enhorabuena en la Nochebuena y en la Navidad. Nos ha nacido la Luz, la Estrella que orienta, el Norte con el que navegar por las rutas de la vida, el Dios en quien confiar.

¿Es la Navidad una fiesta de nostalgia familiar solamente?

¿Reconocemos a Dios como la posibilidad de la esperanza y del futuro?

¿Entendemos que es la fiesta de los débiles; porque son la tuerza de la humanidad?

¡Vida mía!

Primera lectura: Isaías 52,7-10

Segunda lectura: Hebreos 1,1-6

Evangelio: **Juan** 1,1-18

¡Feliz Navidad! Hermanos y hermanas: ¡Feliz Navidad! Que el amor de Dios, que se nos ha manifestado en toda su ternura en su Hijo recién nacido, os llene de gozo y nos una al coro de los ángeles para cantar, con todos los hombres y mujeres del mundo, la gloria de Dios y su paz en la tierra.

En este día santo de Navidad celebramos los cristianos una fiesta grande: muchas personas sencillas, venidas de todo el mundo, se han reunido alrededor de un portal para celebrar el nacimiento de un hijo. Sus padres son felicitados y también nosotros les ofrecemos lo mejor de nuestro cariño:

*"Felices Pascuas, jasé,
que ya es luz de mediodía
tu medianoche de fe.*

*Felices Pascuas, pequeño,
que toda la angelería
está velando tu sueño. II*

Felices Pascuas, María"

(V M. Arbeloa).

Este Niño es nuestra esperanza. Muchos se emocionan y lloran, y todos nos preguntamos qué será de este niño, porque en Él hemos puesto nuestra esperanza. Le hemos estado aguardando durante mucho tiempo, hemos preparado con ilusión e ilusiones su llegada, y aunque hay quienes dicen que el mundo ha olvidado a Dios, nosotros sabemos

bien que necesitamos de Él, de la salvación y esperanza que traen debajo del brazo todos los niños recién nacidos. El brazo de este Niño, cuyo nacimiento celebramos, se hará caricia para los pequeños y sencillos, y será brazo fuerte para derribar a los poderosos y levantar a los humildes, como cantó su madre antes de darle a luz. En esa escuela de María y de José crecerá Jesús, y será Dios entre nosotros, e! Emmanuel.

Luz y vida para los hombres. Él viene como luz y vida para los hombres, para nosotros, que muchas veces nos sentimos abrumados por la oscuridad de nuestro mundo, de sus nubarrones amenazadores, por los signos de muerte que parecen haberse establecido entre nosotros como algo natural en el paisaje humano. Y, sin embargo, el que viene es vida y luz, y así se ofrece a cuantos le abran las puertas de sus casas para que pueda nacer en ellas. El acontecimiento no se realiza de manera triunfalista. El signo de su presencia es pequeño y débil: un niño recostado en un pesebre y envuelto en unos pañales. Y a lo largo de la historia de los hombres, los signos de la presencia de Dios seguirán siendo pequeños y débiles, y no sabremos descubrirlos a veces, incluso en el grupo de aquellos que nos decimos creyentes, porque seguimos pensando en un Dios de poderes y grandezas humanas.

La alegría de una vida creyente. Pero los sencillos comprenderán que en ese Niño está Dios, y le adorarán en espíritu y en verdad, mostrando al mundo la alegría de una vida creyente y fraterna, peregrina hacia la casa del Padre, trabajadores esforzados de su Reino al que consagrarán su vida, solidarios del género humano y de su historia, compartiendo sus gozos y tristezas, angustias y esperanzas. Vidas nacidas de Dios, amantes de sus raíces, de su origen y de sus antepasados, de sus esposos e hijos, abiertos a todos, liturgos de la vida y de la asamblea, firmes en sus convicciones y esperanzas, como quienes han visto en Jesús al Invisible, miembros de grupos que comparten la vida, los bienes y la mesa de su Señor. No han visto a Dios, pero han sabido reconocerle en su Hijo único, Jesucristo, Palabra eterna de Dios, en la que han creído ya la que han recibido como palabra definitiva de! Padre, aquella Palabra en la que se nos ha dicho todo lo que nosotros necesitamos para encontrar sentido y gozo a nuestra vida y, al final de nuestra vida, también a nuestro morir.

Una mesa de amor y de paz. Hermanas y hermanos, que el resplandor en la noche de Belén, el canto de los ángeles, la paz de Dios nacida de su amor, y la ternura del Niño recién nacido encuentren en nosotros y en nuestra comunidad un ambiente cálido, limpio, ilusionado, en el que Él pueda nacer y permanecer siempre, mientras construimos ese Reino de paz y amor que hemos recibido como gracia, y que anticipamos ya en esta mesa santa de nuestra eucaristía. Así, a todos, feliz y eterna Navidad.

¿Cantamos con los ángeles la gloria de Dios, su amor y su paz a los hombres?

¿Acogemos a Jesús como luz y vida de nuestra comunidad y de cada uno de nosotros?

Con toda sencillez, pero con toda verdad, ¿son nuestras vidas Navidad para los pobres y necesitados?

Escuela de amor

Primera lectura: Eclesiástico 3,2-6.12-14

Segunda lectura: Colosenses 3,12-21

Evangelio: Mateo 2,13-15.19-23

La Sagrada Familia. El día de Navidad celebrábamos el nacimiento del niño Jesús en Belén. Hoy, fiesta de la Sagrada Familia, queremos agradecer a Dios que se haya dignado hacerse hombre como uno de tantos, viniendo al mundo en el seno de una familia y confiado a los cuidados de María y de José. De este modo la encarnación del Hijo de Dios sigue todo el proceso de la generación humana. Dios ha querido asumir nuestra naturaleza y nuestras formas de vida, teniendo una familia, un pueblo, una nación, una religión, como cualquiera de nosotros.

La salvación se radicaliza desde el principio y se generaliza como una nueva humanización de un mundo desalmado. No se trata sólo de salvar las almas. Hay que poner también a salvo todas las realizaciones de la índole social del ser humano. Porque hay que salvar la familia, y la sociedad, la vecindad y las nacionalidades. Hay que salvar el mundo. Por eso la Sagrada Familia es el principio sanador de toda la inmensa familia humana, sin recortes, ni distingos, ni fronteras de ningún tipo.

La familia de Dios. No celebramos, por tanto, un modelo de familia. ¿Cómo poner de modelo una familia excepcional, en la que el padre es Dios, la madre es una virgen y el hijo es el Verbo encarnado? No podemos, por otra parte, asumir como modelo para la familia de nuestro tiempo lo que no son más que elementos socioculturales de las familias de aquellos tiempos y aquellas latitudes. Pero sí que celebramos la Sagrada Familia como un hecho de salvación de la familia de todos los

tiempos. Porque la salvación no se circunscribe al individuo, sino que debe alcanzar todas las realizaciones de la sociabilidad humana.

y en este sentido todas las lecturas de este domingo, salvadas las limitaciones de tiempo y espacio, insisten en lo fundamental para sanear la vida en todas sus manifestaciones y recuperar el verdadero sentido humano de la existencia. Lo detallaba san Pablo, como nadie, en la carta a los colosenses, que hemos leído: como familia de Dios, sea vuestro uniforme la misericordia, la bondad, la humildad, la dulzura, la comprensión y, por encima de todo, el amor, que es el ceñidor de la unidad consumada.

Nuestras familias. Pero hay que empezar por abajo, desde abajo, desde la raíz del ser humano para alcanzar todas las dimensiones de su humanidad. Hay que empezar desde la familia, si queremos sanear la sociedad. Hay que empezar desde la familia, si queremos edificar la Iglesia. La familia es fundamental, insustituible en el proceso de socialización, que es tanto como decir de humanización del ser humano.

Sin la experiencia original de la familia el individuo se malogra y no alcanza nunca su madurez, ni la sociedad supera el aspecto de una jungla donde impera la ley del sálvese quien pueda, con la consiguiente eliminación de los débiles, de los excluidos, de los pobres, de los inmigrantes.

La familia es providencialmente la que nos depara la experiencia base de la convivencia en el amor, en el respeto a las diferencias (hombres y mujeres), en la superación de las desigualdades (niños, mayores, ancianos, miembros activos y pasivos), en la ayuda mutua (padre e hijos y hermanos), en la tolerancia de nuestras rutinas, en la solidaridad entre todos los parientes y en el aprendizaje de todas las virtudes sociales, de que nos hablaba Pablo. Por eso Dios quiso hacerse hombre en el seno de una familia, para poner a salvo la familia, el amor humano fecundo y creador, dador de sentido y de esperanza en el futuro.

La fiesta de la Sagrada Familia nos depara la ocasión de agradecerle a Dios el don inestimable de la familia, los padres y los hijos, los nietos y los abuelos, los hermanos y la parentela. Y es una llamada a trabajar y empeñarnos en preservar este tesoro de toda agresión y acoso. Si queremos mejorar el mundo, sólo será posible mejorando la familia y haciendo lo imposible para que el amor sea siempre la ex-

perencia original y universal de nuestro sistema de vida, cualquiera que sea.

¿Nos sentimos de verdad hijos de Dios? ¿Nos saltan las lágrimas cada vez que rezamos el padrenuestro? ¿O lo rezamos de carretilla, sin pensar lo que decimos?

¿Nos sentimos de verdad hermanos de los demás? ¿Cree-mos que la humanidad entera formamos una sola familia? ¿Toleramos las diferencias brutales entre hermanos muertos de hambre y hartos de caprichos? ¿Qué familia es ésta?

¿Nos sentimos agradecidos a nuestros padres? ¿Agradece-mos a nuestros hijos su presencia y su compañía? ¿Cuidamos las relaciones familiares?

La paz que Dios nos desea

Primera lectura: Números 6,22-27

Segunda lectura: Gálatas 4,4-7

Evangelio: Lucas 2,16-21

Hoyes un día apropiado para felicitarnos y desearnos lo mejor, y para desearnos lo mejor escogemos una antigua fórmula de bendición que hemos escuchado en la primera lectura: *“El Señor te bendiga y te proteja”;* que te guíe y te defienda, que te sostenga siempre en sus brazos, pues ahí te encontrarás donde más seguro. *‘Ilumine su rostro sobre ti y te conceda su favor’.* Es bueno y deseable que todos te acepten, que te sientas acogido y querido, pero más importante es que te convenzas de que Dios no aparta de ti sus ojos, que te mira con cariño, que sientas su mirada íntima y entrañable. Que sepas que Dios te ama con ternura y te mira con pasión.

Es significativo que la liturgia ponga en el centro de la celebración del primer día del año la figura de María, silenciosa, que conserva y medita en su corazón cuanto sucede a su alrededor. Algunos se han preguntado: ¿qué conservaba María en su corazón? No lo podemos saber, pero sí podemos mirarla al comienzo del año como modelo de fe y modelo de la Iglesia y de la humanidad, que mira y contempla el misterio de Dios, encarnado en nuestra pobre humanidad.

También celebramos en el primer día del año, desde hace más de treinta, la Jornada Mundial de la Paz. De aquí la tercera fórmula de bendición: *“El Señor se fije en ti y te conceda la paz”.* Es lo mejor que podemos desearnos a nosotros, a nuestras familias, a la nación, a la humanidad.

La paz. Es uno de los bienes más apreciados por la humanidad y, al mismo tiempo, uno de los más frágiles; el bien más anhelado y, a su vez,

más amenazado. El "vivir en paz" pertenece a los derechos llamados de la "tercera generación". "Toda persona tiene derecho a nacer y vivir en una sociedad en paz."

La paz es, sin duda, el don más necesario y la tarea más urgente en nuestro mundo caracterizado por dramáticas desigualdades, enfrentamientos armados, muertes... La paz es el compendio de todas las promesas hechas por Dios; su gran proyecto sobre la humanidad y la creación es un proyecto de pacificación. Es también el gran mensaje de la Navidad, y san Pablo define a Jesús como "*Cristo es nuestra paz*".

El ser mensajeros y artífices de la paz es la más noble misión de los hijos e hijas de Dios. "*Bienaventurados los que construyen la paz, porque serán hijos de Dios.*" Todos apelamos a la paz, pero ¿de qué paz se trata? Por eso, hay que ser lúcidos para saber discernir su contenido, qué caminos conducen a la auténtica paz y cuáles no conducen a ella, sino que, por el contrario, pueden generar nuevas y más graves violencias.

Contenido de la paz. Aquí me remito al Concilio Vaticano II y a la conciencia eclesial de los últimos años. Según el Concilio, la paz no se reduce ni a la ausencia de guerra, ni al equilibrio impuesto por el miedo y el terror. No consiste tampoco en la conservación indefinida de un orden puramente estático. No se adecua con la tranquilidad para garantizar el orden establecido en beneficio de unos pocos privilegiados, sino en la búsqueda incesante de la justicia.

Para Pablo VI, el nuevo nombre de la paz es el desarrollo integral de todos. Para Juan Pablo II, la paz es fruto de la solidaridad, y para la Jornada Mundial de la Paz del año 1993 se propuso el siguiente lema: "Si quieres la paz, sal al encuentro del pobre"; pues, "la pobreza de miles de millones de hombres y mujeres es la cuestión que, más que cualquier otra cosa, interpela nuestra conciencia humana y cristiana" (Jornada Mundial por la Paz, 2000).

También es contenido de la paz la conservación de la naturaleza y la solidaridad con las generaciones futuras... El Concilio, en su fidelidad al mensaje de Jesús, Príncipe de la paz, añade además que para una paz profunda y auténtica entre los seres humanos, hijos e hijas del mismo Padre, se precisa que reine entre los hombres relaciones de mutua confianza, asegurar el bien de todos y cada uno de los seres humanos, la comunicación de bienes, la estima y el respeto de la dignidad de los seres

humanos y de los pueblos, el sentido y el ejercicio de la fraternidad universal. La paz es fruto del amor que sobrepasa la justicia.

Constructores de paz. ¿Cómo ser pacificadores en nuestra sociedad marcada por escandalosas injusticias, por la violencia, por el crimen personal y colectivo? ¿Por dónde ha de caminar la aportación específica del cristiano y de la comunidad seguidora de Jesús? Desde la manera de vivir y de actuar de Jesús, tal como se manifiesta en la cruz y en el Sermón de la Montaña, hay que reconocer que los conflictos humanos sólo se resuelven de raíz cuando más allá de la justicia entra en escena el perdón y la reconciliación. Pero, a la vez, el perdón y la reconciliación, para que conduzcan a la pacificación profunda en nuestra situación concreta, se han de articular con las dimensiones sociopolíticas a través de la verdad y de la justicia. Jesús hace una distinción entre la paz de Dios y la paz del mundo. La paz que Dios quiere es una paz basada sobre la verdad, la justicia y el amor que lleva a entregar la vida por los hermanos. Sin embargo, la paz que ofrece el mundo es una paz que compromete la verdad y oculta la injusticia. No es posible la paz, si no se apoya en la verdad; no se puede construir la paz basada sobre la mentira y el engaño; y sobre la justicia, es preciso reivindicar los derechos pendientes de las víctimas de la injusticia, sus voces han de ser incluidas en el proceso de pacificación; no se puede aceptar como válida y legítima la ley de los más fuertes de la historia.

Se habla de paz, pero ¿de qué paz se trata? Analízala.

¿Por dónde crees que debería ir el compromiso por la paz?

¿Crees que la comunidad cristiana está seriamente comprometida por la paz? ¿En qué lo notas?

¿Por dónde debería ir la aportación específica cristiana?

Misterio de pobreza

Primera lectura: Eclesiástico 24,1-2.8-12

Segunda lectura: Efesios 1,3-6.15-18

Evangelio: **Juan** 1,1-18

Es difícil explicar al mundo actual el asombroso y sobrecogedor misterio de la Navidad: la encarnación del Verbo de Dios. El evangelista san Juan, al hablar de la encarnación del Hijo de Dios, sigue otro camino distinto del evangelista san Lucas, se adentra en las entrañas mismas del misterio de Dios. *"En el principio existía la Palabra"*, es decir, la comunicación y autodonación de Dios. Esa misma Palabra puso en marcha la creación, y nosotros mismos somos fruto de dicha Palabra. Pues bien, esta *"Palabra se ha hecho carne"*, esto es, se ha hecho pequeñez, fragilidad, miseria humana, y *"ha acampado entre nosotros"*. Y el evangelista continúa diciendo: en este abajarse de Dios hasta nuestra miseria humana hemos visto nada menos que *"la gloria de Dios"*, su mayor forma de presencia en la historia. *Ahí y no en otra parte*. Éste es el núcleo fundamental de la Navidad, que estamos celebrando.

"Vino a su casa y los suyos no lo recibieron." Éste fue el gran drama; Jesús fue rechazado por los suyos en Belén, fue rechazado en Nazaret, fue rechazado en Jerusalén. Pero ésta es también nuestra situación. La Palabra se sigue encarnando en los hombres. Así podemos escuchar a Dios en la carne dolorida del enfermo, en la carne desfigurada del hambriento, en la carne sin fuerzas del anciano, en la carne llena de promesas del niño, en la carne cariñosa de la madre, en la carne cercana del amigo. Dios es una realidad entrañable, cercana, presente, ¿por qué no nos damos cuenta de su presencia?; ¿por qué no la reconocemos? ¿Cuáles pueden ser las causas que nos impiden tener una experiencia viva y transformadora de Dios en nuestra vida cotidiana?

Buscamos a un Dios que no existe. A los hombres de todos los tiempos les ha parecido absurdo, escándalo, locura, difícil de creer en un Dios "hecho carne", identificado con nuestra debilidad, miseria y sufriendo nuestros problemas. Nos imaginábamos un Dios triunfal, poderoso, rico; sin embargo, Dios manifiesta su grandeza en la pequeñez de sus criaturas; su sabiduría en los sencillos; su gracia en los pecadores... Seguimos buscando a Dios arriba, en los cielos, cuando está abajo, en la tierra. Seguimos buscándolo fuera, sin acogerlo con fe en nuestro interior. Una de las grandes contradicciones de los cristianos es confesar con entusiasmo la encarnación de Dios en el seno de la Virgen María y olvidar luego que Cristo está ahí en medio de nosotros, pues después de la encarnación de Dios sólo lo podemos encontrar entre los hombres, con los hombres, en los hombres. La encarnación nos revela que Dios se nos ha presentado y sigue presentándose de manera distinta a como creemos. Esperamos grandiosidades, espectáculo..., y Dios opta y asume el tiempo de la normalidad, lo cotidiano, lo sencillo, lo rutinario, lo pobre.

Nuestro talante no es el adecuado. Si Dios "se ha hecho carne", es decir, si se ha encarnado en nuestra historia, es preciso asumir nuestra vida concreta y la vida de los hombres, sobre todo de los excluidos y marginados. En ella nos encontramos con Dios. Pero para ello es importante el talante con el que afrontamos los acontecimientos, la realidad. He aquí algunos de los rasgos que considero adecuados: la actitud de estar atentos mediante la educación de la mirada, la capacidad de fijarse y observar; es lo que en espiritualidad se llama "contemplación". Hoy nos resulta difícil, debido a las prisas, al activismo acelerado. Los problemas nos absorben, y perdemos horizonte y profundidad, y como consecuencia se nos pasa desapercibida gran parte de la riqueza de la vida, sobre todo de la vida que no se ve. Otro rasgo, relacionado con el anterior, es la capacidad para llevar un ritmo de vida equilibrado, a fin de que aflore toda esa vida del espíritu, que se encuentra secuestrada y reprimida por la religión del tener y el poder. Para ello se necesitan zonas verdes de sosiego, de silencio, de reflexión personal y comunitaria.

La encarnación, misterio de pobreza. La ley de la encarnación incluye una doble dimensión. La primera dimensión es la insignificancia externa: suma pobreza y debilidad, sin relieve social, político, religioso; pero ahí se revela la "gloria de Dios", se hace presente el Salvador de la humanidad; ésta es la segunda dimensión: la riqueza y profundidad inte-

rior. La semilla del Reino va fructificando silenciosamente en María, en el corazón humilde de José, en la pobreza de los pastores, en Simeón y Ana, pobres de Yahvé, que esperan el consuelo de Israel. Cuando el misterio de Dios se encarna se hace pobreza; cuando los grandes planes de pastoral, proyectos, intuiciones, quieren encarnarse, se hacen pobreza; pero lo fundamental es que encierren una gran riqueza interior. Dios quiere salvar a la humanidad no con superhombres, ni con grandiosidades, sino con hombres concretos, hechos de barro, como somos nosotros. Ésta es la ley de la encarnación: gran pobreza externa y en los medios, pero que encierra una riqueza infinita. Consecuencia de aceptar esta ley de la encarnación es confiar en la vida real de los hombres y en la de cada uno, aunque sea pequeña, sencilla, porque Dios se ha encarnado en ella. Por tanto, se nos invita a abrir todas nuestras ventanas a la vida actual en toda su integridad y amplitud. Hoy sin duda difícil, ya que según el texto evangélico padecemos de "ceguera", provocada por los ídolos de la riqueza y del poder, enemigos de Dios y del hombre, que nos incapacitan para captar los signos de Días en nuestro mundo actual.

"Vino a los suyos y los suyos no le recibieron." ¿Crees que se puede decir lo mismo de nosotros y de la comunidad creyente? Hechos.

¿Cuáles pueden ser las causas por las que no tenemos una experiencia viva y transformadora de la vida? Presenta las más significativas.

La estrella de la alegría

Primera lectura: Isaías 60,1-6

Segunda lectura: Efesios 3,2-3a.5-6

Evangelio: Mateo 2,1-12

Mateo escribe historias de fe que nos atañen a todos. Todos estamos representados en el relato evangélico. Se trata de nosotros. Por eso vale la pena meditar, frase tras frase.

"Hemos visto salir su estrella." En unos tiempos en que no había brújulas, la estrella significaba para los orientales orientación, indicación del camino, dirigirse a la meta. Mateo señala como la gran tragedia de la vida la pérdida de la estrella, cuando ya no se sabe de qué se trata en la vida. Nosotros hemos visto la estrella; los demás quizá la han visto deprisa y se han ocupado de otras cosas que tenían en su cabeza y que para ellos eran más importantes. **El** que ve y pasa de largo está ciego. El sacerdote y **el** levita de la parábola del buen samaritano pasan de largo; el samaritano vio y se conmovió. ¡Que sepamos reconocer los signos de los tiempos!

Siguieron la estrella. El "ver" tiene consecuencias. Ver es más que mirar deprisa. El auténtico "ver" puede arrojar por la borda todos los planes. El samaritano "vio", y este "ver" lo transformó. Este ver bíblico, con el que comienza toda misericordia, no es una cosa sencilla. Los comodones no lo logran nunca.

Este "ver" exige abandono, despedirse de sí mismo, existir y comprometerse por los otros. Quien "ve" así y sigue, sabe: Sólo se puede llegar a la fuente, cuando se nada contra corriente, no se mira a la derecha o a la izquierda, sino que sigue su camino derecho oportuna o inoportunamente.

"¿Dónde está el Rey de los judíos que ha nacido?" Ha desaparecido la estrella y se ha hecho de noche en sus corazones. Tienen que volver la cabeza hacia algo que sustituya a la estrella. Cuando ya no brilla la estrella, necesitas consejo. Y buscan y preguntan. Una búsqueda y una pregunta justificadas porque quieren conocer la verdad. La estrella desaparece cuando ya estaban a punto de alcanzar la meta. Tras tantos caminos recorridos, ahora están en Jerusalén, a dos pasos de Belén. Cuando van a llegar a la meta, surge la inseguridad. No saben dónde buscar. ¿Fue quizá todo una ilusión? A cada uno de nosotros nos puede asaltar la tentación de abandonar en el último momento. Nuestra fe está asediada. Todo ha sido en vano. Mateo nos amonesta. Pertenece a la condición humana la duda de si todo el camino recorrido hasta ahora no ha sido en vano.

"Al enterarse el rey Herodes." Los Magos no tuvieron suerte y llamaron a una puerta equivocada. Esto le puede pasar a los sabios y a todo el mundo. Hay muchas puertas en la vida, ya menudo no sabe uno cuál es la buena. El asunto de elegir es harto arduo. En el canto del "Veni, Sancte Spiritus", la Iglesia llama al Espíritu Santo, "Digitus Dei", el dedo de Dios, que en el momento apropiado nos da la indicación correcta para acertar con la puerta. La devoción al Espíritu Santo como guía de nuestras incertidumbres.

"Al ver la estrella, se llenaron de inmensa alegría." El evangelista no nos cuenta cuánto tiempo tuvieron que esperar hasta que la estrella comenzó a brillar de nuevo. Sólo Dios sabe cuándo ha llegado la hora, que es distinta para cada uno. Nuestra vida a veces parece falta de perspectivas, un arrastrarse con esfuerzo sin ningún consuelo. Las historias de la fe saben que estamos acompañados por Jesucristo. "En la vida y en la muerte somos del Señor." Hasta que la estrella brille, los tres permanecen juntos. Esperar en solitario puede desmoralizar a uno. La espera compartida en comunidad es sólo media carga. En todo caso valió la pena esperar. Se llenaron de inmensa alegría.

"Entraron en la casa, vieron al Niño con María, su madre, y cayendo de rodillas lo adoraron." Seguramente la casa sería una vivienda modesta, tal vez pobre. Los Magos actúan con espontaneidad. No dicen nada y colocan a los pies del Niño toda su sabiduría. Una actitud mezcla de respeto, admiración y silencio. ¿Hemos olvidado hoy la ad-

miración? Parar el reloj de nuestras vidas, ver y amar. Y abrir los pobres cofres de nuestras vidas y con nuestras manos vacías ofrecérselos al Niño.

"Se marcharon a su tierra por otro camino." Resulta difícil situar geográficamente este otro camino de regreso a su patria. Mateo ve el otro camino en otro plano de lectura. Si el fiel cristiano, si la Iglesia, quieren marchar hacia el futuro, tienen que ir por otro camino, a veces desacostumbrado e incómodo. No el camino que lleva todo el mundo y que acaba en buscarse a sí mismo, sino el camino alternativo abierto por Jesús. Los Magos que supieron ver la estrella y ver al Niño, también vieron el otro camino. Que tengamos los ojos bien abiertos para ver las indicaciones de Dios.

¿Qué vemos en el Niño Jesús?

¿Hacia dónde va el camino de mi vida?

¿Intentamos una vida de entrega como nuestra respuesta al don de Dios?

Hijos y libres

Primera lectura: Isaías 42,1-4.6-7

Segunda lectura: Hechos de los Apóstoles 10,34-38

Evangelio: Mateo 3,13-17

Un escritor con etapas. Debemos el evangelio de hoy a un escritor cristiano de origen, tradición y religión judía. Es un creyente que ha cambiado, ha tenido sus crisis religiosas y personales, ha vivido un proceso religioso personal y lo ha hecho en una comunidad en la que había nacido y después en otra comunidad con la que se ha encontrado. El texto de hoy lo sitúa en el Jordán con algunos protagonistas: Juan Bautista, Jesús y el Espíritu de Dios. Entre todos componen un cuadro que denominamos el bautismo.

Un vado. El Jordán constituye una frontera, un límite que simbólicamente separa a los hijos de Israel de otros que no pertenecen al pueblo aunque merodeen por las cercanías. Para pertenecer al pueblo había que repetir aquel paso que realizaron los primeros miembros del pueblo tras deambular por el desierto. El Jordán marcaba la diferencia entre los buscadores de libertad que no querían establecerse en lugar alguno ni identificarse con institución, tierra o dogma, y los liberados que anhelaban una tierra en donde construir su casa. A su vez, el Jordán evocaba otro paso anterior, el del mar Rojo, cuyas aguas debieron cruzar los antiguos esclavos para conseguir superar su condición.

De esclavos a criados. Consiguieron conquistar aquella tierra para establecerse y construir su casa y su futuro, pero la habitaron sin sentirse en casa propia porque había un grupo que continuamente les recordaba las obligaciones. Su vida, que ya no era de esclavos, se parecía a la de un mayordomo que viste de acuerdo a su profesión y se siente en la

obligación de actuar siempre según las reglas de educación, cortesía y profesionalidad. Por eso Mateo, que ha experimentado esta religiosidad que no termina el proceso de liberación y que margina, como en su caso, a quienes no actúan y cumplen con la Ley, sigue esperando algo nuevo que le haga sentirse realmente libre por dentro, que le haga sentirse en su propia casa.

Juan Bautista, representante de toda la tradición profética y portavoz de los anhelos profundos del pueblo, los convoca de nuevo al Jordán para volver a cruzarlo y comenzar una etapa nueva, un momento distinto de la historia religiosa de la humanidad. Él expresa la aspiración pero no sabe cómo darle respuesta.

De criados a hijos. En éstas aparece Jesús, y el Espíritu de Dios le da el título que designa a los que como **Él** cruzan de nuevo el Jordán, a los que se bautizan en su nombre. Por **Él**, de ahora en adelante, a quienes sigan a este nuevo guía se les aplicará la condición de "hijos".

Vivirán en el mundo como en su casa, podrán vestir como quieran: en zapatillas o en zapatos, pantalón corto o largo. La relación con el Dueño de la casa no será profesional y reglamentada sino incondicional, libre, de amor. Su responsabilidad ya no estará legislada sino que brotará de su familiaridad. Si alguna vez no se comportan como se espera de ellos, no serán despedidos sino perdonados y su vida estará ligada a la marcha de toda la familia porque no tendrán salario sino herencia y todo lo que hay en casa lo sentirán como propio.

El mundo ya no será una fábrica de esclavos ni una empresa de asalariados sino que un aire nuevo impregnará todo de un estilo distinto con un color y un espíritu diverso y lo convertirá en una casa llena de hijos, porque, como Jesús, somos hijos, no esclavos como Adán ni legalistas como los sucesores de Moisés.

Dios será entendido y experimentado y vivido como un Padre que dirige los destinos de su familia contando con sus miembros pero sin utilizar la fuerza ni la coacción de la *ley* sino la responsabilidad libre que brota **del** amor como compromiso e interés en trabajar por el bien de todos.

Cuando tantos malentendidos se dan en el mundo de *hoy* sobre la religión y tan distintas son las creencias y las opiniones sobre Dios, la historia sigue dándonos la oportunidad de situarnos en una u otra parte **del** proceso. Hoyes un buen momento para pensar en qué parte **del**

Jordán nos situamos y qué sentido religioso promovemos. Sintámonos hijos y libres.

¿Somos portadores del anuncio de un mundo distinto al de la violencia?

¿Entendemos que el amor es mucho más que justicia y que Dios, afortunadamente, no es justo?

¿Renovamos el sentido de nuestro bautismo como paso adelante en nuestra fe?

Tiempo de Cuaresma

Un camino hacia la Pascua

Primera lectura: Joel 2,12-18

Segunda lectura: 2 Corintios 5,20-6,2

Evangelio: Mateo 6,1-6.16-18

Tiempo de Cuaresma: seguimiento de los pasos de Cristo. Comenzamos en este día el tiempo de Cuaresma, un tiempo largo de hondo calado espiritual en nuestros pueblos y comunidades, en todos los países del mundo cristiano. Hoy se llenan los templos, se multiplican a lo largo de estos días las actividades cuaresmales, celebraciones comunitarias del perdón, encuentros de oración, lectura personal y comunitaria de la Biblia, los ejercicios de piedad, y entre ellos el Vía Crucis, como seguimiento de los pasos de Cristo hasta la cruz. Os propongo para estos días algunos pensamientos que deben atravesar toda la Cuaresma y toda nuestra vida espiritual cristiana.

Tiempo de Dios, tiempo de su amor. El primero y fundamental es que éste es un tiempo de Dios, tiempo de su amor. Es el tiempo oportuno, el tiempo de su salvación. La muerte de Jesús es el signo mayor de su amor, del amor de Dios al hombre. Cuando un creyente se pone en marcha, Dios le precede y acompaña. Siempre, sin ninguna duda.

Todo camina hacia la Pascua. El camino de la vida, con su cruz de cada día, es camino de Resurrección. La Cuaresma es un tiempo de paso; nadie ni nada se queda en ella. Quedarse en ella es signo de un cristianismo enfermo. Es una tentación no resuelta. Todo camina hacia la Pascua, hacia la Vida.

Bajar de la cruz a los crucificados. La vida de Jesús se actualiza y prolonga en el misterio de cada vida humana, especialmente en la vida

de los pobres y de cuantos sufren. "Jesús estará en agonía hasta el fin del mundo: no hay que dormir durante este tiempo" (Blas Pascal, *Pensamientos*). Hemos de bajar de la cruz a Cristo crucificado en las Víctimas de hoy.

Conversión del pueblo a Dios. El profeta Joel nos recuerda que la conversión debe orientarse hacia Dios: "Convertíos a mí de todo corazón". Todo el pueblo es convocado a la tarea: los ancianos, los muchachos y niños de pecho, el esposo y la esposa, los sacerdotes, y juntos imploran a Dios: "Perdona, Señor, a tu pueblo". La conversión es una llamada primera a toda la comunidad, a toda la Iglesia.

La Iglesia es el sujeto primero de conversión. Y no le faltan hoy motivos para ello. Una conversión de la Iglesia hacia el exterior, hacia el mundo. Que el mundo sepa, con gestos concretos, que la Iglesia le mira con amor, y que no tiene hacia él una actitud de condenación, como aparece con frecuencia, sino de salvación. Y una conversión hacia el interior, entendiéndose y edificándose ella misma más desde su ser Pueblo de Dios que desde su ser jerárquico, fomentando en la vida de la actual generación cristiana un tiempo de mayor libertad, moderando el ejercicio de la autoridad, simplificando tantas leyes positivas que hacen recordar a las complicadas y abrogadas prescripciones mosaicas.

Una conversión del mundo hacia la fraternidad universal. Un mundo en el que todos somos ciudadanos responsables, y que sin embargo parece querer instalarnos a todos, por obra de unos pocos, en el miedo y en el rechazo al diferente. Se nos está empezando a presentar al otro como un enemigo peligroso, en lugar de ser mi complementario. y esto no es verdad, es una gran mentira. Sin el otro, yo no me puedo realizar como persona. Nuestra vocación mutua es la amistad. Nuestro mundo que desoye sistemáticamente las llamadas a la paz y a la solidaridad. Se nos mete a todos en un ambiente prebélico. Vivimos en un mundo que ha hecho del hambre el mayor y más peligroso de los terrorismos.

Una conversión para todos los creyentes en Cristo. El texto de Mateo nos ofrece los caminos clásicos, siempre válidos de la limosna, la oración y el ayuno. Con tal de que sean tomados en serio, y no como mero y exterior cumplimiento legal. De ahí la frase repetida al final de cada

uno de ellos, y que les da su valor ante Dios: "Tu Padre que ve en lo escondido, te lo pagará".

Una limosna que le duela al rico y alivie al pobre, nada que ver con las migajas de la mesa. Una oración amorosa y prolongada con el Padre en la intimidad del cuarto y del corazón. Y el ayuno que Dios quiere: "Dejar libres a los oprimidos, partir tu pan con el hambriento, hospedar a los pobres sin techo, vestir al que ves desnudo y no cerrarte a tu propia carne".

Fija la mirada en aquel que consuma nuestra fe. Ya desde ahora, y con la mirada fija en aquel que consuma nuestra fe, Cristo resucitado, os anuncio y deseo, queridos hermanos: ¡Feliz y Santa Cuaresma, feliz camino hacia la Pascua!

¿Me dispongo, con buen ánimo, a seguir los pasos de Jesús hacia la Pascua?

¿Qué hago por bajar de la cruz a los crucificados de nuestro tiempo?

¿Cómo participo en la conversión de la Iglesia?

Tentados

Primera lectura: Génesis 2,7-9; 3,1-7

Segunda lectura: Romanos 5,12-19

Evangelio: Mateo 4,1-11

Hay palabras que adquieren un protagonismo que no tenían antes y de pronto empiezan a usarse con más frecuencia. Una de ellas es "alternativa". Hay energías alternativas, cocina alternativa, género de vida alternativo, vacaciones alternativas, ropa alternativa, etc. Esto tiene, en primer lugar, un sabor a moderno, pero, ¿qué se quiere decir con ello? Se quiere decir que uno se sale del camino trillado por donde va Vicente, por donde va la gente, y elige un camino personal distinto.

La Cuaresma que comenzamos se puede considerar también como una invitación a una vida alternativa, una invitación a salir durante unas semanas de nuestras rutinas y a emprender un nuevo camino cuyos hitos pueden estar señalados por el evangelio de hoy.

Ser llevados por el Espíritu al desierto. La primera invitación es la de ir al desierto como Jesús. *"Fue llevado Jesús por el Espíritu al desierto"*, a la soledad, al silencio, donde nada distrae, donde no se puede evitar el encuentro consigo mismo.

Para muchos de nosotros la vida se realiza dentro de una monotonía gris. Nos levantamos, vamos al trabajo, comemos, vemos la tele, dormimos. Todo, dentro de una rutina pasiva donde la actividad propia queda anquilosada.

¿No podría ser una alternativa en este tiempo cuaresmal procurarse un poco de desierto? ¿Aguantar estar solo, en silencio, sin distraerse por nada, buscando el encuentro con uno mismo y con Dios?

No sólo de pan. Cuando se trata de alternativas no se trata de cualquier cosa, se trata de mí mismo. ¿De qué vivo propiamente? Desde luego, de pan, ¿pero es esto todo? Vivo de las trivialidades cotidianas que me ofrecen la tele, la radio, la prensa, ¿pero es esto todo?

"No sólo de pan vive el hombre -dice Jesús-, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios." Puedo imaginarme como una alternativa para el tiempo de Cuaresma la lectura de la Biblia cada día o cada semana, buscando el encuentro con la Palabra de Dios con la actitud del profeta Jeremías que dice: "Cuando recibía tus palabras las devoraba, tu palabra era mi gozo y mi alegría íntima" (Jer 15,16).

Dios me habla también a través de las circunstancias de la vida, por las personas que encuentro. Que sepamos interpretar los signos de los tiempos. Me puedo preguntar ¿qué quiere Dios de mí, qué me dice por las circunstancias de la vida?

La tentación del poder. El afán de dominio, la sed de poder, es un fuerte instinto en el ser humano. En todo ser humano, no sólo en los políticos o en los poderosos. La tentación del poder se da en la familia, en el trabajo, en la Iglesia. Muchos esperan de los demás que se les sometan y obedezcan al poder de su posición o incluso a la violencia física.

La alternativa que Jesús propone es la del servicio. "Si uno quiere ser el primero, sea el último de todos y el servidor de todos." Y él mismo nos da su ejemplo: "estoy entre vosotros como el que sirve". Y en el lavatorio de los pies nos dejará en testamento una forma alternativa de ejercer el poder.

No tentar a Dios. Estamos tentados, también los creyentes, a que Dios haga nuestra voluntad. Lo buscamos como una ayuda para la realización de nuestros planes y objetivos. Jesús propone como alternativa el camino inverso: en lugar de interesar a Dios por uno, interesarse uno por Dios. Se adapta a la voluntad divina. Busca el camino que su Padre le señala y sigue ese camino con coherencia y perseverancia.

La alternativa sería no preguntar qué quiero, sino preguntar ¿qué quiere Dios de mí? E intentar plantearse esta pregunta cada vez e ir haciendo paso a paso el camino por el que Dios va conmigo.

Ánimo para la alternativa. Se requiere decisión y coraje para entrar en la Cuaresma con este talante. ¿El ejemplo de Jesús no es un estímulo?

¿Y el de tantos santos? Para acabar, una hermosa cita de san Ignacio de Loyola: "Éstos lo pudieron y aquéllos, ¿por qué yo no?".

¿Veo la Cuaresma como una posibilidad de orientar mi vida según el ejemplo de Jesús?

Dios habla. Se requiere silencio para oír su voz. ¿Qué quiere Dios de mí? ¿Qué me dice por las circunstancias de la vida?

¿Cuándo y dónde estoy viviendo de modo que sólo busco mi propia utilidad y provecho?

Anticipo de luz y gloria

Primera lectura: Génesis 12,1-4a

Segunda lectura: 2 Timoteo 1,8b-10

Evangelio: Mateo 17,1-9

La Transfiguración del Señor. La Cuaresma nos presenta todos los años, en este segundo domingo, la escena de la Transfiguración del Señor. Al hacerlo así, la Iglesia quiere ser fiel al itinerario de Jesús tal como nos lo presentan los evangelios: la subida hacia Jerusalén es un camino hacia la Pascua, que pasa por la cruz y la muerte.

¿Quién es Jesús para nosotros? En la página evangélica anterior a la que hoy hemos proclamado, Jesús pregunta a sus discípulos qué es lo que piensan de Él, quién es Él para ellos. Pedro contestará: "Tú eres el Mesías, el hijo de Dios vivo". Jesús llama dichoso a Pedro por la respuesta, y promete que sobre la firmeza de esa fe edificará su Iglesia. Inmediatamente después Jesús se pone a decirles que el Mesías tiene que sufrir mucho a manos de los dirigentes de Jerusalén, que le llevarán a la cruz y a la muerte, y que al tercer día resucitará. Pedro, que un momento antes ha declarado su fe en Jesús como Hijo de Dios, no quiere admitir que las cosas sucedan así, y rechaza el camino que Jesús les dibuja. Pedro se llevará una buena regañina de Jesús por "pensar como los hombres, no como Dios". Sin duda Pedro esperaba un Mesías triunfal, vencedor de los enemigos de Israel, posiblemente rey. Pedro va a tardar en comprender a qué Señor está siguiendo. Y nosotros también. Pedro llegará a entenderlo del todo cuando se encuentre con Jesús resucitado. Está claro que también nosotros somos llamados a preguntarnos en este momento quién es Jesús para nosotros, y a tratar de esbozar una respuesta personal y comunitaria. ¿Nos escandaliza un Señor traicionado, entregado, crucificado y muerto? ¿Tratamos de comprenderle?

Anticipo de la luz y de la gloria. Para animar a sus discípulos en este momento de crisis, para que sepan reconocer y aceptar la cruz como camino de resurrección, Jesús se transfigura delante de Pedro, Santiago y Juan, que unos días más tarde le verán sufrir y angustiarse en Getsemaní ante la inminencia de la pasión. La transfiguración de Jesús delante de ellos, con la presencia de Moisés y Elías, y con la voz del cielo tras la nube luminosa: *“Éste es mi Hijo, el amado, mi predilecto. Escuchadle”*, anticipa algo de la luz y la gloria que rodearán a Jesús tras la muerte, cuando resucite según su promesa.

Invitados a seguir los pasos de Jesús. La Cuaresma, nueva cada año, es una invitación a todos nosotros a seguir los pasos de Jesús, con la esperanza cierta de que nuestro camino es un camino de gloria que ya estamos recorriendo, mientras cargamos con las cruces que acompaña la marcha de la humanidad y con la cruz de cada uno de nosotros. Necesitamos la cercanía luminosa de Dios para descubrir todo lo que hay ya de resurrección y de vida eterna entre nosotros, todo de cuanto bueno hay en el mundo, por pequeño que parezca, por pequeño que sea, porque esos detalles, esos gestos, son chispas de la luz de Cristo resucitado; son ya, a pesar de su pequeñez, signos de resurrección. Necesitamos apoyarnos y animarnos unos a otros. No todo es muerte; la vida es más fuerte que la muerte, incomparablemente más. Es así. Hay muchas personas y grupos que, transfigurados por el Señor resucitado, en el que creen y creemos con toda el alma, son luz en medio de la humanidad. Son realización y anticipo de la gloria que un día se nos manifestará en toda su plenitud.

Sacramento de la presencia de Cristo. Y necesitamos también la fuerza y el tesón de Jesús para cargar con nuestra cruz y aliviar las cruces de los demás en este camino común. Fija nuestra mirada en la Luz de la Pascua, que es nuestra meta final, recorreremos este camino cuaresmal llevando nuestra cruz con firmeza de ánimo, y echando una mano en las cargas que oprimen a tantos hermanos nuestros, especialmente a aquellos que sufren el hambre y las guerras inventadas por otros, cuando resulta que son posibles el pan y la paz para todos. Hagamos que estos hermanos que sufren sean para nosotros, en esta la eucaristía, sacramento de la presencia de Cristo vivo y vivificante, que ellos sean alimento de nuestras vidas, un pan que fortalezca nuestra entrega, nuestro compromiso. Serán también así para nosotros pan que nos alimente hasta la vida eterna, cuando ellos, los pobres, nos abran las puer-

tas del cielo, según la promesa de Cristo, cuya memoria nos ha reunido en esta celebración.

¿Conozco a Jesús a medida que le sigo, o sólo de oídas?

¿Acepto con fe las cruces que me vienen de ese seguimiento de Jesús?

¿Qué hago para aliviar las cruces de los pobres y de cuantos sufren?

Hemos creído en Él

Primera lectura: Éxodo 17,3-7

Segunda lectura: Romanos 5,1-2.5-8

Evangelio: Juan 4,5-42

La Samaritana, la humanidad. Los textos de hoy son una invitación seducidora a la lectura y relectura. Están llenos de sentido humano y son una expresión genial de la realidad en que nos encontramos hoy, un mundo que se dice a sí mismo realista, un mundo desorientado, pero enormemente necesitado de afecto y equilibrio, un mundo receloso de tanta institución y de tanta estructura religiosa, pero un mundo con una gran sensación de vacío y, por lo tanto, de búsqueda.

Es necesario detenerse en la personalidad de esa mujer que acude al pozo, pero es preciso ver toda la narración desde el prisma simbólico que adquiere el lenguaje en el evangelio de Juan. Tendremos reflejada a la humanidad en esta buscadora de agua en los pozos de las religiones, significadas en aquel pozo construido por Jacob en medio del desierto.

En el desierto de Masá y Meribá, es decir, en el mundo de la duda y la tensión. Cuando el ser humano siente la distancia y la ausencia de Dios, cuando no sabe a qué atenerse y se encuentra emocionalmente entre la desorientación de valores y la necesidad de equilibrio. Cuando parece prescindir de un sentido ético que le exige, sin saber por qué, pero siente a la vez el miedo por la ausencia de horizontes y la negación de los valores, entonces acude a cualquier pozo, a cualquier instancia religiosa para calmar su sed.

Las instituciones religiosas. ¡Pobre Samaritana!, incomprendida en su aparente superficialidad, poco seria en sus compromisos, libando en distintas flores y sin encontrar un amor que le satisfaga ni un pozo que apague su sed; llena, además, de prejuicios culturales, históricos y reli-

giosos que le hacen desconfiar de las respuestas tradicionales aportadas por su religión de Siquem y por la religión más institucional de Jerusalén.

Ni en Siquem ni Jerusalén, ni en Roma ni en La Meca, ni en el Tíbet ni en el Ganges, algún día caeremos en la cuenta de que todas las religiones son expresión de nuestra búsqueda, de nuestra necesidad, del ansia y anhelo de plenitud, que todas son nada más y nada menos que el reflejo de la estructura religiosa de una humanidad buscadora de Dios, hambrienta de paz, sedienta de amor.

En todas ellas hay, también, una presencia divina y todas son expresión del Dios que buscamos; pero todas, en distinta forma y en distinto nivel, son sólo un reflejo bastante opaco de la Divinidad que puede iluminar nuestra vida, del Dios que puede acoger y comprender nuestra debilidad, del Ser que puede dar salida a nuestras aspiraciones y horizonte a nuestro futuro. En todas hay un sentido de Dios, pero en ninguna podemos encontrarnos totalmente con Dios.

El Mesías va a venir. Para poder encontrarse con Él es necesario estar abiertos a la posibilidad de su encuentro en cualquier momento de la existencia, saber que ya ha llegado el tiempo del Mesías, el encargado de decirnos todo, de expresar cómo Dios entiende nuestra situación y cómo puede dar respuesta a nuestras búsquedas. No será nuestra pertenencia a una institución, sino la forma de relacionarnos con los demás y con el mundo la que defina nuestra relación con el Padre de todos. No será tanto nuestra asistencia a ritos ni nuestras peregrinaciones a lugares, tampoco serán las piedras del templo ni los archivos parroquiales.

Jesús es el Mesías. Eso lo tendremos que aprender poco a poco, hacerle un hueco en nuestro corazón, y el pedagogo encargado de hacernos comprender y de llevarnos por la vía de la autenticidad religiosa será el Mesías, el que se hace presente en los pozos a los que acudimos a saciar la sed.

En Jesús vivo y resucitado se hace presente el camino que podemos seguir para dar salida a las insatisfacciones de nuestro tiempo en las que todos participamos. Ser señales que apuntan hacia Él es el sentido de nuestra aportación. Como la samaritana, que hace partícipes a los de su pueblo de su experiencia y les señala dónde encontrarlo, para gran alegría de todos ellos, que le indicarán la diferencia entre lo que ella les había dicho y lo que ellos mismos han visto y oído.

Tendremos que asumir con sencillez la condición de ser sólo testigos de la verdad vital y existencial que responde a nuestras inquietudes y esperanzas sin pretender ser nosotros y nuestros discursos los poseedores de la verdad Dios. Él puede aprovechar nuestro pozo para descansar y hacerse el enconradizo con todos los necesitados del agua que despierta el entusiasmo de la vida

¿Presentamos más las verdades doctrinales o la persona viva de Jesús?

¿Predomina en nosotros el sentido de pertenencia a una religión o la relación con Dios y los seres humanos?

¿Es Jesús el centro de nuestra preocupación religiosa o el cumplimiento de unas condiciones formales?

Abiertos o cerrados a la luz

Primera lectura: 1 Samuel 16,1b.6-7.10-13a

Segunda lectura: Efesios 5,8-14

Evangelio: Juan 9,1-41

Caminando con Jesús hacia la Pascua. Ya está cerca la Pascua de Jesús. Hacia ella nos conducen estos domingos de Cuaresma que estamos celebrando y cuyos textos la Iglesia proponía, ya en los primeros tiempos, como catequesis previas a la celebración de los Sacramentos de la Iniciación cristiana en la solemne Vigilia Pascual.

Jesucristo, luz del mundo. Y así, el evangelio de hoy nos presenta a Jesucristo como "luz del mundo". A través de un relato maravillosamente dramatizado, un ciego de nacimiento es conducido a la luz y, con ella, a la iluminación interior, a la confesión de fe, y a la adoración de Jesús como Señor. El que era ciego, ve. En un primer momento ve en Jesús a "un profeta", es decir, un hombre de Dios. Jesús mismo le ampliará esta visión: Él no es sólo un profeta, es el Hijo de Dios. El ciego confesará su fe y le adorará. Todos nosotros somos invitados a recorrer ese proceso que, no sin emoción, debe conducirnos a la proclamación de nuestra fe y a la adoración agradecida: "*Creo, Señor. Y se postró ante Él*".

La luz y las tinieblas. Pero junto a la luz y a la fe, aparecen también las tinieblas y el rechazo. Es la antítesis luz-tinieblas, que aparece ya en el Prólogo de este evangelio, y que el texto de hoy expresa con la fórmula de "los que no ven y los que ven". Son precisamente los dirigentes religiosos del pueblo, los que se nombran a sí mismos representantes autorizados de la divinidad, los que no saben reconocer a Jesús como presencia de Dios en medio de su pueblo y le rechazan, excluyendo

también a todos cuantos reconozcan en Jesús a alguien venido de Dios. Bajo esa actitud dura y autoritaria, el pueblo tiene miedo a hablar. Jesús es excluido, la luz es rechazada, y se hace, además, con la pretensión de "dar gloria a Dios".

Jesucristo, único juez universal. Todos y cada uno de nosotros personalmente, y la Iglesia en lo que tiene de institución, deberíamos ser muy sensibles para saber reconocer la presencia de Dios allá donde brille una chispa de su luz, por insospechada que pudiera parecer, y, desde luego, habremos de vigilar cuidadosamente nuestras actitudes de dureza y de exclusión de nadie, ni fuera de nosotros ni entre nosotros, tentación que con frecuencia suele afectar, en todos los ámbitos, a las clases dirigentes. Es la tentación de todo poder. Podemos y debemos situarnos, con sencillez y desnudez de espíritu, bajo la luz de Dios tal como ha brillado en Jesús de Nazaret, en sus obras y palabras, y dejar que sean ellas las que hablen de nuestra autenticidad o pongan de relieve nuestras tinieblas. Jesús es el único y autorizado Juez Universal: "Yo he venido a este mundo para un juicio". Unos ven, creen y adoran, y otros se cierran y nos cerramos a su luz. Él ha venido a los suyos, y los suyos no le han recibido. Pero a cuantos le reciben les hace hijos nacidos de Dios.

La ceguera del mundo poderoso. El texto de este domingo cuarto de Cuaresma puede y debe iluminar alguna situación de nuestro tiempo, y muy en concreto la ceguera del mundo poderoso y rico para reconocer en pasados y dolorosos acontecimientos posibles llamadas de Dios a descubrir las causas y las raíces del mal que nos aflige. Muchas voces en la Iglesia y fuera de ella alientan a esta búsqueda de un mundo nuevo y diferente, edificado sobre unos cimientos distintos de los actuales, que están provocando el hambre y la vida inhumana en más de la mitad de nuestro mundo. Es clara y determinante la concepción de la paz del pacífico Juan XXIII: la paz es una palabra vacía si no se edifica sobre la verdad, la libertad, la justicia y la caridad. ¿Se dan en nuestro mundo estas condiciones? Porque si no, no habrá paz. Así de claro. El Mensaje de Juan Pablo II para la Jornada Mundial de la Paz de hace unos años decía: "No hay paz sin justicia, no hay justicia sin perdón". Muchos y notables columnistas de prensa, revistas misioneras, voces y movimientos en todo el mundo, siguen llamando a la sensatez y al reconocimiento de los propios errores políticos y económicos, y sin embargo los poderosos y violentos de este mundo siguen machacando al

enemigo, matando inocentes, olvidando a los pobres, despreciando el descubrimiento de las raíces del mal y de la injusticia en el mundo. Ciegos y cerrados a la luz.

Invitados a la mesa de la fraternidad. En esta eucaristía que estamos celebrando, queremos comulgar con las palabras de Pablo a los Efesios: "Toda bondad, justicia y verdad son fruto de la luz. Las tinieblas son estériles. Despierta, tú que duermes, y Cristo será tu luz".

¿Es Cristo, y su mensaje, la luz que ilumina nuestro vivir?

¿Nos atrevemos a decir, como el ciego, que creemos en Jesús?

¿Podemos decir, con sencillez de corazón, que nuestra vida es luz para otros?

Se trata de creer

Primera lectura: Ezequiel 37,12-14

Segunda lectura: Romanos 8,8-11

Evangelio: **Juan** 11,1-45

¿Crees esto? Hemos escuchado el evangelio. Tenemos que darnos por aludidos y asumir el reto. La pregunta de Jesús a Marta es la pregunta hoy para nosotros ¿Crees esto? ¿Creemos en la resurrección de los muertos? ¿Creemos que también nosotros resucitaremos? Porque se trata de eso, de creer. No se trata de saber, o de estar enterados, sino de creer, de asumirlo en la vida, de fiarnos de la Palabra de Dios, de confiar en Jesús. Porque Jesús, que nos invita a creer, nos ofrece también razones para que lo hagamos razonablemente. Y así manda quitar la losa del sepulcro, la losa de nuestros temores y prejuicios, y devuelve el muerto a la vida.

La resurrección de Lázaro es un verdadero milagro, un signo, un toque de atención para que nos tomemos en serio las palabras de Jesús: "Yo soy la resurrección y la vida". Por eso resucita a Lázaro, como resucitó al hijo de la viuda y resucitará Él mismo después de ser condenado y morir en la cruz.

La buena fe. Jesús devolvió la vida a Lázaro, pero también a Marta. Marta creía en Jesús y en sus poderes, pues sabía de sus milagros y curaciones. Por eso, lamenta que Jesús haya llegado tarde; de haber estado antes, Lázaro no habría muerto. La buena fe de Marta, apremiada por Jesús, llega incluso a confesar su fe en la resurrección de los muertos en el último día. Pero toda su buena fe se tambalea ante el incomprendible proceder de Jesús, que había esperado hasta el límite, y más allá de todo límite para intervenir.

También se tambalea la buena fe de María, que lamenta el que su hermano haya muerto cuatro días antes. Como les ocurre a muchos de los presentes, que no se explican por qué Jesús, que curaba a los ciegos, no hubiese impedido que Lázaro muriese. Como nos ocurre a nosotros: ¿no habría sido mejor que Jesús hubiera curado e impedido que muriese? Porque ésa es la cuestión: ¿Por qué tenemos que morir? ¿Por qué Dios permite la muerte de los seres humanos? Si hemos de resucitar y vivir eternamente, ¿por qué tener que pasar por el trance amargo de una muerte que nadie deseamos?

La fe cristiana. No sabemos por qué, pero era necesario que el Hijo del hombre padeciese y muriese para así entrar en la gloria. No sabemos por qué, pero es necesario que el grano de trigo caiga en tierra y muera para que dé mucho fruto. No sabemos por qué... Yes que no se trata de saber, sino de creer. Y, aunque no sepamos por qué, podemos creer a pesar de todo.

“¿No te he dicho que si crees, verás la gloria de Dios?”, Ésa fue la respuesta de Jesús a Marta. Ésa es también su respuesta para nosotros. Marta creyó y vio al hermano resucitado y su fe robustecida. Como vieron y creyeron también muchos de los judíos que habían acudido al entierro. Como podemos creer también nosotros, a pesar de todo, si confiamos en Jesús, en su palabra, en sus obras, en sus signos.

La fuerza **del** creyente. No sabemos por qué... pero hay una cosa que sí sabemos, y es que la muerte no es lo que parece, que no podemos vivir sin afrontar en serio la muerte. Porque lo desconocido suele darnos miedo, y el miedo a la muerte es el mayor enemigo de la vida, pues por miedo a morir podemos enajenar nuestra libertad y renunciar al vuelo de nuestras utopías.

Y hay otra cosa que sí sabemos, aunque no sepamos por qué, y es que la muerte está siendo manipulada en contra de la dignidad y de la vida humana. Todos los fanáticos, terroristas, violentos y poderosos instrumentalizan la muerte para solucionar sus problemas. La muerte se ve y se utiliza como la solución final. Por eso la fe en la resurrección es un golpe mortal contra todos los que mediatizan la muerte para conseguir sus objetivos, aunque sean contrarios a la vida y dignidad humanas. Resucitando a Lázaro, Jesús confirmó la fe de Marta y la de muchos de los presentes y la nuestra. Al ordenar quitar la losa del sepulcro, quitó también la que encubría todos los prejuicios y miedo a la muerte, y al

devolver la vida a Lázaro, nos devuelve la esperanza y la fe en la vida y en la solidaridad.

¿Creemos en la resurrección de los muertos? ¿Creemos en nuestra resurrección personal? ¿Creemos que viven nuestros difuntos?

¿Creemos... o simplemente lo damos por sabido? ¿En qué se nota que creemos en la resurrección? ¿Nos da ánimos en la vida, nos da coraje para vivir, nos da alas para emplearnos en empresas humanitarias?

¿Defendemos la vida? ¿Luchamos contra los que se aprovechan del miedo a la muerte y matan para lograr sus objetivos? ¿Se puede tolerar la pena de muerte como legítima para disuadir al ser humano?

Dignidad y sufrimiento

Primera lectura: Isaías 50,4-7

Segunda lectura: Filipenses 2,6-11

Evangelio: Mateo 26,14-27,66

Una escena llena de sencillez y solemnidad. Un grupo pequeño de gente sencilla rodea a Jesús, que prepara su entrada a la ciudad de Jerusalén con el cuidado de quien quiere controlar los detalles más pequeños de una ceremonia en la que todo está perfectamente pensado, planificado y programado.

La escena une dos cosas que, con cierta frecuencia, nos ocurren a nosotros en los acontecimientos comunes pero importantes: La sencillez propia de quien está fuera de los ambientes de poder o de riqueza. La solemnidad de quien da mucha importancia a lo que en ese momento está ocurriendo.

Sencillez que pone de manifiesto la vida que ha llevado Jesús, el ambiente que ha tenido en su historia personal, la opción que ha tomado. Se ve en los detalles de los medios utilizados: una borrica con su pollino, unas ramas de árboles, unos mantos como alfombras y mucho entusiasmo que desborda los límites del grupo y llama la atención de quienes están fuera y pasan a preguntarse: ¿Qué sucede? ¿Quién es?

Solemnidad, porque hay conciencia de lo que se hace e intención de hacerlo con toda la significación de los gestos: Ha de ir cabalgando, aunque sea en borrica. Ha de ser aclamado, aunque sea por un pequeño grupo de seguidores. Ha de tener alfombra, aunque no sea roja. Ha de tener títulos, aunque se presten a interpretaciones ambiguas.

En medio de la sencillez de la escena Dios se hace presente en Jesús con dos constantes.

Dios siempre ha manifestado la necesidad que tiene y quiere de la colaboración de los sencillos en todas las intervenciones suyas en la-

historia. Desde que se la pidió a María para tener una madre, hasta los acompañantes de estos últimos momentos que hacen posible su entrada como Señor sencillo en medio de los sencillos.

Dios siempre escucha los clamores (a veces cifrados y poco claros) de la humanidad necesitada, con los que ésta expresa sus búsquedas-aspiraciones-necesidades, y provoca esperanza impregnando dignidad y libertad para no doblegarse ante las presiones seductoras.

Jesús es, en estos días, la imagen llena de dignidad y patetismo de una humanidad marcada por la búsqueda de sus propios ideales, metas y aspiraciones, a la vez que la imagen de un Dios humano, mucho más humano de lo que cabe pensar, solidario con nosotros, identificado con nuestras inquietudes más profundas, que en Jesús se nos manifiesta con la dignidad de quien es Señor y con la sencillez de quien está acostumbrado a los límites de la condición en la que vivimos.

La escena de hoy nos introduce a Jesús en la ciudad donde todos realizamos nuestras actividades vitales, en el mundo amurallado de nuestra intimidad, en el escenario de nuestra realidad cotidiana. Allí sigue provocando el murmullo entusiasmado de unos, la sorpresa de otros, la pregunta de siempre: ¿Quién es éste?

y seguiremos escuchando la respuesta de quien lo ha encontrado: Es el profeta ~~Jesús~~, el de Nazaret de Galilea. Es decir, el que pronuncia la Palabra sobre el ser humano y sobre Dios no controlada por los poderes religiosos, políticos o económicos.

Él es la Palabra que mejor nos dice cómo somos en nuestra dignidad y necesidad. Él es, también, la Palabra que mejor nos dice cómo es Dios. La Palabra que puede devolvernos la esperanza porque es la Palabra que dice sí a la vida nuestra de hoy y a la Vida nuestra en futuro.

¿Medito la Pasión del Señor? ¿Cómo me sitúo en ella?
¿Escucho los clamores de los necesitados?
¿Quién es Jesús de Nazaret para mí?

Triduo pascual



Una cena de amor y libertad

Primera lectura: Éxodo 12,1-8.11-14

Segunda lectura: 1 Corintios 11,23-26

Evangelio: **Juan** 13,1-15

El paso se convierte en cena. Estamos en un momento muy llamativo del año climatológico y vital. Estamos en primavera, tiempo de cambios y días de esperanza y alegría, pues todo se transforma, todo renace, rebrota, reverdece, rejuvenece, resucita.

Es el paso del frío a la calidez, de la oscuridad a la luz, de la larga noche ~~invernal~~ al largo día primaveral.

En este paso quiso apoyarse la celebración de otro paso: el del mar, el del desierto, el de una tierra a otra, el de la esclavitud a la libertad, el de masa a pueblo, el de Egipto a Jerusalén.

y ese paso, pascua, se celebraba en el pueblo judío con una cena donde el manjar significativo establecido era un cordero, el de la libertad, condimentado con verduras amargas y acompañado con panes sin levadura, ingredientes muy representativos de una vida marcada por la lucha, el esfuerzo y la prisa, como las comidas rápidas de hoy.

Nosotros, los cristianos, herederos de sus mismas convicciones y de su misma vocación, celebramos también con una cena su paso y el nuestro. Igual que ellos, celebramos, como Jesucristo, el paso de la libertad y el nacimiento del antiguo pueblo. Pero celebramos también el paso de Jesucristo por la vida y nuestro nacimiento como nuevo pueblo, precisamente cuando Él celebraba la cena pascual y no pudo concluirlo en todo su ritual porque fue atrapado para ir a la muerte.

La cena en tradición. Desde entonces, aquel gesto de la reunión familiar y vecinal en torno al cordero de la libertad, a su sangre de víctima

protectora y al pan sencillo y hogareño que alimenta el cariño y la esperanza, lo tenemos también nosotros como acto y celebración fundamental en el que repasamos nuestra historia, recordamos nuestra identidad y avivamos nuestra vocación, es decir, nuestra función en la historia.

Es la tradición fundamental, nuestro acto más simbólico, el que recoge nuestra historia, actualidad y proyectos, el que expresa nuestra situación.

y Pablo nos lo evoca y transmite con la seriedad y solemnidad de quien sabe que está haciendo algo muy importante. Él lo ha recogido así en las celebraciones comunitarias y tal cual lo pasa a la generación siguiente con el encarecimiento de recoger una tradición sacra.

Una tradición que puede ser rutina para quien la celebra sin penetrar en su larga historia y la hondura de su significado o que puede ser otra cosa para quien se sitúa en la vida con ojos creyentes y corazón sensible, solidario y luchador.

La tradición en signo de la vida. Porque en ella celebramos la vida, con sus problemas, inquietudes y esperanzas. Una vida entendida como regalo de Dios y como tarea encomendada para cuidar, proteger y promover. Aquí, en la Cena, nos encontramos ante un Pan y un Vino, símbolos de la vida con su esfuerzo y su necesidad, que representan a todos los necesitados del mundo, a todos los trabajadores de la tierra que, por amor a sus hijos sobre todo, salen cada mañana dispuestos a asumir sus tareas, empuñar sus herramientas y seguir construyendo este mundo que Dios nos entregó para transformarlo y adecuarlo a las necesidades humanas.

y aquí en la Cena está presente el Dios de la vida que, en los mismos símbolos del esfuerzo, la lucha y la necesidad humana, ha querido significar su presencia en la historia con nosotros, su acompañamiento en todas las preocupaciones y aspiraciones, su mensaje de solidaridad y unión, su deseo de alimentar nuestra energía vital, nuestras motivaciones y nuestros ideales.

y en la transformación de esos elementos tan humanos como el Pan y el Vino en su Cuerpo y en su Sangre ha querido significar y anunciar la esperanza de que todo puede transformarse, también el mundo, también la vida, también la sociedad, y hasta nuestro corazón se puede transformar en un corazón sensible, de carne, con calor y ternura, capaz de latir en sintonía con los necesitados y de ser motor no sólo de la

sangre que oxigena el cuerpo *sino* también de esperanza que mueve la historia y levanta el ánimo a los desanimados.

Nuestra Cena es mucho más de lo que solemos celebrar: es la proclamación del amor de Dios y del amor humano como alma de la historia. Es, por tanto, además de nuestra Tradición, un programa, es una provocación, una marca de identidad, un reto y un grito de esperanza. Hoy Jueves Santo, día del amor fraterno, es día de reflexión sobre nosotros mismos y nuestra relación con el mundo.

¿Celebramos la vida o escuchamos misa cuando vamos a la iglesia?

¿Comulgamos con Dios y la Humanidad o simplemente pasamos a comulgar?

¿Es el amor fraterno una limosna al mendigo de la puerta?

/

El dolor del ser humano

Primera lectura: Isaías 52,13-53,12

Segunda lectura: Hebreos 4,14-16; 5,7-9

Evangelio: Juan 18,1-19,42

Una sencilla narración. En medio de las preguntas que van apareciendo en la vida al hilo de los acontecimientos y que ponen a prueba las respuestas que hemos ido recibiendo en nuestras tradiciones culturales o religiosas porque ya las tenemos conocidas, por repetidas, pero no asumidas. En medio de unas celebraciones a las que cada vez asisten **menos** personas, sobre todo jóvenes, porque hay una gran oferta de **actos** y **posibilidades**, nosotros centramos estos días en la figura de Jesús y en los últimos momentos de su vida.

No presentamos un gran discurso, no tenemos una gran teoría. Tenemos solamente una pequeña y sencilla narración. En ella sentimos que reside todo el meollo de una fe, la nuestra, que une dos polos: la vida de Jesús y la vida de todos nosotros.

Jesús y nosotros. Quienes creemos en Jesús, por encima de todas las explicaciones doctrinales y morales a que han dado origen nuestros dos mil años de historia, creemos en una Persona, en un ser de carne y hueso cuyos avatares históricos tienen la característica de expresar nuestra propia forma de vida con sus inquietudes, sus mejores deseos, sus proyectos **más** elevados, sus mejores intenciones de solidaridad y de servicio, sus intentos de coherencia con las convicciones más profundas y sus posturas consecuentes y firmes ante la adversidad.

En Jesús descubrimos a una Persona "buena" cuya bondad no es sentida como rechazo de quienes no somos capaces de ser así, aunque nos gustaría, porque nos descubrimos "buenos" pero débiles, deseosos pero limitados y, tantas veces, desanimados y desencantados.

En Él percibimos una sensibilidad abierta y comprensiva con nosotros en todas las situaciones por las que nuestra vida pasa y en donde se manifiesta esta forma de ser humanos que es sinónimo de pretender mucho y poder poco.

A través de esa sencilla narración aparece, pues, su vida expresada de tal forma que cada uno de nosotros percibe reflejada la radicalidad de su existencia con sus euforias, depres, interrogantes, ansiedades y esperanzas. En su vida está la nuestra, en Él estamos nosotros. Él es el Hombre. Su presente y su futuro es el nuestro.

De ahí que sea difícil no sentirse provocado en estos días y eludir el interrogante que cada uno es para sí mismo.

La pregunta sobre Jesús, su significado y su futuro es la pregunta sobre nuestra historia. Ella abarca la función del amor, la posibilidad de la esperanza, la fe en Dios, el futuro de todos nosotros, el papel de tantas víctimas, el dolor de tantos seres humanos, la sensatez o insensatez de nuestras aspiraciones.

Quizá la inmensidad y profundidad de la pregunta pueda resultar abrumadora, pero en algún momento hay que hacérsela en la radicalidad con que la vida nos la hace y para que cuando nos toque vivirla no digamos que nos la habían ocultado.

Mañana. Hoy no es día de respuestas, es día de reflexión, es tiempo de meterse en la vida representada por medio de los ritos y de las imágenes que paseamos por nuestras calles.

Mañana será el tiempo de la respuesta, mañana nos encontraremos con el mismo Jesús representado desde otra perspectiva, pero en conexión con la de hoy. Mañana será la solución a nuestro interrogante y la oferta de salvación a nuestra experiencia. Mañana será el futuro. Mañana será Dios.

Por eso mañana podrá ser todo lo que sentimos que debe ser. Mañana será cuando quizá podamos sentirnos convocados a la alegría, a la esperanza, al sentido y al canto. Porque quizá mañana todo encaje si mañana nos terminan de narrar el final definitivo que aconteció en la vida de Jesús.

Quizá mañana, cuando tanto en la vida parece oscuro, renazca el sol y amanezca un nuevo día en que veamos todo con otra luz y otra claridad. Quizá mañana sintamos que siempre hay y habrá mañana, porque Dios siempre está en el presente y en el hoy de todos nosotros,

aunque, como Jesús, sintamos a veces lo tremendo que es vivir en su aparente ausencia.

¿Procuramos entender el sentido de los ritos a los que asistimos en estos días?

¿Es la cruz el signo que preside nuestra vida interior o simplemente es el objeto decorativo de habitaciones y pechos?

¿Integramos la solidaridad con las víctimas y necesitados del mundo como expresión de la fe en el crucificado?



¡Aleluya! ¡Ha resucitado!

Primera lectura: Génesis 1,1-2,2

Segunda lectura: Génesis 22,1-18

Tercera lectura: Éxodo 14,15-15,1

Cuarta lectura: Isaías 54,5-14

Quinta lectura: Isaías 55,1-11

Sexta lectura: Baruc 3,9-15.32-4,4

Séptima lectura: Ezequiel 36,16-28

Epístola: Romanos 6,3-11

Evangelio: Mateo 28,1-10

Caminamos a la luz de Cristo resucitado. Hermanas y hermanos: ¡Jesucristo; el Señor, ha resucitado y vive en medio de nosotros! Contempladlo y quedaréis radiantes de luz y de gozo. Servimos a un Señor que no se nos puede morir. Después de unos días de silencio contemplativo, de esperanza contenida, hemos proclamado con toda la Iglesia el Pregón Pascual. Con las lámparas encendidas de la fe y del amor hemos caminado a la luz de Cristo resucitado. Hemos escuchado las maravillas de Dios en la Historia de la Salvación, y, sobre todo, la más grande de ellas. La Resurrección de su Hijo muy amado, el que fue crucificado. Con Él hemos resucitado también nosotros. Ésta fue la experiencia de los apóstoles, y ésta puede llegar a ser nuestra experiencia. Jesús, a quien los poderes del mal colgaron de un madero, ha triunfado sobre la muerte, ha sido glorificado a la derecha del Padre y camina a nuestro lado, solidario con nuestras penas y alegrías. Está vivo, sobre todo, en quienes hoy, en la noche de la humanidad, siguen siendo con Él crucificados.

Han triunfado el amor y la vida. Con ellos avanzamos "hacia un mundo más justo y solidario, donde el ciego egoísmo de unos pocos no pre-

valezca sobre el grito de dolor de muchos, reduciendo a pueblos enteros a condiciones de miseria degradante. Que el mensaje de vida, transmitido por el ángel junto a la piedra removida del sepulcro, venza la dureza de los corazones, lleve a la superación de barreras injustificadas y favorezca un encuentro fecundo de pueblos y culturas" (Juan Pablo II).

La cruz y la muerte no tienen la última palabra. En Jesús han triunfado, definitivamente, el amor y la vida. La luz ha vencido a las tinieblas. La entrega y el servicio, el dar la vida por los demás, han sido entrañablemente abrazados por el Dios de la Vida. Jesús se ha convertido en el primogénito de muchos hermanos y hermanas, y abandera la larga marcha de la humanidad hacia la libertad definitiva, hacia la casa de Dios.

Abrid los ojos y el corazón. ¡Venid, benditos de mi Padre! -nos dice hoy el Señor resucitado-, para que donde estoy yo, estéis también vosotros. ¿Por qué surgen dudas en vuestro interior? Abrid los ojos y el corazón. ¡Mirad al que traspasaron! Soy yo y estoy vivo. Soy el que compartía con vosotros las palabras y el amor del Padre. Os dije que Él es mi Padre y vuestro Padre, y que Él mismo os quiere. Soy el que os entregó un testamento de amor, rubricado con el servicio y con la sangre, cuando os lavé los pies y partí mi Pan con vosotros. Es verdad lo que decís: Yo tengo palabras de vida eterna, yo soy el pan vivo que vivifica. Y cuando partís y compartís el pan en la mesa de los hermanos, soy yo quien abre vuestros ojos y pone calor en los corazones.

¡Es verdad, Señor! Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo. ¡Has resucitado y vives para siempre! ¡Resucitó de veras mi amor y mi esperanza! Lo hemos visto de camino en la mañana. ¡Feliz Pascua, hermanos, porque ya alborea el día más luminosa de la Historia humana!

¿Creo en Cristo resucitado, le amo, espero en Él?

Tiempo de Pascua

Habéis resucitado con Cristo

Primera lectura: Hechos de los Apóstoles 10,34a.37-43

Segunda lectura: Colosenses 3,1-4

Evangelio: **Juan** 20,1-9

«*Sabéis lo que pasó en el país de los judíos.* "Lo sabemos, porque llevamos toda una semana, la semana santa, recordándolo en nuestras procesiones y celebraciones. Llevamos muchos años, toda la vida, celebrando y recordando esos acontecimientos. Lo sabemos muy bien, pero no acabamos de creerlo. No nos tomamos en serio nuestra fe. Y así, rezamos el padrenuestro sin preocuparnos de los hermanos, y recitamos el credo sin llenarnos de gozo y de agradecimiento por cuanto confesamos que Dios ha hecho con nosotros: que por nosotros, los hombres, y por nuestra salvación, bajó del cielo, y se hizo hombre... y que padeció bajo el poder de Poncio Pilato, que fue crucificado y murió y lo sepultaron. Y que Dios lo resucitó. Y eso es lo que celebramos. Ésa es la fiesta que nos reúne, la que congrega hoy a toda la Iglesia en el mundo, porque es la fiesta de todas las fiestas y nuestra esperanza y salvación.

"Me refiero a Jesús de Nazaret. "Lo que estamos recordando es que Jesús vino a los suyos y los suyos no lo recibieron. Jesús, ungido por el Espíritu Santo, pasó la vida haciendo el bien, anunciando el Reino de Dios, curando a los enfermos y oprimidos por el diablo... y a pesar de todo los poderosos del mundo se confabularon contra Él y le llevaron a la muerte, porque no toleraban sus palabras, porque no soportaban su honestidad, porque su sola presencia ponía en evidencia su maldad. Rechazaron al santo de Dios y se atrevieron a dar muerte al autor de la vida. Una vez más, como tantas otras, como casi siempre, al menos en apariencia, parecían salir victoriosas las fuerzas del mal. Una vez más

parecían triunfar los violentos, los que recurren a la violencia y a la muerte como solución final. Pero la muerte no es la solución, porque no es la última palabra.

Dios lo ha resucitado de entre los muertos. La última palabra es la Palabra de Dios. De manera que la razón no está de parte de los opresores, de los violentos, de los injustos. Y así Dios actuó con mano poderosa y resucitó a Jesús de entre los muertos. Así el Señor hizo justicia al ajusticiado, desautorizando la injusticia de los poderosos que quisieron quitarlo de en medio. Igual que el Señor actuó para liberar a su pueblo de la opresión y explotación de los egipcios. Lo mismo que actuó para liberar del exilio a su pueblo y facilitarle el regreso a su tierra y a sus tradiciones. Porque debe quedar muy claro que Dios es el único Señor y que fuera de Él no hay otro. Que Dios tiene la última palabra y que los cristianos no tenemos por qué plegarnos a los intereses de los violentos, de los poderosos, de los injustos, como si no hubiese más remedio. Porque lo hay. Y ésta es nuestra responsabilidad... si creemos en la Resurrección.

"Nosotros somos testigos." Si Dios actuó resucitando a Jesús y destruyendo el poder de la muerte, Dios ha dejado en nuestras manos y ha confiado a nuestra responsabilidad el construir la vida y hacer frente y eliminar todo cuanto la mortifica. La vida es don de Dios; facilitarla a todos y hacerla próspera y feliz es nuestra tarea. Someter la muerte y resucitamos con Cristo para la vida eterna es exclusiva de Dios, pero es deber nuestro eliminar todo cuanto explota, oprime, empobrece y envilece la vida de los seres humanos, e incluso la de toda la naturaleza, que el Señor nos ha confiado.

Si creemos en la Resurrección, tenemos que creer en la vida y defenderla contra toda agresión, contra toda injusticia, contra cualquier intento de explotación o abuso. Si hemos resucitado con Cristo, que es el signo y la gracia del bautismo que hemos recibido, tenemos que aspirar a los bienes de arriba, sin contentarnos con los rastreros. Bien entendido que los bienes de arriba no tienen nada que ver con una espiritualidad celestial y etérea, de "otro mundo", sino los bienes del Espíritu que nos capacita e impulsa a trabajar por el Reino de Dios y la justicia.

Si hemos resucitado con Cristo, no podemos quedarnos en nuestro interés egoísta, sino compartir y trabajar con todos por lo que a todos

afecta, construyendo un mundo nuevo, una nueva manera de convivir en la solidaridad, la igualdad, la fraternidad, el amor... que tal es la voluntad de Dios que Jesús nos enseñó y nos muestra en su Resurrección.

Creemos en la Resurrección. ¿Qué creemos? ¿Que Cristo resucitó? ¿Creemos en nuestra resurrección?

¿Qué consecuencias tiene la fe en la vida eterna? ¿Es una mera expectativa... que ya llegará? ¿Cómo opera esa fe en nuestra vida? ¿Es esperanza? ¿Es audacia para hacer el bien? ¿Es compromiso por la justicia? ¿Es solidaridad con los oprimidos y excluidos?

¿Creemos que es posible un mundo mejor? ¿Y a qué esperamos para que se haga realidad cuanto antes? ¿Quizá nosotros no tengamos prisa, pero muchos ya no pueden esperar más!

La fe, la vida, la comunidad

Primera lectura: Hechos de los Apóstoles 2,42-47

Segunda lectura: 1 Pedro 1,3-9

Evangelio: **Juan** 20,19-31

La Pascua es el tiempo litúrgico más importante en la vida de los creyentes, en la de la Iglesia y también para la vida de nuestro mundo. Cristo ha resucitado, y su nueva vida ha sido derramada en nuestros corazones. Todos los que descubren y acogen esa vida en Cristo son capaces de vivir de otra manera.

Durante la Pascua celebraremos que el destino de los hombres y de las mujeres es vivir para siempre; la muerte no es el final de la vida humana. Ésta es la experiencia que marcó el comienzo de la vida comunitaria de los primeros seguidores y seguidoras de Jesús y de su estilo de vida en todo el mundo. Es la experiencia que sigue marcando la existencia de estas comunidades en todos los países y en todas las culturas del planeta, aunque en cada lugar pueda tener unas concreciones diferentes.

Y así, de la misma manera que la naturaleza se renueva cada año, la liturgia nos invita, desde el misterio de Cristo muerto y resucitado, a renovarnos interior y exteriormente; para que todas las personas, al ver cómo vivimos y cómo nos relacionamos los creyentes, reciban la buena noticia de Jesús que está vivo y actúa en todos nosotros; así como en todas las gentes de bien decir y de bien obrar.

Estamos "condenados" a entendernos. Que ciertas cosas nos parezcan imposibles, porque siempre han sido de una determinada manera (mejor dicho, nosotros siempre las hemos vista realizar de esa manera), no deben dejarnos paralizados.

Así nos sucede cuando leemos estos idearios del libro de los Hechos de los Apóstoles y sabemos que hasta los religiosos y las religiosas de la

actualidad encuentran dificultades para vivir estos ideales en su vida comunitaria. Pero debemos fijarnos en que, en el mismo libro de los Hechos, a continuación de este pasaje leemos que Ananías y Sáfira se guardan parte sus bienes. No era el compartir todo la práctica más habitual entre los primeros cristianos.

Los comentaristas se ponen de acuerdo para decir que se trata más bien de objetivos a lograr que de preceptos morales a cumplir o de normas obligatorias para la organización y el buen funcionamiento de la vida comunitaria.

En la actualidad, tanto los religiosos y las religiosas de vida consagrada como los bautizados, ordenados o no, tenemos claro que la exigencia de vida comunitaria -compartiendo lo que somos y tenemos- nace del mismo evangelio y es la única forma posible de vivir el seguimiento de Jesús.

Nadie puede vivir sin esperanza. El seguimiento de Jesús, nuestra relación con Él, se vive en la oración y en los sacramentos; en la convivencia en la sociedad en la que vivimos y en la ayuda a los más débiles de esa sociedad. La fe en Jesús hay que ubicarla en este proceso de la vida que las personas y los pueblos de toda la tierra llamamos historia. La vida, muerte y resurrección de Jesús ha convertido esta historia en historia de salvación y, por eso, sus seguidores y seguidoras la vivimos con la esperanza de que un día llegará a ser la plenitud de todos los seres humanos.

Las posibilidades de avanzar hacia la meta aumentan cuando el camino lo recorremos todos juntos; y no dejamos a nadie atrás ni en los márgenes de este proceso común. Por eso, si queremos mostrar a otras personas que es en Cristo resucitado en quien tenemos puesta nuestra esperanza, no debemos nunca buscar refugio en posturas cómodas y autosuficientes; ni dedicarnos a liturgias ritualistas y sin vida.

Señor mío y Dios mío. Cuando Tomás pronuncia esta confesión de fe, y se une así a la que el resto de discípulos le habían comunicado, los creyentes comenzamos a comprender la importancia de vivir y de compartir con la comunidad de fe.

La vida en comunidad es la que hace posible que los cristianos vivamos el gozo de la experiencia personal de la pascua de Jesús: ¡Cristo vive! El que por amor a sus amigos ha ofrecido su vida en la cruz, ha

resucitado. El Hijo de Dios ha pasado de la muerte a la vida, que ofrece gratuitamente a todos los que creemos en Él.

Vivir esta experiencia, según el relato de Juan que acabamos de proclamar, va acompañado de lo que llamamos dones mesiánicos: la paz, el ser enviado por el Padre y prolongar así la misión de Jesús, el Espíritu Santo para la reconciliación. Todo ello recibe en este evangelio el nombre de bienaventuranza: "Dichosos los que crean sin haber visto".

¿En todas las partes del mundo es igual de difícil la esperanza?

En un mundo tan mercantilizado, en el que todo se puede comprar y vender, ¿cómo presentamos el regalo de la fe?

Si hemos descubierto la riqueza de la vida comunitaria, ¿por qué hay tanta gente a nuestro alrededor que no se entera?

Recuperar la esperanza

Primera lectura: Hechos de los Apóstoles 2,14.22-33

Segunda lectura: 1 Pedro 1,17-21

Evangelio: Lucas 24,13-35

Todas las comunidades de creyentes, entre "los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo" (C.S.I), seguimos celebrando y proclamando que hemos descubierto el "tesoro escondido", la "perla preciosa", el "pan que se multiplica por doquier" y que nada de todo esto es posesión nuestra. Jesús de Nazaret, muerto en cruz y resucitado a una vida nueva y plena, ha abierto definitivamente la posibilidad de que las personas, todas las personas, vivamos felices desarrollando el proyecto "original" del Dios Abbá, Padre y Madre.

Un plan proyectado desde antiguo. Todos pasamos nuestra vida trazando planes; unos a corto plazo, otros a más largo plazo. Planes de urbanismo, de educación, de sanidad, de desarrollo, de pastoral, etc.; personalmente también hacemos planes: de vacaciones, de fin de semana, de pareja, de curso, etc.

El plan de Dios, su proyecto de salvación, está recogido en las Escrituras y en la historia de un pequeño pueblo, Israel: "Yo seré vuestro Dios y vosotros seréis mi pueblo". Jesús, su Hijo, será el único que buscará la raíz del plan que Dios tiene proyectado desde antiguo y que tendrá en cuenta toda la historia anterior de su pueblo: sus éxitos y sus fracasos, sus fidelidades y sus infidelidades. Todo lo escrito en la Ley y en los Profetas se irá cumpliendo en su propia persona.

Un camino de "ida y vuelta". El encuentro de la comunidad de los creyentes con el Espíritu de Jesús le ayudará siempre a recuperar la espe-

ranza cuando experimente que sus planes han fracasado, que el triunfo aparente de unas etapas de su vida ha sido pasajero y que, de nuevo, necesita reconocer que no es su estilo de vida precisamente el que ilumina a todo hombre y a toda mujer que vienen a este mundo.

Estamos viviendo en la Iglesia una época privilegiada para recuperar un estilo de vida más evangélico. Necesitamos confrontar nuestras prácticas religiosas, nuestros mensajes éticos y nuestras estructuras eclesiales con la vida nueva que se encierra en el Evangelio y en los primeros años de existencia de las diferentes comunidades cristianas que surgirán de la predicación apostólica.

Una vida entregada y "recuperada". Desde la muerte y resurrección de Jesús, el testimonio de los mártires, de los testigos y de todas las personas que han confesado la fe en Jesús en situaciones verdaderamente difíciles, es unánime: a mí podrán matarme, pero el espíritu que vive en este pueblo crucificado alcanzará para todos la liberación.

Pedro nos lo recuerda hoy en su carta: habéis sido liberados de la "vieja" situación heredada no con oro ni plata, sino con la sangre de Jesús. Y lo que es más importante, sin ninguna condición: "Yo entrego mi vida libremente; tengo poder para entregarla y poder para recuperarla".

Sólo recuperamos el verdadero sentido de nuestra vida, cuando todo lo que hacemos y vivimos está animado por este Espíritu de Jesús que nos va transformando en verdaderos testigos de su vida crucificada y resucitada.

Una eucaristía, centro y culmen de la vida cristiana. Antes de celebrar la eucaristía deberíamos leer los versículos de este evangelio que se refieren al momento en que Cleofás y el otro discípulo reconocen a Jesús. "¿No ardía nuestro corazón cuando nos explicaba las Escrituras? ¿Quédate con nosotros! Lo reconocieron al partir el pan. Al instante desapareció y ellos volvieron muy contentos a donde estaban los once."

Necesitamos seguir profundizando en la Palabra de Dios hasta que "ardan" nuestros corazones por el gran amor que se nos regala. En las "noches" de nuestras vidas es imperativa la presencia de Jesús, reconocerlo cuando el pan se parte en la eucaristía y en la vida de los hermanos. y compartir, compartir siempre en nuestras comunidades, lo

que este "paso" de Jesús va logrando en todos los hermanos, especialmente en los más desfavorecidos.

El fracaso en nuestra vida y en la vida de la Iglesia: ¿cómo los vivimos?, ¿son todos iguales? Podríamos hacer lo mismo con los triunfos.

¿Qué está suponiendo para nuestra comunidad la celebración de la Pascua hoy?

¿Podemos seguir celebrando la eucaristía como hasta ahora?
¿Qué cambios nos vendrían bien en este momento?

Una puerta abierta a la vida

Primera lectura: Hechos de los Apóstoles 2,14a.36-41

Segunda lectura: 1 Pedro 2,20b-25

Evangelio: Juan 10,1-10

¡Aleluya! Este domingo 4° de Pascua se dedica todos los años a la figura del Buen Pastor. Jesús es el Buen Pastor que ha arriesgado su vida por las ovejas, riesgo que le ha llevado a la muerte y a la Resurrección. La vida y la muerte de Jesús han sido acogidas en los brazos del Padre y lo ha resucitado de entre los muertos. Quien entrega su vida por amor la gana para siempre. Es la promesa de Dios, y Él es fiel. Es la Pascua de Jesús, es nuestra Pascua. Es el ¡aleluya! que la Iglesia y todos los creyentes cantamos en este tiempo pascual.

“Yo soy la puerta. "Hoy Jesús se nos presenta también como "la puerta de las ovejas". "Yo soy la puerta", dice por dos veces. Son muy importantes las expresiones "yo soy" recogidas en el evangelio de Juan: "Yo soy el Pan de vida", "yo soy el Camino, la Verdad y la Vida, la Luz del mundo, yo soy el Agua viva, yo soy la Resurrección y la Vida". Nos ayudan a conocer el corazón de nuestro hermano Jesucristo. Yo soy, nos dice hoy, la Puerta de las ovejas. Conocemos la importancia de entrar por la puerta verdadera. Hay puertas falsas, como esas puertas de los decorados del teatro detrás de las cuales sabemos que no hay nada ni nadie, que no se abren a ningún camino. Pero Jesús es una puerta abierta a la vida. Quien entre por ella encontrará alimento y esperanza. Jesús dice que ha venido para que tengamos "vida abundante". Es una vida superior a todo lo imaginable. A esta plenitud de vida nos lleva la Pascua de Jesús, su muerte y Resurrección. Y si ésta es la persona y la obra de Jesús, es evidente que ésta debe ser nuestra tarea: parecernos a Él y actuar como Él.

Dar la vida. Hay muchas personas en el mundo que han encontrado el sentido de su vida en la entrega a los demás. Algunas, hombres y mujeres, **lo** hacen de un modo total, absoluto, hasta dar la vida. A unos pocos la vida les es arrebatada por su defensa de los pobres y humillados. Pero todos nosotros tenemos la misma vocación, la misma llamada a ser pastor y pasto para los demás, en nuestras relaciones familiares, sociales, en el trabajo y en la política, en la vecindad, en el barrio o pueblo, en la misma Iglesia. Debemos vivir la Pascua.

El texto evangélico dice en un momento que "ellos no entendieron". Nos debemos preguntar sinceramente si nosotros hemos comprendido bien a Jesús.

Alguien ha escrito muy acertadamente: *"A lo largo de los siglos, muchos millones de personas han venerado el nombre de Jesús; pero muy pocas le han comprendido, y menor aún ha sido el número de las que han intentado poner en práctica lo que Él quiso que se hiciera"* (Albert Nolan, *¿Quién es este hombre?*, Sal Terrae).

Ladrones y bandidos. En las palabras de Jesús de hoy escuchamos también la denuncia de aquellos que no quieren entrar por la puerta de las ovejas y saltan por la tapia. Son los ladrones y bandidos de todos los tiempos. No entran sino para robar, matar y hacer estragos en el rebaño. Jesús se está refiriendo a los fariseos, que han expulsado de la sinagoga al ciego al que Jesús curó su ceguera. Pero estas tendencias de exclusión y muerte se dan también en nuestros días, y nos salpican a todos, a los que pertenecemos a esa parte rica del mundo que ha expulsado de la mesa común al 80% de la humanidad, excluidos de los bienes que Dios ha destinado para todos sus hijos, como **no** se cansa de recordar la Doctrina Social de la Iglesia, tan olvidada en nuestra conciencia. Deberíamos recordar con frecuencia que nos estamos apropiando de las riquezas de los pueblos empobrecidos para nuestro propio y excluyente bienestar.

Oración por las Vocaciones. Hoyes también la Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones. Es notable la escasez de vocaciones al sacerdocio. Y **no** faltan voces que, junto con la oración, se preguntan si Dios no nos estará queriendo decir algo a través de esta sequía vocacional, si no habrá que abrir en la Iglesia caminos nuevos, prudentes y audaces, al ministerio sacerdotal.

Nuestra oración se une a la de Jesús y a la de toda la Iglesia con esta intención ferviente: ¡Padre, hágase tu voluntad!

¿Soy para los demás puerta abierta a la vida abundante, a la esperanza?

¿Cómo doy mi vida por los demás?

¿Cuál es mi relación con Jesús? ¿Le venero, le comprendo, intento poner en práctica lo que él quiso que se hiciera?

Camino, verdad y vida

Primera lectura: Hechos de los Apóstoles 6,1-7

Segunda lectura: 1 Pedro 2,4-9

Evangelio: Juan 14,1-12

Vivir en la casa del Padre. En este domingo de Pascua hemos escuchado un texto evangélico que Juan sitúa en la tarde del jueves santo. Jesús, el Señor resucitado, se va a la casa del Padre, nos prepara un lugar, y vuelve para llevarnos con él. Por eso nos dice: "No perdáis la calma". En la vida cristiana no debe anidar la tristeza. Jesús ha resucitado y nosotros con Él. Estamos llamados a vivir eternamente en la casa del Padre. Ya tenemos preparada la morada junto a Él. Y Él es fiel. Ésta es la fe que alienta nuestra esperanza.

En esa marcha hacia la casa del Padre, Jesús se nos ofrece como señal segura: "*Yo soy el camino*". La pregunta de Tomás da pie a la respuesta y enseñanza de Jesús: "*Yo soy el camino, la verdad y la vida. Nadie va al Padre sino por mí*". Estas frases de Jesús pueden llenar de gozo nuestro corazón en esta mañana de Pascua. Hay en ellas tres palabras enormemente ricas de sentido: camino, verdad y vida.

Camino. Es cierto que "se hace camino al andar". Pero nosotros conocemos las huellas a seguir. Alguien ha hecho el camino por delante de nosotros. No vagamos sin rumbo, no estamos perdidos, no desconocemos el sentido y la meta de nuestro caminar. En Jesús hemos sabido de dónde venimos adónde vamos.

Verdad. Sobre nuestra sociedad planea la pregunta de Pilatos: "¿Y qué es la verdad?". Pero el mundo no se pregunta sobre la verdad con intención de buscarla, sino para hurtarla, para falsearla, para "mentirla". Se pronuncian palabras embusteras, se miente por medrar, y se mata al

veraz, al testigo fiel, al profeta, a los hombres y mujeres de Dios. Se justifica lo injustificable. Se miente a Dios, se miente al hombre. Jesús es la verdad. Nunca nos engañará. Siempre encontraremos en Él la palabra auténtica, sincera, de amigo fiel. Necesitamos oír sus palabras ciertas. Necesitamos estar muchos ratos a solas escuchando a aquel que sabemos que nos ama.

Vida. De Jesús brota la vida; Él es la fuente de agua viva, ha venido para que tengamos vida y una vida abundante. Jesús es la vida. Y lo es en un mundo de muerte, en un mundo en el que la vida es una palabra vacía para millones de seres humanos. Muchos testigos de América Latina y de otros lugares nos dicen: "Ustedes dan por supuesto que mañana van a vivir. Aquí no podemos hacerlo. Mañana puede ser que no vivamos ya". Pueblos enteros viven la amenaza de la muerte como algo muy cercano y probable.

Ya sabemos cómo es Dios. Nuestro Dios es el Dios de la Vida. Nuestro Dios es el Dios de la Verdad. Nuestro Dios nos ha mostrado su rostro y el camino hacia Él en su hijo Jesucristo. Ya sabemos cómo es Dios. Ya conocemos al Dios de los cristianos. Lo hemos visto en su hijo muy amado: *"Quien me ha visto a mí ha visto al Padre"*. Dios invisible, en la plenitud del tiempo de salvación, nos ha visitado y hablado en su hijo Jesucristo. Dios está con nosotros. Dios se ha hecho de nuestra carne y sangre. Se llama Jesús de Nazaret, nacido de María, amigo nuestro entregado hasta la muerte, glorificado para nuestra esperanza. Él es el Camino, la Verdad y la Vida.

Conocer por las obras. Esta revelación nos la ha hecho Jesús con su vida, con sus obras. Y el que cree en Él, también hará las obras que Jesús hizo y aun mayores. Somos invitados a ser testigos de Jesús y a manifestarnos como tales por medio de nuestras obras. Esas tres palabras a través de las cuales Jesús se ha definido a sí mismo pueden muy bien orientar nuestro propio obrar. También nosotros debemos ser camino que facilite el tránsito por él hacia la casa del Padre. Un camino especialmente abierto a quienes en este mundo tienen más duro el caminar: los arrojados en los márgenes de los caminos. Somos llamados a ser veraces y a dar testimonio de la verdad. Es esa verdad la que hace hombres y mujeres libres. Una verdad que, en los mejores testigos, ha sido sellada con sangre, como lo hizo su Maestro y Señor. Estamos invitados

a dar vida. Porque nuestro Dios es un Dios de vivos, de vida. Hemos de optar por la vida allá donde germine, aun en sus detalles más pequeños. Y hemos de denunciar y oponernos a la muerte, allí donde se incube, aunque se revista con el ropaje de la mentira, incluso en nombre de un dios, que siempre será un dios falso.

Ahora podemos poner en la patena de nuestra ofrenda todo lo que en el mundo hay de camino, verdad y vida, sabiendo que el Espíritu lo transformará en Aquel que para nosotros es el Camino, la Verdad y la Vida: Jesús de Nazaret, el Hijo del Dios vivo, alimento de vida eterna.

¿Anima mi vida la serena certeza de que tengo una morada eterna junto al Padre?

¿Es Cristo mi camino, mi verdad, toda mi vida?

¿Con qué obras colaboro en la construcción del Reino de Dios?

Nadie está solo

Primera lectura: Hechos de los Apóstoles 8,5-8.14-17

Segunda lectura: 1 Pedro 3,15-18

Evangelio: Juan 14,15-21

El Señor está con nosotros. El evangelio de hoy, la buena noticia de esta mañana es la presencia del Señor resucitado. El Señor vive y está con nosotros. Y nosotros estamos con Él. En su nombre nos hemos reunido, y ése ha sido nuestro saludo al comenzar la eucaristía. En el evangelio Juan nos recuerda el discurso de despedida del Señor la noche del jueves santo, la víspera de su pasión y muerte. En esas palabras Jesús interpreta su muerte como Pascua, como retorno a la casa del Padre. Y los consuela. La muerte no le separará, porque resucitará y volverán a verlo. Tampoco su vuelta a la casa del Padre implica alejamiento, separación. Se va, pero volverá, y, mientras tanto, permanece con nosotros su Espíritu. Ésa es la promesa. Ésa nuestra esperanza. No hay razón alguna para el abatimiento o la nostalgia. No estamos solos: el Espíritu de Jesús sigue con nosotros. No estamos solos: estamos agrupados por el Espíritu en la unidad de la Iglesia. Pero la Iglesia, los cristianos, no somos un club de fans de Jesús. No vivimos de recuerdos, sino de la promesa. Por eso somos un pueblo en marcha. Tenemos que hacernos cargo y llevar adelante el mandato del Señor. En la eucaristía hacemos memoria del mandamiento de Jesús y tratamos de refrescar la memoria para cumplirlo hasta su vuelta.

Está en nosotros. La primera lectura nos recuerda la misión de Felipe en Samaría. Sus desvelos se ven confirmados por Pedro y Juan, que imponen sus manos sobre los bautizados por Felipe para significar que han recibido el Espíritu Santo. Como bautizados, también nosotros hemos recibido el Espíritu de Jesús, también a nosotros nos ha confirma-

do el obispo este don del Espíritu. Es momento de actualizar y revivir esa experiencia inefable. El Señor está presente en su Iglesia, está en cada uno de nosotros por su Espíritu, de modo que somos templos del Espíritu, sacramentos de Jesús, morada de Dios. Somos, es decir, tenemos que ser, porque tenemos que vivir de acuerdo con lo que ya somos, pero aún no se ha manifestado. Tenemos que vivir esa presencia, raíz de nuestra autoestima, pues es el fundamento de nuestra dignidad de hijos de Dios y de nuestra responsabilidad en la familia humana. Esa experiencia gozosa de vida divina tiene que impulsarnos a dejar que se trasluzca, que irradie y se comuniqué y se contagie a nuestro alrededor. No podemos vivir como si tal cosa, sabiéndonos hijos de Dios. No podemos ocultar el tesoro que hemos recibido. Tenemos que dejar traslucir en nuestra vida el Espíritu de Dios. Tenemos que dar razón de nuestra esperanza a todo el que nos pregunte de cualquier modo. Aunque sea sin darse cuenta.

y está en los **otros**. Todos los bautizados hemos recibido el mismo Espíritu, el de Jesús. De modo que, así como debemos agradecer a Dios este don con gozo y responsabilidad, así también debemos reconocerlo, respetarlo y estimarlo en los otros tratando de establecer entre todos relaciones de fraternidad. Así nos lo recomienda Pedro en la carta que hemos leído en segundo lugar. El apóstol nos insta a que glorifiquemos a Cristo en nuestros corazones, dando razón de nuestra alegría y de nuestra esperanza. De suerte que nuestro gozo por tener al Señor, nuestra esperanza en su retorno, nuestra vida de resucitados con Cristo no se quede en pura vivencia interior, mística, sino que trascienda al exterior, aflore en nuestras acciones y transforme nuestra vida en testimonio de la presencia de Dios.

No se trata sólo de hacernos lenguas de las maravillas que el Espíritu realiza en nuestros corazones; se trata de obrar de modo que esas maravillas estén patentes a todos los que quieran mirar. Es el compromiso que tenemos todos en la Iglesia, en reciprocidad, para ser y aparecer como la familia de Dios. Pero es también el compromiso de toda la Iglesia respecto del mundo entero.

En las palabras de Jesús que hemos escuchado se nota la misma preocupación que en la parábola del Buen Pastor, al hablar de las otras ovejas, que también han de escuchar su voz. Jesús reconoce que el mundo no puede recibir el Espíritu, porque no le ve ni lo conoce. Y nos responsabiliza a nosotros, que sí lo hemos recibido y lo sentimos en noso-

tros, para que ayudemos a los otros a ver y a reconocer para poder recibir su Espíritu. Eso es dar razón de la esperanza.

El Señor está con nosotros: ¿Lo apreciamos en la Iglesia? ¿Lo sentimos en la proclamación de la palabra? ¿Lo reconocemos en los sacramentos?

El Señor está en nosotros: ¿Cómo recuerdo mi bautismo? ¿Aprecio el haber recibido la confirmación? ¿Vivo la presencia de Dios en la oración? ¿Me cuido, estimo, respeto y disfruto como templo de Dios?

El Señor está en los otros: ¿Respeto a los demás como al Señor? ¿Escucho al Señor en los que me hablan? ¿Le atiendo en los que me necesitan? ¿Sé apreciar las cualidades de los demás, en las que me dan a conocer al Señor?

Una presencia prometida

Primera lectura: Hechos de los Apóstoles 1,1-11

Segunda lectura: Efesios 1,17-23

Evangelio: Mateo 28,16-20

El cielo y la tierra se tocan. Había una vez dos monjes que, en un manuscrito antiguo, encontraron noticia de un lugar donde el cielo y la tierra se tocaban y decidieron ponerse en camino en su búsqueda. Subieron montañas, cruzaron ríos, atravesaron desiertos, sufrieron toda clase de penalidades que lleva consigo un viaje por todo el mundo y superaron toda clase de tentaciones que pudieran apartarles de su propósito. Finalmente llegaron hasta la puerta de la que hablaba el viejo manuscrito. Estaban a unos segundos de colmar sus anhelos. Bastaba llamar y uno se encontraría ante Dios. Iban a pasar la frontera entre el cielo y la tierra. Por fin se abrió la puerta, y cuando entraron se encontraron en su celda del monasterio. Entonces comprendieron que el lugar donde el cielo y la tierra se tocan se encuentra en la tierra, en el puesto que Dios nos tiene asignado.

Esta historia de los dos monjes es una bella ilustración de que el cielo no está a muchos años luz de nuestro planeta, sino que está unido a la tierra. El cielo aterrizó, por así decirlo, en la encarnación del Hijo. "Por nosotros y por nuestra salvación bajó del cielo." En su vida, en su pasión y Resurrección se nos abrió el cielo. "Pasó haciendo el bien" es el resumen de su vida. Hacer el bien como un signo del amor de Dios a los hombres, especialmente a aquellos que estaban marginados, a los pobres, a los enfermos, a los pecadores.

Cuando un amigo se va. En la Ascensión del Señor ¿se acabó todo esto de pasar haciendo el bien? ¿El cielo que aterrizó se ha vuelto a su sitio primitivo? ¿Nos hemos quedado solos? Cristo ha subido a los cielos y

nosotros nos hemos quedado en la tierra. Un sentimiento de tristeza nos invade cuando se marcha un amigo. Estamos acostumbrados a su cercanía, a su presencia afectiva. Ciertamente que nos escribirá, que nos llamará, que no nos va a olvidar; pero todo eso no hace más fácil la despedida. Nos queremos consolar pensando que no tardaremos mucho en volvernos a ver.

La Iglesia en la liturgia de hoy no expresa nada del dolor de la despedida. Todo lo contrario, es una liturgia de júbilo. No hay dolor de despedida porque la Iglesia cuenta con la promesa del Señor: *"Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo"* (Mt 28,20). Son las últimas palabras del evangelio de Mateo. A veces en la lectura de un libro no resistimos la tentación de ver cómo acaba. Como si en la última frase estuviese toda la esencia del libro. Pues bien, la última frase del evangelio es ciertamente una Buena Noticia: *"Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo"*.

Esta promesa vale no sólo para los doce apóstoles, sino para todos los que llevamos el nombre de cristianos. La Iglesia no va a desaparecer, no porque esté muy bien organizada, no porque haya siempre gente simple dispuesta a creer en ella, no porque tiene dirigentes con muy buena cabeza, sino porque Cristo Resucitado está presente en ella. Éste es el fundamento de nuestra esperanza.

La Ascensión no es el **final** de la actividad de Jesús, sino el comienzo de la actividad de los discípulos en su nombre. Estamos a su servicio. Éste es el mensaje esperanzador de la fiesta de hoy: que no estamos abandonados. El Señor permanece con nosotros. Estas palabras consoladoras de Mateo deben alimentar nuestra esperanza, pero también hacernos capaces de proporcionar esperanza a los demás.

Nuestra **tarea: Id por el mundo**. Nuestra tarea está donde se juntan el cielo y la tierra. El encargo del Señor a los discípulos vale para todos nosotros. Sed mis testigos hasta los confines de vuestro pequeño y grande mundo. Vivid como yo he vivido. No miréis con nostalgia a las nubes; mirad al mundo y poned el cielo en la tierra. Comparte tu pan con los hambrientos, da ánimo y esperanza a los enfermos, acompaña al que padece su soledad, da un hogar a los que no tienen patria.

En una oración del siglo XIV se dice:

"Cristo no tiene manos, sólo nuestras manos, pata hacer hoy su trabajo.

No tiene pies, sólo nuestros pies, para conducir a los hombres por su camllo.

Cristo no tiene labios, sólo nuestros labios, para contarles a los hombres quién es Él.

No tiene ninguna ayuda, sólo nuestra ayuda, para traer a los hombre a su lado".

Desde la Ascensión del Señor la obra de la salvación está también en nuestras manos.

¿Confieso abiertamente que soy discípulo de Cristo?

¿Incluyo en mi oración aspectos universales o sólo me interesa lo mío cercano?

¿Tratas a los inmigrantes como personas iguales?

Vivir del Espíritu

Primera lectura: Hechos de los Apóstoles 2,1-11

Segunda lectura: 1 Corintios 12,3b-7.12-13

Evangelio: Juan 20,19-23.

Pentecostés es la tercera gran Pascua cristiana, la tercera celebración liberadora. La primera fue Navidad; cuando el Hijo de Dios se hace humano y amigo, pobre y pequeño, ya hay esperanza para la humanidad, porque Dios viene a convivir con los hombres, al colocar su tienda entre nosotros. La segunda fue Pascua de Resurrección, el triunfo del amor sobre el odio, de la compasión y el perdón sobre la venganza, la vida sobre la muerte. La tercera, la fiesta de hoy, Pentecostés. Dios se hace aliento vital, fuerza que pone en movimiento todo, fuego que todo lo abrasa y transforma. Es el don del Espíritu que todo lo recrea.

El Espíritu en la Iglesia. Algunos teólogos han afirmado que el Concilio Vaticano II retomó dos grandes temas que habían quedado casi olvidados: *El Espíritu Santo y los laicos*. Toma conciencia de lo que significa el don del Espíritu Santo y que la Iglesia debe vivir del Espíritu. Del Papa Juan XXIII se dice que compartía con sus familiares que su máxima preocupación era permanecer atento a lo que el Espíritu pudiera pedir a la Iglesia. Ésta tendría que ser la preocupación de todo cristiano desde su lugar concreto. Pues creer que el Espíritu está en la Iglesia es afirmar que la historia de los hombres es historia de Dios y que la historia de Dios es historia de los hombres. Por tanto, creer en la presencia del Espíritu en la situación actual supone que no se puede uno abandonar a una pasividad resignada o a la desesperanza, ni siquiera en aquellos momentos aparentemente negativos, pues la impresión a veces de languidez de la vida cristiana de las comunidades puede tener su origen en el hecho de que no acabamos de ponernos todos

en actitud de búsqueda desde un continuo discernimiento humilde, paciente y libre de todo prejuicio, con la convicción de fe en que el Espíritu sigue ofreciéndonos formas de vigorizar la vida de la Iglesia y de la humanidad.

El Espíritu está presente en cada uno, en la comunidad, en la vida de los hombres y quiere salvar este mundo. Dios no mira al mundo desde lejos, sino que está actuando siempre en él salvíficamente a través de la acción de su Espíritu en los corazones de los hombres. Si en nuestra historia concreta no existieran indicios reales y eficaces de salvación y liberación, deberíamos concluir que, o bien no ha venido el Espíritu, o que resulta imposible salvar el mundo, cosas impensables desde la fe cristiana; o que nosotros nos hemos cerrado a la acción del Espíritu.

Tareas del Espíritu. Por eso es muy importante intentar analizar las tareas que el Espíritu parece proponer a las Iglesias y a toda la humanidad, y que ya se están realizando. Para descubrir y comprenderlas, los cristianos tenemos que esperar lo que el Señor nos prometió: que enviaría su Espíritu para quedarse siempre con nosotros, siendo luz y fuerza en nuestro caminar; promesa que ya es realidad. Sólo desde la fidelidad al Espíritu de Dios nuestro mundo podrá ser transformado y verdaderamente salvado.

Me atrevo a presentar algunas tareas que el Espíritu parece que nos está pidiendo:

- *Opción preferencial por los pobres*, sangrante desafío para la Iglesia y para el mundo. Dios hoy nos habla e interpela, sobre todo, desde el silencio al que han sido reducidos millones de seres humanos y pueblos.

- *La igualdad*, tarea e indicador de una auténtica humanidad. Esta igualdad es consecuencia y expresión de que todos somos hijos de Dios y hermanos gracias a la acción del Espíritu.

- *La universalización*, que supere los particularismos e integre las diferencias, pues fruto del Espíritu de Pentecostés fue romper las barreras, los privilegios, los intereses y las actitudes excluyentes de los diversos grupos religiosos, económicos, sociales, étnicos, lingüísticos. El Espíritu armoniza lo "uno" y lo "diverso"; "una" humanidad sin borrar la originalidad de los pueblos y culturas. Hay que respetar las diferencias y estar muy lúcidos para evitar que ninguna diversidad

pretenda convertirse en excluyente y querer predominar sobre los otros.

¿Crees que nuestra Iglesia en general, nuestra Iglesia particular y nuestra comunidad concreta cree de verdad en la presencia y acción del Espíritu en cada creyente? Signos.

¿Por dónde crees que el Espíritu quiere conducirnos hoy? Señala algunas huellas del Espíritu.

Tiempo ordinario

Un siervo que quita nuestros pecados

Primera lectura: Isaías 49,3.5-6

Segunda lectura: 1 Corintios 1,1-3

Evangelio: Juan 1,29-34

Luz de las naciones. La primera lectura, de Isaías, nos revela el plan divino de la salvación universal. Se va a cumplir así la promesa hecha a Abrahán de una descendencia más numerosa que las estrellas del cielo. No basta ya el pueblo elegido, entretenido en asuntos domésticos de reagrupar a los dispersos por las guerras. La historia de Israel era el preludeo del plan de Dios, que hoy vislumbra y nos muestra el profeta. Porque Israel está llamado a ser luz que ilumine al mundo entero, pues la salvación de Dios debe llegar a todos. Ésa es la misión de la Iglesia: *Id* al mundo entero y anunciad la Buena Noticia. Y ésa es la preocupación que hoy nos invita a compartir la Iglesia en esta semana de la unidad. La división de *los* cristianos resta credibilidad al anuncio del Evangelio, que proclama la unidad de todos los seres humanos, y merma posibilidades para aunar esfuerzos a favor de la familia humana. Porque, si sentimos la herida de la desunión entre cristianos, también sufrimos los horrores de las guerras de religión y la utilización del nombre de Dios para sacralizar la violencia. Y no podemos ocultar el dolor de esa herida, cada vez más abierta, más en carne viva, de la desigualdad que condena a millones a la pobreza, al hambre y a la muerte prematura.

El pecado del mundo. Porque todo eso es responsabilidad nuestra, culpa nuestra, nuestro pecado, el pecado del mundo, que denuncia Juan el Bautista. El dedo del precursor apunta, más allá de una imagen individual e intimista del pecado, su verdadera dimensión universal. Es el mismo llamamiento, que más tarde recogerá Juan Pablo 11, al denun-

ciar, en la encíclica *sollicitudo Rei Socialis*, las estructuras de pecado, como la concreción de los pecados personales y causante de los males que afligen a la humanidad y que ponen en peligro la unidad del género humano. Este pecado del mundo, cuyas consecuencias sufrimos y lamentamos, no es sólo la violencia terrorista, sino también los estragos de la injusticia y de la explotación que genera tantas víctimas condenadas a la miseria y tanto sufrimiento y hambre en el mundo. El pecado no es sólo la división entre los cristianos, sino los enfrentamientos entre religiones y la indiferencia entre víctimas y verdugos, ricos y pobres, explotadores y explotados.

El Cordero de Dios que quita el pecado. Pero el Evangelio, que denuncia el pecado del mundo, es también Buena Noticia, que proclama al Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo. Jesús viene para desbaratar las estructuras del pecado. Y lo hace, sorprendentemente, no recurriendo a la violencia, no tratando de controlar todos los poderes para dominar, no imponiéndose por la fuerza, sino en medio de la debilidad, en la pobreza, en el sacrificio y la entrega. Nos enseña así que para ganar la vida, sólo se puede luchar dando la vida, y no matando, destruyendo, dominando, destrozando. Jesús vence desde la cruz, dando su vida para que todos tengamos vida y la tengamos abundante y de calidad. Por eso se hace cordero, mansedumbre, carne de sacrificio, víctima del pecado, y así es como acaba y quita el pecado del mundo.

Hacia la unidad. En un mundo dividido por tanto fanatismo, roto por las desigualdades inhumanas, diezmado por la violencia y la injusticia, tenemos que tomarnos muy en serio el deseo de Jesús la víspera de su muerte, clamando para que todos seamos uno. Tenemos que estar atentos a los deseos ecuménicos de la Iglesia. Hay que empezar por respetar las diferencias, la singularidad de cada uno, para asumirlos como son, sin masificar, y para integrar esas diferencias en un todo rebosante de variedad y colorido. Pero habrá que eliminar las desigualdades, más allá de una globalización que sólo pretende disimular los intereses de los ricos y poderosos, para acercarnos a una mundialización más auténtica, hacia una verdadera *ecumene*, tierra habitada, hogar de todo el género humano. Y habrá que juntar manos y hombros para construir unidos un nuevo orden de convivencia, entre todos los cristianos, con todos los creyentes, contando con todas las personas de buena voluntad.

Nuestro reto en esta semana del ecumenismo no es sólo la unidad de las Iglesias, sino la unidad de todos en Cristo, para que todos seamos uno, la familia de Dios.

¿Me parece importante la unión de los cristianos? ¿Y la unión de todos los católicos, de los de la misma parroquia? ¿Qué puedo hacer? ¿Qué estás dispuesto a hacer?

¿Creo en la unidad del género humano? ¿Por qué esas diferencias entre unos y otros? ¿Hay alguna justificación? ¿Qué podemos hacer?

¿Respeto al otro, su modo de ser, de pensar, de obrar? ¿Lo respeto o me da igual lo que piense, diga o haga? ¿En qué noto que lo mío es respeto al otro y no indiferencia para con los demás?

Un cambio ilusionante

Prímera lectura: Isaías 9,1-3

Segunda lectura: 1 Corintios 1,10-13.17

Evangelio: Mateo 4,12-23

El Reino de Dios. Todos tenemos la cabeza llena de pájaros. Pero nos empeñamos en no dejarles volar, creyendo que vale más pájaro en mano que ciento volando. Tenemos muchas ilusiones, muchas ideas, pero renunciamos a ellas a fuerza de ser realistas, prácticos, científicos, técnicos. Y así hemos cortado las alas a nuestra imaginación y nos estamos convirtiendo en materialistas, individualistas e insolidarios. Nos hemos conformado a este modelo de desarrollo, de bienestar, de progreso, incapaces ya de inventar y trabajar por otro modelo más natural, más humano, más solidario. El Reino de Dios, del que nos habla el evangelio, nos suena a repetitivo y apenas nos dice nada. Y, sin embargo, es Palabra de Dios, una llamada, un reclamo que trata de sacarnos de nuestras casillas, de nuestro acomodo a este mundo, para inquietarnos, para despabilarnos, para movilizarnos e impedir que nos resignemos a lo que tenemos. Hemos de tratar por todos los medios de más creativos y no empeñarnos en sostener un desarrollo insostenible, ya que deja a la intemperie, sin medios y sin esperanza, a la mayor parte de la humanidad. Un ser humano no puede conformarse con un mundo en el que no tienen sitio todos los seres humanos.

El Reino de Dios está cerca. Jesús comienza su misión proclamando la inmediatez del Reino de Dios. Desde el principio, Jesús trata de conectar con lo más profundo del ser humano y suscitar lo mejor que Dios ha puesto en nosotros: la capacidad creadora y organizadora del mundo, el sueño de todos los seres humanos. El paraíso perdido no es más que el paraíso soñado, la promesa de Dios a nuestros primeros padres,

el sueño del pueblo de Israel que se ha ido alimentando con la promesa de Dios a través de los patriarcas y profetas del pueblo, la gran esperanza de la humanidad, la nuestra aquí y ahora. Y eso es lo que Jesús anuncia y denuncia ya presente. El sueño ya no es un sueño, sino que es ya realidad. Se ha cumplido la promesa hecha desde el principio. Y la esperanza tiene que empezar a armarse de paciencia para ir realizando el Reino de Dios. Porque eso ya es posible con Cristo. Y por Cristo es ya una responsabilidad para todos los creyentes.

Convertíos. Ante el anuncio y la urgencia de Jesús sólo cabe una respuesta: la conversión. No podemos hacernos el distraído y tampoco podemos empeñarnos en sostener lo insostenible siguiendo como si tal cosa. La Buena Noticia levanta nuestra esperanza, y ésta tiene que ponernos en movimiento, listos para la acción.

Se trata de un cambio radical, porque afecta a las raíces del ser humano, de nuestra historia, de nuestro mundo, de nuestra vida. No podemos resignarnos ante la fatalidad, pensando que el mundo no tiene remedio, porque es posible cambiar el mundo y el sistema que no resuelve los problemas de la humanidad. Pero es un cambio gratificante, gozoso, porque nada más satisfactorio que poder saciar el hambre y remediar la pobreza y alcanzar el bienestar de toda la familia humana.

Es un cambio ilusionante, porque colma el sueño y las aspiraciones de todos. Es, en fin, un cambio esperanzador, porque nuestros esfuerzos cuentan con la ayuda de Dios y el éxito viene garantizado por su promesa cumplida en Cristo y por Cristo cumplimentándose ya en los creyentes.

Hoyes posible la unidad. Ese sueño de la humanidad, ese sueño de Dios, el Reino, apunta en este día a la unidad del género humano, a la unión de todos los seres humanos, de todos los pueblos, en el esfuerzo para construir un mundo mejor, que sea bueno para todos. En ese sentido, tenemos que sumar esfuerzos, no crear o inventar más dificultades. Tenemos que respetar las diferencias, no suprimirlas o prescindir de ellas arbitrariamente. Tenemos que unirnos como una piña en aras de una misma esperanza para salvar el mundo. Y eso, gracias a Dios, es posible. Eso está ya, por Cristo, al alcance de la mano. Tenemos que estar dispuestos a acoger al otro con respeto, con interés, con amor. Y te-

nemas que dar los primeros pasos para acercarnos al otro, para conversar y compartir y convivir en paz y fraternidad.

¿Sigo soñando con un mundo mejor? ¿Comento mis sueños con los de otros? ¿Me conformo con soñar? ¿Me despierto y desecho mis sueños?

¿Qué me sugiere el Reino de Dios? ¿Me parece que son sólo las cosas del cielo? ¿Creo que son sólo cosas de Dios?

¿Tiene algo que ver la cercanía del Reino de Dios conmigo? ¿Estoy trabajando por el Reino de Dios? ¿Trabajo por la justicia, por la paz, por la unidad? ¿Cómo vaya hacerlo desde ahora?

Vivir felices

Primera lectura: Sofonías 2,3; 3,12-13

Segunda lectura: 1 Corintios 1,26-31

Evangelio: Mateo 5,1-12a

Un nuevo Moisés. Mateo ha puesto a Jesús en lo alto de la montaña. El marco nos recuerda a Moisés subiendo al monte. Desde el comienzo de su evangelio este evangelista está haciendo unos juegos literarios (ciertamente es un gran literato) en los que ha introducido dos personas muy importantes: la más importante del judaísmo, Moisés; y la más importante del cristianismo, Jesús.

Hoy tenemos ante nosotros al nuevo Moisés que ha asumido la tarea de fundar un nuevo pueblo, darle una nueva ley y conducirlo a una nueva tierra. Lo hace con el descaro de quien sabe que aporta una novedad pero manteniendo una profunda fidelidad al sentido de aquella tradición que había nacido con Moisés.

Porque antes de Moisés la justicia estaba en manos de los poderosos. Con él adquirió una dimensión religiosa que obligaba a todos a buscarla con esfuerzo; esto originó una tradición de un binomio inseparable que dejó a Dios pegado a la imagen de justicia, social para unos y legal para otros, pero siempre la imagen de un Dios justo, por lo tanto, juez. Todavía hoy nos cuesta sacudirnos esa imagen.

Ahora, con Jesús, la imagen de Dios queda unida a la ternura, la conmoción interior, la alegría, la libertad y la esperanza, en definitiva, al amor. Unos esquemas completamente nuevos.

La alegría por delante. Pero esta nueva propuesta no viene presentada en términos de obligación moral ni jurídica, tampoco de utilidad. Su carta de presentación es la alegría, porque la propuesta brota de una experiencia religiosa previa en la que Dios es captado como el Ser más lle-

no de ternura y bondad que podamos encontrar nunca en lo que es la experiencia de vivir. Jesús nos propone primero una experiencia de alegría vital y profunda.

No se trata de una reflexión muy seria sobre el sentido del deber ni sobre las posibilidades del esfuerzo colectivo. Se trata de vivir la relación con Dios de una manera muy dichosa por sentirse acogidos en la propia pobreza y fragilidad; de saber que cuando todo parece fallar y cuando la misma esperanza parece abandonarnos, Él abre su sensibilidad para hacernos sentir acogidos y queridos en ese amor de ternura que sólo un padre y una madre son capaces de expresar ante el niño débil que tienen ante sí.

El amor hace posible el futuro. Es la seguridad del amor sin límites ni condiciones lo que puede hacer estallar una experiencia nueva de la vida, donde hacer cosas, como las que nos propone Jesús, no se entiende como una obligación ni como un deber, sino como la respuesta agradecida a quien nos quiere sin condición alguna.

Es una gran dicha poder contar con Dios en los momentos de la vida en que sentimos la pobreza, la miseria, la debilidad o la soledad. Pero es imprescindible tener la experiencia de Dios que nos quiere, cuando la vida no es una sonrisa, para poder lanzarse a vivir de otra manera sin que eso se experimente como renuncia, como penitencia o como abandono del mundo o de otras cosas.

Se puede vivir de otra manera y ser feliz. Es más, se es mucho más feliz si se vive de otra manera distinta a como solemos hacerlo. Testigos hay de ello. Gentes que en las carencias no envidian, en el fracaso no se arrugan, en el dolor no desesperan, en el llanto entienden a los que lloran, en el rechazo caen en la cuenta de cuántos marginados hay, personas que no se venden pero comprenden a quienes tienen que venderse para poder vivir, pecadores que en su pecado descubren al Dios del amor y hundidos que no pierden la esperanza.

En Jesús el proyecto y la propuesta no van dirigidos a los interlocutores habituales a quienes solemos dirigirnos para pedir cambios. Dios quiere contar con ellos y quiere que las actitudes de quienes participan sean estas mismas. Ahora va dirigido a quienes nunca se les pide que hagan algo o participen, porque de su participación y su talante depende el futuro humano, aunque la debilidad les hace sentirse incapaces para construirlo.

Un futuro que existe y que se manifestará porque es el futuro de Dios, y Él no falla.

¿Cultivamos **la** confianza en el amor que Dios nos tiene?

¿Ponemos antes la alegría religiosa que la obligación moral?

¿Contamos con los sencillos como protagonistas de la historia?

¿Para qué la sal?

Primera lectura: Isaías 58,7-10

Segunda lectura: 1 Corintios 2,1-5

Evangelio: Mateo 5,13-16

Bienaventurados. El domingo pasado iniciábamos la lectura del "Sermón del Monte" del evangelio de Mateo. Jesús proclama bienaventurados, dichosos, felices, a los pobres, a los que sufren, a los limpios de corazón, a los que trabajan por la paz y la justicia, a los calumniados y perseguidos por su causa. Al concluir el largo sermón, Mateo hace notar la admiración que las palabras de Jesús han despertado en el corazón de sus oyentes.

Sal Y luz en nuestro mundo. El texto evangélico que hoy hemos proclamado debe ser escuchado y acogido por nosotros, hoy como ayer, con admiración, entrañablemente. Estas palabras de Jesús están pidiendo un ambiente de confianza, de acogida serena y cordial en el hondón del alma, allá donde yo decido el sentido de mi vida. El Señor quiere hablar con nosotros, y nos habla: "*VOsotros sois la sal de la tierra. VOsotros sois la luz del mundo*". Ese "vosotros" tiene el color y el calor de la amistad; Jesús está pidiendo a sus discípulos, a nosotros, que con Él y como Él seamos luz y sabor en nuestro mundo. El obispo mártir Óscar Romero lo expresó valientemente con estas palabras: "¿Para qué sirve la sal si no está donde se cuecen las habas, en el puchero? ¿De qué sirve 'creer' que hay que denunciar la mentira, si luego nos callamos por miedo, porque no sabemos, por lo que sea, si no estamos donde se 'cuecen' los problemas de los hombres?".

La misión tiene dimensión universal. El testimonio de los discípulos, su luz y su sabor, darán rono al mundo entero. La misión tiene una di-

mención universal. Son luz y sal "para el mundo, para la tierra, para los hombres, para todos los de la casa". Gracias a ellos la convivencia humana puede tener otro sabor, no ser sosa, ni de mal gusto. Gracias a ellos la vida puede ser más luminosa, colorida, los hombres pueden mirarse a los ojos, contemplar su sonrisa, las arrugas de su alma, ser un poco más transparentes y limpios los unos para los otros. Gracias a sus buenas obras, será posible llegar a barruntar la bondad de Dios. Así de bueno debe ser el Padre, pues tales hijos tiene.

Las buenas obras. A esas buenas obras hace referencia concreta el texto de Isaías que hemos proclamado en la primera lectura: "Partir el pan con el hambriento, hospedar a los sin techo, vestir al desnudo". Jesús retomará estas obras para proclamar la bienaventuranza definitiva el día del juicio final: "Venid, benditos de mi Padre, porque tuve hambre y me disteis de comer". El texto de Isaías pertenece al relato del "ayuno agradable a Dios" que se inicia unos versículos antes: "El ayuno que yo quiero es éste". Y a continuación añade las frases que hoy hemos leído. El próximo "miércoles de ceniza" es una ocasión propicia para ver si mi ayuno es el que Dios quiere.

El camino del hombre que sufre hambre. Las lecturas nos indican, en este día, un camino cierto de conversión: el pobre que pasa hambre. Si en su primera encíclica, *Redemptor Hominis*, el papa Juan Pablo II decía que "el hombre es el camino primero y fundamental que la Iglesia debe recorrer en el cumplimiento de su misión, camino trazado por Cristo mismo" (RH 14), bien podemos decir que un camino cierto que Cristo nos invita a recorrer es el camino del hombre que sufre hambre, hambre de pan y de justicia. Debemos convertir nuestro corazón hacia el sufrimiento y la pobreza de tantos hombres y mujeres de nuestro tiempo. "Es la cuestión -ha dicho el Papa- que más interpela nuestra conciencia humana y cristiana." Sabemos que en la raíz de muchas violencias está la injusticia de muchísimas situaciones humanas y, como dice la conocida frase, "Las injusticias de hoy son las guerras de mañana".

"No te cierres a tu propia carne." No cerremos los oídos al clamor de los hambrientos. Son seres humanos como nosotros. Nos lo recuerda y exige el profeta Isaías en el texto que hemos leído: "*No te cierres a tu propia carne*". Todos somos carne humana, y de esa carne participó Jesús

para habitar entre nosotros. En la eucaristía que estamos celebrando nos vamos a alimentar de esa carne del Hijo de Dios, y en esa carne asumimos toda carne humana, al tiempo que nosotros mismos, al comulgar con Cristo, somos llamados a ser carne y alimento para los que pasan hambre.

¿Qué momentos dedico a la confianza con Jesús y su proyecto?

¿Parto mi pan con el hambriento?

¿Siento yo hambre y sed de justicia?

Habéis oído... pero yo os digo

Primera lectura: Eclesiástico 15,16-21

Segunda lectura: 1 Corintios 2,6-10

Evangelio: Mateo 5,17-37

El evangelio que acabamos de escuchar es un fragmento del Sermón del Monte, considerado como la constitución del Nuevo Pueblo de Dios. Su enseñanza, siempre novedosa y liberadora, nos propone como fundamental el bien del hombre y la creación de una nueva sociedad donde rijan las relaciones humanas propias del amor mutuo. Frente a la casuística de los fariseos, Jesús requiere la actitud interior de amor a los demás y el trabajar por la paz.

Jesús pide una perfección mayor que la de los letrados y fariseos en la línea de la limpieza de corazón. Limpio de corazón es el que no abriga malas intenciones contra el prójimo y se traduce en la verdad y la transparencia de la conducta, cultiva la inocencia y crea una sociedad donde reina la confianza mutua.

La perfección que Jesús pide no se consigue con la mera observancia de leyes y ritos, sino con la buena disposición hacia los demás y la sinceridad de la conducta. Jesús aboga por una sociedad donde todos estén dispuestos a prestar ayuda y donde nadie abrigue malas intenciones contra los demás.

A los ojos de Dios, la gente y sus necesidades son más importantes que el sábado; y el procurar la paz, recomponiendo la unidad rota por una ofensa, tiene prioridad sobre todo acto de culto. La voluntad de Dios, Padre bueno, es el bien de los hombres, sus hijos. Y el ideal al que hay que tender es ser compasivos y misericordiosos como lo es el Padre; amar como Él nos ama.

Mejores que los letrados y fariseos. Así, no basta con no hacer el mal al prójimo, no robar, no matar, no desear... Jesús apunta hacia que es necesario hacer el bien, hacia un mayor amor: dar la vida. No es cuestión de vengarse, sino de perdonar. No es cuestión de no odiar, sino de amar al enemigo. No es cuestión de no cometer adulterio, sino de ser fiel, con amor creciente, hasta el final. Este siempre más es lo típico del cristiano. Este siempre más es el espíritu del Sermón del Monte.

Frente a no matar hay que dar la vida. No matar. Es un mandamiento muy antiguo. En nuestro tiempo no haría falta ni siquiera nombrarlo: está en la Declaración de los Derechos Humanos... Sin embargo, por desgracia, parece que nunca como hoy vale tan poco la vida humana.

Además de las situaciones contrarias a la vida como las guerras, los genocidios, el terrorismo..., existe en nuestra sociedad una amplia red que bien se puede considerar como una verdadera amenaza contra la vida. Están las agresiones estructurales, estados de opinión generalizada, actitudes y mentalidades violentas, el hacer objeto de distracción y diversión el que un hombre quite la vida a otro hombre. Esto hace que se esté hablando de la cultura de la muerte.

La Palabra de Dios, además de las formas graves de violencia, nos habla de la exigencia de potenciar la vida y realizarla en un sentido pleno en el precepto: amarás al prójimo como a ti mismo. A esta exigencia de respeto y realización más amplia se oponen la injusticia, la pobreza, la opresión.

El Eclesiástico denuncia la injusticia como un atentado contra la vida: la vida del pobre depende del poco pan que tiene; quien se lo quita es un asesino; quitarle el sustento al prójimo es como matarlo; no dar al obrero su salario es quitarle la vida.

El Concilio Vaticano II, haciéndose eco de los Padres de la Iglesia, nos dice: "Alimenta al que muere de hambre, porque, si no lo alimentas, lo matas" (G.S. 69). No basta con abstenerse de la acción externa; se dan formas más sutiles de matar: el insulto, la descalificación, van matando poco a poco al hermano.

El insulto y el desprecio, cuando llegan a excluir al otro del propio trato, se asemeja al homicidio, ya que al negarse a aceptarlo en el corazón ya lo has matado. Todo el que aborrece a su hermano es un ho-

micida, nos dice san Juan. Por tanto, para no matar, de alguna manera hay que amar.

¿Qué señales descubres en la Iglesia y en la sociedad de fariseísmo?

¿Qué aspectos del Sermón del Monte ves reflejados en la Iglesia y la sociedad?

¿Qué rasgos del Sermón del Monte acentuarías hoy como más necesarios?

Amada vuestros enemigos

Primera lectura: Levítico 19,1-2.17-18

Segunda lectura: 1 Corintios 3,16-23

Evangelio: Mateo 5,38-48

La paz. En todo el mundo los hombres se esfuerzan por mantenerla. Los diplomáticos viajan a conferencias sobre la paz. Los soldados en Kosovo se interponen entre dos pueblos enfrentados. Y también nosotros nos tomamos tiempo para aclarar malentendidos y nos esforzamos por conservar la paz en la familia y en el vecindario. Y si logramos la paz notamos una sensación de bienestar como si estuviésemos ya en el cielo. Llevamos en el corazón el deseo de paz, es como un recuerdo del paraíso y una nostalgia del cielo. Sin embargo, parece que nuestros esfuerzos por conservar la paz no tienen mucho éxito. Los tratados de paz se rompen. Las amistades se deterioran. Los esposos se pelean. Los hermanos se enfrentan entre sí a causa de la herencia. Los niños se pelean en el recreo.

Estrategias de paz. Para conseguir la paz el hombre ha desarrollado diversas estrategias, que pueden clasificarse en tres grupos.

Si vis pacem... La primera categoría es el principio del garrote. Afecta a la familia igual que a los estados. Ya desde la Edad de Piedra consiste en la cuenta sencilla de garrote contra garrote. Si tú tienes dos garrotes, tengo que procurarme más garrotes. Esto se llama rearme. Si quieres la paz, prepara la guerra. Más tarde se han cambiado los garrotes por cañones y los cañones por bombas atómicas. Funciona sobre la base del miedo, la disuasión por los males que pueden venir, la intimidación. Esto ha llevado a la carrera de armamentos.

El método del caos. Imaginaos dos enemigos frente a frente armados hasta los dientes, con odio en la mirada. Pueden ser dos tropas

enemigas o dos vecinos furiosos. La tragedia se masca en el aire. ¿Cómo se puede establecer la paz? En mi infancia tenían gran aceptación las películas del gordo y el flaco, Stan Laurel y Oliver Hardy. En una de ellas utilizan este método del caos. Aparecen en la India como soldados rasos. Es inminente una batalla sangrienta con su sección dispersa en una emboscada. En ese momento nuestra pareja de soldados indisciplinados logran derribar unas colmenas. Las abejas, furiosas, se lanzan sobre los soldados de ambos bandos en un caos salvaje. Y allí se acabó la batalla.

El método del caos tiene como fundamento la perturbación total del orden existente. Esto puede suceder también en la familia. Una discusión ardiente sobre un jarrón roto se puede evitar mediante una risa. La risa nos ayuda a echar fuera con humor nuestra dependencia del jarrón caro. Poner en el centro no la cosa, sino la persona.

"Ama a tus enemigos." ¿Hay un camino mejor para la paz que la confrontación o la lucha? La tercera vía de solución es la propuesta por Jesús: *"Ama a tus enemigos"*: Suena a poco realista, a país de cuentos. No obstante, desde antes del neolítico, cuando el hombre era cazador y recolector de frutos, el compartir es una forma originaria de la supervivencia humana. La relación de unos con otros es más fuerte que la enemistad y la rivalidad, pues sin relaciones el hombre sucumbe.

Jesús apunta a este punto, cuando exige aparentemente de un modo irracional: ¡Pon la otra mejilla. Dale tu manto. Acompáñalo en lugar de una milla dos! Hay que imaginarse esto del modo más concreto posible. Un soldado romano según la ley podía obligar a un judío a llevar su equipo una milla. Si en esta situación uno dice: "Lo llevo dos millas" el soldado quedará asombrado. Y comienza a resonar en él: ¿Por qué haces esto?

Una relación diferente. El principio de Jesús apuesta por la relación entre las personas. No se trata de imágenes enemigas, como los americanos, los árabes, los extranjeros, los inmigrantes. Se trata del vecino de al lado que me crispera los nervios; del vecino que me es desagradable; de personas que no puedo soportar, que me engañan o me explotan. Se trata de hipócritas con los que preferiría no tener nada que ver. ¡A todos ellos los debo aceptar!

Esta vía tiene igualmente grandes consecuencias sociales y políticas. Jesús coloca el amor al enemigo tan absolutamente, que ya no conoce

límite alguno de religión, ni de pertenencia a un pueblo, ni de raza, ni de sistema político. Todo el mundo, también el adversario, permanece envuelto por el amor de Dios. Socialmente esto tiene enormes efectos. Se trata del proceso de la reconciliación. (Guerra Civil española; ETA y País Vasco).

Jesús dice muy claramente: La injusticia no se equilibra con la injusticia. La violencia origina violencia. Hay que romper el círculo diabólico "ojo por ojo, diente por diente". Pero tengo que comenzar yo mismo, no el otro. Ésta es la característica del principio de Jesús "ama a tus enemigos".

¿Veo al otro con nuevos ojos, los ojos de Jesús?

¿Procuro la paz en la familia en mis relaciones?

¿Estoy dispuesto a perdonar?

¿Dónde está tu corazón?

Primera lectura: Isaías 49,14-15

Segunda lectura: 1 Corintios 4,1-5

Evangelio: Mateo 6,24-34

En esta sección del Sermón de la Montaña el evangelio de san Mateo trata de advertir sobre el peligro de las riquezas, para que no nos dejemos atrapar por ellas. Pero, en *los* tiempos en que estamos viviendo de profundas transformaciones en el capitalismo mundial, la aplicación del evangelio entraña serias dificultades e interrogantes: ¿Qué nos quiere decir Jesús, cuando habla sobre la riqueza y el dinero?

"No podéis servir a dos señores." Aquí Jesús a primera vista parece expresar un rechazo tajante al dinero, de tal forma que Dios y el dinero son incompatibles; el que prefiera retener el dinero no tiene más remedio que renunciar a *Dios*. ¿Es esto realmente así? Pues, en este caso, ¿no habría que concluir que Dios está contra el progreso y el bienestar, ya que esto sólo se puede alcanzar con el dinero? Al plantearnos esta cuestión se está afrontando la situación de amplios sectores de nuestra sociedad que vive mejor que hace 50 años y que goza de la sociedad del bienestar; bastantes de ellos tienen creencias religiosas y algunos aspiran a ser buenos cristianos. Por eso, personas que se encuentran en esta situación, se preguntan: ¿es posible estar cerca de Dios, teniendo un buen nivel de vida?; ¿se puede ser seguidor de Jesús, teniendo una cuenta corriente, un buen sueldo, gozando de una seguridad económica razonable? Entonces, ¿qué nos quiere decir Jesús, cuando afirma: *"no podéis servir a Dios y al dinero"*? Nos puede ayudar a comprender dicho interrogante si tenemos en cuenta lo que nos dice el evangelio un poco antes: *"No acumuléis riquezas en la tierra..."*. Aquí parece que Jesús habla de quienes acumulan riquezas, dinero, de manera que se centran en

eso, sin pensar en dar otra utilidad a ese dinero. Es el dinero como "tesoro", en el que se centra y queda atrapado el "corazón", como dice Jesús: *"Porque donde está tu tesoro, allí está tu corazón"*: El evangelio se refiere a este dinero utilizando la palabra tana: "mamón", que significa: aquello en que se pone la confianza. El hombre se define por los valores que estima y la seguridad que busca; ellos orientan su vida y marcan su personalidad. En definitiva, lo que viene a decir Jesús es que el dinero ejerce una fuerza totalizadora y tiene tal seducción que termina por convertirse en competidor de Dios.

El dinero como ídolo. El dinero entraña una gran fuerza de atracción, de tal forma que se muestra como un serio rival de Dios. Hoy el dinero se está convirtiendo en objeto de devoción que hechiza y encanta a la gente. El dinero se ha convertido en medida de todo valor; es la ley de la vida, pues, según dice la gente: "tanto vales cuanto tienes"; lo que decide en este mundo es lo que cada uno "tiene", no lo que cada uno "es". Más aún, se está metiendo en la cabeza de la gente que lo decisivo en esta vida no está en lo que el hombre "es", sino en lo que "tiene". Así, es un hecho evidente que para muchas personas el dinero metece más interés, más consideración real y efectiva que Dios mismo. También es cierto que la mayoría de la gente le dedica más entrega y más entusiasmo a la causa del dinero que a la causa de Dios; en la práctica diaria el dinero es más importante que Dios.

Necesaria aclaración. La maldad de la idolatría del dinero no se encuentra en los bienes de la tierra, que son creación del buen Dios para toda la familia humana, ni en el progreso técnico... La raíz del mal se halla en la actitud que los diviniza. Según los textos bíblicos, la actitud que diviniza los bienes terrenos es la *'codicia que es una idolatría'* (Col 3,5; Ef 5,5); *"La raíz de todos los males es el amor al dinero"* (1 Tim 6,9-10). En relación con la codicia se encuentra otra actitud: *la confianza*. Actitud que es más importante y radical que la codicia, porque la justifica. El hombre no desearía acumular bienes, si no pusiera en ellos la confianza, la garantía y el sentido para su vida: *la felicidad*. Por eso, lo que se opone a la pobreza no es la riqueza en cuanto tal; la antinomia de la pobreza es la codicia, la ambición, la avaricia, el afán de poder. De aquí que el interés y el afán por el dinero resultan ser expresiones ambiguas; es muy diferente el interesarse por el dinero por egoísmo y avaricia que el interesarse por altruismo y generosidad; el afanarse por el dinero para pasarlo lo mejor posible y tener más poder sobre los demás

es diferente al padre de familia que se preocupa por él para sacar a su familia adelante, o el que se preocupa por el dinero para crear puestos de trabajo o crear servicios para los desfavorecidos. Entonces, ¿por qué Jesús fue tan radical en este asunto tan vital como es el dinero? Porque Jesús se dio cuenta de que lo que más necesita el ser humano es el respeto a su dignidad, la estima, la bondad, el amor, "sólo el amor es digno de fe". Si buscamos todo esto, lo demás se nos dará por añadidura, pero sin olvidar que el dinero tiene el gran riesgo de convertirse en una trampa, nada fácil de discernir.

¿Quién es el que manda en nuestro mundo? Presenta hechos.

¿Crees que el gran problema de la Iglesia hoyes la indiferencia, el laicismo o la idolatría? Razona tu respuesta.

Se suele decir que en la Iglesia se es tolerante y condescendiente en lo que respecta al terrible ídolo del capitalismo actual y se es muy rígido en otros temas: ¿Crees que se tiene razón? Razona tu respuesta presentando hechos.

Caminos de realización personal

Primera lectura: Deuteronomio 11,18.26-28.32

Segunda lectura: Romanos 3,21-25a.28

Evangelio: Mateo 7,21-27

El texto evangélico de este domingo hay que comprenderlo como la conclusión del llamado discurso de las Bienaventuranzas, o Sermón del Monte, en el evangelio de Mateo. Dicho discurso comienza en el capítulo 5 y concluye con las muestras de admiración, manifestadas por el gentío, "porque les enseñaba con autoridad y no como los maestros de la Ley".

En estos tres capítulos, Jesús ha ido indicándonos el camino para acceder al Reino de Dios y, de esta manera, llegar a la felicidad plena que es la meta de cualquier ser humano que pretenda completarse como tal. Para eso hemos sido creados y por eso hemos sido todos redimidos, por pura gracia de Aquel que nos llamó a salir de las tinieblas para poder caminar en la luz. Y es en este caminar donde para cada persona y para cada colectivo es importante encontrar las pistas o señales que nos van indicando el camino correcto para alcanzar la meta que nos hemos propuesto.

La **persona** se hace. El contexto (época, país, familia, religión, etc.) en el que cada persona nacemos marca de alguna manera las posibilidades y las dificultades que vamos a encontrar para desarrollar todas nuestras capacidades.

Pero, qué duda cabe, lo que más nos interesa a todos es encontrar el camino por el que vamos a tener una menor cantidad de dificultades para llegar a ser personas adultas con la capacidad de discernir entre la variedad de propuestas que se nos hacen, con la fortaleza necesaria para mantener las decisiones que hemos tomado y con la apertura de miras

suficiente como para comprender que otras personas han podido elegir caminos diferentes para su crecimiento.

Lo importante es que ni nuestra familia, ni nuestros amigos, ni las personas que se cuidan de nuestra educación pongan trabas a la elección de forma, o estilo de vida, que cada cual hemos tomado. Ya nos encargaremos nosotros de darnos cuenta de nuestras equivocaciones y de corregir la dirección libremente tomada.

Para esa elección tan fundamental lo que sí nos viene muy bien son esas leyes que todos llevamos escritas en el corazón, que forman parte del acervo cultural de cada persona y que en algunos casos nos deben, o debemos, recordar.

La capacidad de seducción. En el proceso educativo de las personas es importante hacerles saber que todos tenemos ciertas capacidades que debemos trabajar u otros se encargarán de hacerlo para su propio provecho.

Entre ellas está la capacidad de seducción que tienen para nosotros ciertas cosas, o algunas personas, que aparecen como por casualidad en nuestra vida. Si se trata de las personas, la seducción puede ser constructiva o destructiva. Se hace destructiva cuando convertimos a las personas en objetos y queremos poseerlas como tales para nuestra satisfacción; o bien cuando nos hacemos esclavos de ellas o meros imitadores de su forma de vestir, de gesticular, de hablar, etc.

La seducción es constructiva si las personas que nos seducen resultan modelos de referencia para nuestro desarrollo personal en cuanto a su libertad a la hora de expresar sus opiniones, de manifestar sus creencias y de respetar a los que piensan, opinan o creen diferente.

Escuchar es antes que actuar. Todas las personas hacemos cosas; casi todos los días las mismas. Solemos decir que muchas de ellas son por obligación: trabajar, comer, ir a determinados lugares, comprar ciertos objetos que tiene todo el mundo, vestir de una forma concreta para asistir a ciertos acontecimientos; así nos podemos considerar como los demás y, sobre todo, no llamamos la atención. Sólo en algunas ocasiones, las vacaciones, o en algunos espacios privados, en nuestra casa o con los amigos y con las amigas en otros lugares, nos permitimos hacer cosas que realmente queremos y que, en ocasiones, no son las que todo el mundo hace o de la manera que los demás las realizan.

Por eso, me parece que es necesario escuchar antes de actuar. Escuchar primero nuestro proyecto de vida y la forma de llevarlo a la práctica; descubrir los motivos profundos de la actuación de los demás y los que tenemos nosotros para actuar de la misma manera.

Y en nuestro caso, que queremos ser personas creyentes, también debemos escuchar el plan que Dios tiene para cada uno de sus hijos y dejarnos seducir por la persona de su Hijo Jesús y por cómo llevó adelante el proyecto que su Padre le había encomendado.

¿Cuáles son los medios que empleamos habitualmente para continuar nuestro crecimiento personal?

¿Cuáles son los modelos de referencia que más nos seducen en esta etapa de nuestra vida?

¿Cuánto tiempo dedicamos a "escuchar" antes de actuar y con quiénes lo hacemos?

Andad y aprended misericordia

Primera lectura: Oseas 6,3-6

Segunda lectura: Romanos 4,18-25

Evangelio: Mateo 9,9-13

La vocación de Mateo. En el evangelio de hoy, el propio evangelista nos cuenta brevísimamente la historia de su vocación. Él mismo nos dice que su nombre es Mateo, que significa "don de Dios". En cambio Marcos y Lucas le llaman Leví, por lo que se supone que el nombre completo sería Leví-Mateo. También reconoce humildemente su profesión, a pesar de estar mal vista, ya que es un recaudador de impuestos, empleado de la administración de Herodes Antipas. Los judíos no veían con buenos ojos a estos funcionarios y los tenían como pecadores públicos (publicano lo llaman los otros evangelistas), excluyéndolos de su trato y compañía. Sin embargo Jesús, que no comparte los prejuicios sociales de entonces ni los de ahora, no acepta discriminación ni exclusión social alguna, y -más allá de la ley, de la letra de la ley- se fija en Mateo, a pesar de ser un publicano, un pecador. O quizá por eso, porque, como dirá san Pablo, "Dios ha elegido a lo despreciable del mundo". Mateo recuerda muy bien aquel momento, aquella mirada, aquellas palabras de Jesús. Se fijó en él y le dijo sígueme. Una sola palabra, pero todo un acto de confianza en el que nadie confía, una preciosa distinción al legalmente estigmatizado, un hermoso acercamiento al excluido por la buena sociedad. Y Mateo, halagado y agradecido, lo celebra por todo lo alto con un banquete al que invita a sus amigos, también publicanos, y a Jesús. La gracia de Dios hay que celebrarla a lo grande.

Un banquete comprometido. Jesús acepta la invitación, porque ha venido precisamente a buscar y salvar a los pecadores. Y porque quiere co-

rresponder al agradecimiento del nuevo discípulo. Pero allí están también los letrados y fariseos, los especuladores de la ley, que no lo ven con buenos ojos y se manifiestan escandalizados de que Jesús se siente en compañía de pecadores. Les molesta que se deje invitar por los de otra clase y que con su presencia les dé nuevas ínfulas a unos publicanos y excluidos sociales. En el fondo, los fariseos no toleran que Jesús actúe desautorizando frontalmente su modo de jugar con la ley, cuyo peso cargan sobre los hombros de los demás, pero que ellos burlan astutamente con sus especulaciones legalistas. No se atreven a plantar cara a Jesús; recurren taimadamente a sus discípulos para cuestionar la conducta del maestro: ¿cómo es que vuestro maestro come con publicanos y pecadores?

Una lección magistral. Jesús da la cara por sus discípulos, y responde a los fariseos, dándoles una lección magistral: los que necesitan del médico son los enfermos, no los sanos, les dice. Los que necesitan de salvación son los pecadores. Yeso no tiene vuelta de hoja. Al menos para Dios, que no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva. Otra cosa somos los seres humanos, no siempre dispuestos al perdón. Desde muy pequeños se nos ha educado en la idea de que los humanos nos dividimos en buenos y malos. ¿Quién no recuerda la insistencia en esa idea en tantas películas de "buenos y malos"? Y a los malos hay que excluirlos, dejarlos por imposible. ¿No es ésa la filosofía que se esconde detrás de los que apuestan por la pena de muerte? Y ésa es también la razón de que persista la mentalidad de la ley del talión (el que la hace, la paga) y de que se apele a la justicia, cuando lo que se desea es venganza. Pero ésa no es la voluntad de Dios, que siempre da otra oportunidad, ni la misión de Jesús, que ha venido precisamente a llamar a los pecadores. Y así remata su lección, invitando a que aprendamos a ser misericordiosos, más tolerantes, mejor dispuestos a perdonar. "Andad, aprended lo que significa "misericordia quiero y no sacrificios".

"Aprended lo que significa misericordia." Estas palabras de Jesús resumen el mensaje de las lecturas de este domingo. Así terminaba la lectura del profeta Oseas, denunciando la vacuidad del culto cuando no somos misericordiosos con el prójimo. Y a eso alude Jesús, para echar en cara a los fariseos su especulación con la ley y su falta de misericordia y respeto a los que no son como ellos. Tenemos que aprender que lo importante es el ser humano, no el culto a Dios, porque el ser humano es hijo de Dios. Lo importante es la vida humana, no las leyes,

que deben estar al servicio de la vida. Lo importante es la actitud del corazón más que las palabras, los gestos o las buenas obras. Porque del corazón nacen los odios, las envidias, las discriminaciones, las venganzas. Y del corazón deben nacer las buenas intenciones, el respeto, la comprensión, la tolerancia, el perdón, el amor... que todo eso es la misericordia. La misericordia no es paternalismo, ni mera compasión, ni hacer la vista gorda, ni decir aquí no ha pasado nada, sino abrir de par en par el corazón al hermano, aunque sea pecador, aunque se comporte como enemigo. La misericordia es perdón rehabilitador, capaz de restablecer el mutuo entendimiento y amor. La felicidad está prometida a los misericordiosos. Porque ellos rebosarán de felicidad al verse envueltos por la misericordia de Dios.

¿Qué tal nos va eso de clasificar a la gente en buenos y malos? ¿Amigos y enemigos? ¿Los que están conmigo, con mi familia, con mi grupo... y los que no? ¿Se nota en nuestros actos y opiniones?

¿Qué me parece la misericordia? ¿Me parece una virtud vergonzante? ¿Me parece que denota un talante de perdonavidas? ¿Cómo la practico?

La misericordia es comprensión, tolerancia, perdón, amor... ¿Hasta qué punto estoy dispuesto a poner en práctica el aprendizaje a que me invita el Señor en el evangelio?

Un Dios compadecido

Primera lectura: Éxodo 19,2-6a

Segunda lectura: Romanos 5,6-11

Evangelio: Mateo 9,36-10,8

La iniciativa es de Dios. La historia de Israel comienza con el éxodo, la salida hacia la libertad. Comienza, pues, con la iniciativa de Dios en favor de su pueblo. Así lo entendió Israel desde un principio, y en este sentido trató de construir y de interpretar su historia. Es la imagen que nos presenta sucintamente en la primera lectura el autor sagrado. La lección del pasado debe pesar siempre, para permanecer fieles a la Palabra de Dios. De ello depende su futuro. Un futuro único y envidiable, ser una nación santa, un pueblo de sacerdotes, el preferido del Señor. Ese pueblo cobrará nuevo impulso en la Iglesia. La historia de la Iglesia también comienza con la iniciativa de Dios, con la liberación de la humanidad gracias a la muerte y resurrección de Jesús, el hijo de Dios. La iniciativa de Dios es siempre la que va abriendo camino a la libertad y al futuro de la humanidad, en el horizonte del Reino de los Cielos.

Es gracia de Dios. En ambos casos, el comienzo de la historia del pueblo de Dios y el principio de la historia de la Iglesia, nuevo pueblo de Dios, la iniciativa es gracia de Dios que se compadece de la miseria humana. En el primer caso, el Señor se compadece del pueblo esclavizado por los egipcios. En el segundo, como nos recuerda Pablo, en la segunda lectura, el Señor se compadece de nosotros cuando estábamos sin fuerzas, cuando estábamos esclavizados por el pecado. Desde el principio, y ya en el principio con Adán y Eva, Dios siente piedad por el hombre, creado a su imagen y semejanza, pero distanciados por el pecado. Y lo que fuera imagen y anticipo en el pueblo de Israel, se

cumple y realiza con carácter universal llegado el momento, la plenitud de los tiempos. La intervención de Dios en la historia se consolida y cobra cuerpo en la encarnación. Por la gracia de Dios hemos sido salvados. Y ésta es la prueba de que Dios nos ama. Porque el amor es gracia, puro amor de Dios, pura iniciativa de Dios... para con el hombre pecador.

El evangelio de la gracia. El evangelio de este domingo nos invita a considerar esta graciosa intervención de Dios en el contexto de nuestro tiempo. En aquel tiempo, hemos leído, Jesús sintió lástima de la gente, porque andaba desorientada y dispersa, como ovejas sin pastor. En nuestro tiempo, aquí y ahora, Jesús sigue preocupado por la desorientación y dispersión de los seres humanos, divididos, enfrentados, como ovejas sin pastor. Porque, la verdad es que se echa en falta el pastor, la autoridad, los derechos humanos, la justicia.

Los males que nos afligen, los problemas que acusamos, el hambre y la pobreza, el terrorismo y la violencia, la desigualdad y la injusticia denotan la insuficiencia del orden creado por los seres humanos. Las deficiencias del orden internacional sacan a flote las internas de las naciones, y éstas, a su vez, afloran en el ser humano. El individualismo, el egoísmo, la explotación, el todo vale, el pasotismo, la indiferencia, cuando no el desprecio de los demás, delatan el mal del mundo. Hay mucho que hacer, faltan obreros para la mies, y hay urgencia, porque la cosecha no puede esperar.

La gracia universal del Evangelio. La misión que Jesús encomienda a su Iglesia es una misión al mundo. El mundo, es decir, todos los seres humanos sin distinción, son el destinatario de la acción de la Iglesia. Hermosamente lo reconoció el Concilio, al asumir como propias "los gozos y esperanzas, las tristezas y angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo, de los pobres y de cuantos sufren...". Esa misión es, en primer lugar, una misión de esperanza, porque hay que levantar el ánimo de los que se sienten abrumados por la grandeza de los problemas, y de los que se sienten incapaces de poner remedio a tanta injusticia. La cercanía del Reino de Dios es la convicción y garantía de que es posible la paz y el bienestar en el mundo, de que es posible la justicia sobre la que asentarla, y de que es posible la solidaridad para construirla paso a paso, sin dar marcha atrás. Pero hay que poner también manos a la obra. Hay que curar las enfermedades, haciendo que la sa-

nidad llegue a todos los rincones. Hay que arrojar demonios, conjurando ideologías y prejuicios, para hacer posible el entendimiento entre todos. Hay que resucitar a los muertos y devolver a la humanidad el gusto, el sentido y la apuesta por la vida y la esperanza. Y hay que darlo gratis a todos. El voluntariado sigue siendo la vocación universal. Y la rectitud de intención de los creyentes que saben dar su vida por los pobres, como el asesinado Arzobispo de Cali en Colombia.

La mies es mucha. ¿Qué significa eso hoy para nosotros?
¿Cuáles son las tareas más urgentes en el mundo? ¿Y en la Iglesia?

¿Qué significa "iglesia de los pobres"? ¿Sólo una dedicación especial a los problemas de los pobres? ¿Solidaridad con los pobres? ¿Cómo?

¿Gratuidad, neutralidad? ¿Gratuidad, dedicación? ¿Gratuidad, voluntariado? ¿Gratuidad, vocación?

Testigos de Jesús

Primera lectura: Jeremías 20,10-13

Segunda lectura: Romanos 5,12-15

Evangelio: Mateo 10,26-33

Jesús, conmovido por tanto sufrimiento y miseria, llama a los Doce a compartir su amor y su misión: anunciar la Buena Noticia y curar y echar los demonios. Pero Jesús es consciente de que compartir su misión conlleva la oposición del mundo: la cruz. Por eso, les advierte que serán perseguidos, pero les da ánimo, les exhorta a la confianza en el Padre, que vela por ellos, les cuida y ayuda.

Oposición a la misión. Un problema siempre difícil es cómo armonizar la presencia amorosa de Dios Padre con la dura realidad. Ésta fue la experiencia de Jeremías, la de Jesús y la de sus seguidores. En sus angustiosas confesiones Jeremías nos refleja un dolor intenso, se siente humillado, perseguido, sospechoso, espiado por sus enemigos, abandonado por sus amigos y familiares. Pero, en medio de la noche oscura de la desolación, divisa un rayo de luz y de consuelo: *“El Señor está conmigo”*. Por eso, se niega a defenderse, a justificarse. Ha confiado su causa a Dios. También en el discurso misionero Jesús presenta una condición del apóstol, que en muchos aspectos se parece a la de Jeremías. Jesús no esconde a los suyos la incomodidad de la misión. Acaba de decir a sus discípulos que los envía "como ovejas en medio de lobos", y que recibirán ataques por todas partes. Son las instituciones de este mundo las que se van a oponer. No faltarán los conflictos, como no le faltaron al mismo Jesús: "Un discípulo no es más que su maestro". El conflicto surge del nuevo orden, que, al imponer la necesidad de que este mundo ha de cambiar, choca inevitablemente con la oposición violenta de sus jefes y de sus partidarios.

El profeta perseguido. El mundo no tolera un mensaje que pone en cuestión sus fundamentos. En medio de una sociedad claramente egoísta, organizada a beneficio de una minoría y a costa de una mayoría, todo intento de realizar las propuestas del mensaje de Jesús, la pretensión de crear un mundo fraterno e igual en dignidad, provocará oposición de los que disfrutan las ventajas del sistema injusto y recibirán todo tipo de acusaciones, de amenazas e incluso la persecución. La causa de Jesús es que haya vida abundante para todos y cada uno. Por eso, Jesús defendió la vida de los que la tienen más amenazada y más pisoteada, lo que le llevó inevitablemente al enfrentamiento con los enemigos de la vida. Defender la vida integral de todos hoy lleva al conflicto, ya que en las actuales circunstancias implica oponerse y enfrentarse a todos los que cometen tantas y tantas agresiones contra la vida, ya sean poderes económicos, políticos y los incontables agentes del terrorismo, que pululan por todas partes; pero los más peligrosos y funestos son aquellos que van contra la vida con caricatura de defensores del orden, la paz y la seguridad o con ropaje religioso.

No les tengáis miedo. Ante la amenaza de la sociedad no hay que amedrentarse y dejarse llevar por el miedo. La persecución para Jesús tiene un aspecto favorable: "Dichosos los que viven perseguidos por su fidelidad, pues esos tienen a Dios por Rey". La persecución, aunque a simple vista constituye un obstáculo a la actividad evangelizadora, muestra la autenticidad de la praxis y del mensaje de la comunidad, y tiene la solicitud del Padre. Por eso los cristianos no deben desanimarse si son perseguidos; pues, en medio de la oposición y rechazo Jesús no los va a dejar solos; ni tampoco el Padre, que en medio de esos conflictos mantendrá su promesa de felicidad para los que hayan tomado la decisión de poner en práctica su mensaje: "Estad alegres y contentos, que grande es la recompensa que Dios os da". Porque, si para Dios son importantes todas las criaturas del mundo, ¡cuánto más lo serán los que intentan vivir como hijos suyos y como hermanos! Y si están defendidos por el Padre, ¿qué miedo van a poder dar los señores de la muerte? Hay que perder el miedo. No porque seamos más valientes que nadie; sí porque sabemos en qué manos estamos. Es verdad que nunca dice Jesús que la actitud de los suyos deba ser buscar el conflicto. El conflicto no es bueno, no hace feliz a nadie y siempre que se pueda habrá que evitarlo; es una desgracia, es señal de la presencia todavía del pecado en la historia. Pero sin abandonar la fidelidad al mensaje encomendado. Porque el peligro en el que se puede caer, aun con la intención de evi-

tar el conflicto, es callar algo que se tenía que decir para no molestar o, lo que sería peor, limar el mensaje de Jesús para tener contentos a todos. No se puede esperar una reacción diferente de la sociedad injusta ante el mensaje evangélico que socava sus cimientos. Decir a los ricos y poderosos que Dios no está de su parte, sino que los preferidos son los pobres, los débiles y desvalidos; decir que todos somos iguales y que Dios quiere un mundo así: fraterno y sin privilegios; decir que Dios no está con los que hacen la guerra, preparan o negocian con las armas, sino con los que buscan y luchan por una paz justa; decir todo esto, sin duda trae conflicto, resistencia, persecución, no porque se busque el conflicto, sino, al revés, porque se busca eliminar las raíces del conflicto.

¿Existe en la actualidad la persecución de los profetas? Presenta algún caso.

Hoy la Iglesia es criticada, por bastantes rechazada, ¿crees que lo es por su fidelidad al Evangelio?

¿Crees que en la misma Iglesia también se persigue a los profetas? Presenta algún caso que conozcas.

Seducidos por el Crucificado

Primera lectura: 2 Reyes 4,8-11.14-16a

Segunda lectura: Romanos 6,3-4.8-11

Evangelio: Mateo 10,37-42

El texto evangélico que nos ofrece hoy la liturgia es la parte conclusiva del discurso misionero. Contiene dos ideas: la "abnegación", que implica el seguimiento de Cristo, y la hospitalidad.

Jesús entendía poco de propaganda. Los políticos, los demagogos, las firmas comerciales, todos halagan, prodigan elogios y grandes promesas: menos horas de trabajo, subida de pensiones, empleo, mejora del nivel de vida, etc.; promesas que los hechos después se encargan de desmentir. Esta falta de coherencia ha provocado la experiencia triste de la gran crisis de credibilidad y una gran desconfianza. Y una sociedad, donde queda minada seriamente la confianza mutua, es una sociedad muy herida y enferma. Jesús, en cambio, es verdadero, auténtico, no engaña, es realista y coherente; por eso, es digno de crédito y de confianza. No le preocupa, ni busca su prestigio, ni su gloria, su gran causa es el bien del hombre, porque ésta es la causa de su Padre, que sabe dar cosas buenas a sus hijos; que hace salir el sol para todos sin excepción alguna. Pero Jesús sabe que la luz hace daño a los ojos enfermos, por eso la rechazarán. Jesús es la verdad, pero la verdad no interesa a quienes quieren vivir en la mentira y en el engaño; por eso intentarían tenerla oculta o eliminarla. Jesús es la paz, pero su paz entrará en conflicto con la paz que desea el mundo; pues la paz que quiere Jesús y proclama es una paz basada en la verdad, en la justicia, en la libertad y en el perdón. La paz, que ofrece el mundo, es una paz que compromete la verdad y oculta la injusticia. Ésta es la razón por la que dos versículos anteriores al texto que hemos escuchado expresen dicho conflicto: "No

creáis que he venido a traer paz al mundo. ¡No he uenido traer paz, sino guerra!". La causa de Jesús: el Reino de Dios, suscitará una tremenda oposición por parte del mundo hasta tal punto que lo llevarán a la cruz. Jesús lo sabe y quiere que sepan sus seguidores el riesgo de seguirle. Por eso, Jesús entendía poco de propaganda, pero mucho de amor.

La grandeza del don. La radicalidad de la exigencia del compromiso y la renuncia a todo, incluso a la propia vida, es manifestación de la grandeza del don por el que se opta; es como el tesoro escondido que, encontrado, uno vende todo lo que tiene para comprarlo. Desde la grandeza del don ya no se trata de renuncia, sino de ganancia; no se pierde, sino que se gana el ciento por uno. La grandiosidad del don, tan inimaginable que es difícil de creer, y que encarna, revela y ofrece Jesús, es Dios mismo. Don que supone renunciar a todo; pero la renuncia no es fruto de un maniqueísmo de la realidad, sino de una elección, o Dios o el dinero. La cruz de la que nos habla Jesús es consecuencia de una situación conflictiva provocada por su vida entregada para liberar al hombre de los poderes de la muerte. Esta cruz que se la pondrán los otros, precisamente porque se solidariza con los excluidos y lucha por bajar de la cruz a los crucificados. La cruz de Cristo es encarnación y manifestación del amor entrañable de Dios al hombre, que en la cruz alcanza su máxima realización. Lo que salva a la humanidad no es el sufrimiento, ni un perfeccionismo de tipo ascético, sino el amor de Dios crucificado. El discípulo que sigue las huellas de Jesús se encontrará con el mismo riesgo.

La seducción del crucificado. El entrar en el camino de la sabiduría de la cruz no se consigue con el propio esfuerzo; eso no se conquista, es un "don" al que uno accede por el camino de la seducción. Hay dos grandes seducciones: una, en la que la mayor parte de los hombres caemos, y es la seducción del dinero. De esta seducción no podemos escapar, si no hay otra mucho más fuerte, y ésta otra es la seducción del amor de Dios. Por eso, el camino de la cruz sólo lo pisan los pies de aquellos que han sido seducidos por el crucificado. Los maestros que nos pueden ayudar a aproximarnos a esta experiencia de la seducción del Crucificado, no son tanto los exégetas, ni los teólogos, cuanto los santos y los místicos. Escuchemos el testimonio de Carlos de Foucauld:

"Qué pronto se hace pobre aquel que ama. "Frase que puede ser traducida del siguiente modo: "Qué pronto se hace pobre aquel que se sien-

te amado por Jesús". De modo parecido se expresa Pablo: *"Todo me parece una pérdida y lo considero basura con tal de ganar a Cristo"*. Por tanto, aquel que se siente amado entrañablemente por el Padre, empieza a descubrir que ahí está su verdadero tesoro. Esto explica que la seducción del Crucificado lleva consigo una inmensa alegría, y esa inmensa alegría lleva a renunciar a todo. Este lanzarse por la travesía de la renuncia total, hasta entregar la vida, sólo es posible desde la contemplación y la adoración. Sin la adoración, sin la acción de gracias y la alabanza por el amor incomprensible de un Dios crucificado, no es posible el camino de la cruz. De este modo la renuncia total se convierte en un acto de culto a Dios, el único bien absoluto, y en una seria crítica profética a los ídolos que crean las cruces de los hombres: el poder, la riqueza, el éxito, y se anuncia el camino que da la vida auténtica y libera: el amor que lleva a entregar la vida por los otros.

¿Suele suceder que para ser más eficaces se somete el mensaje evangélico a los mecanismos de la sociedad tecnológica, con el riesgo de olvidar que no se puede servir a dos señores: Dios y el dinero? Presenta algún hecho.

¿Cómo se suele presentar la cruz? ¿La rechazamos?

¿Conoces alguna persona que se ha dejado seducir por el Crucificado?

¡Gracias, Padre!

Primera lectura: Zacarías 9,9-10

Segunda lectura: Romanos 8,9.11-13

Evangelio: Mateo 11,25-30

La misión. Los dos evangelistas, Lucas y Mateo, que incluyen este texto en su relato, lo hacen en un contexto de envío a la misión de anunciar la Buena Noticia, de las condiciones para realizarla correctamente y de las dificultades que van a encontrar en la misma los enviados. La acción de gracias al Padre, pronunciada por Jesús, incluye tanto los maravillosos resultados: "has revelado a los sencillos y has ocultado a los sabios y entendidos", como la constatación de las dificultades. "Venid a mí los que estáis cansados y agobiados" (Cfr. Mt 9,36).

En este contexto de misión, el evangelista Mateo da un paso más: el sujeto de la misión es el Hijo que la ha recibido del Padre. Jesús es quien nos va haciendo partícipes de la misma, descubriéndonos su contenido: revelar quién es el Padre y cuánto ama a sus hijos y a sus hijas; especialmente a los que viven como hermanos y sirven a los más desfavorecidos.

Esta misión conlleva cansancio, porque es trabajosa y llena de dificultades; y agobio, porque no siempre se ven los frutos.

Él va delante. Jesús ha tomado la opción de ponerse por delante para conducir (= educar) al encuentro con el Dios de la vida y nada se lo impedirá: ni su familia que lo tendrá por loco; ni el encarcelamiento de Juan Bautista por meterse con el poderoso Herodes; ni la negativa a admitir el cambio que propugna con los signos en las ciudades de Corzaín y Betsaida; ni la falsa paz que elude los conflictos generacionales. Jesús quiere que los que Él ha elegido, los doce, pasen por la misma experiencia: que anuncien el mensaje a todos: a los que escuchan y a los

que no escuchan; y que vuelvan a celebrar la acción de Dios en las personas y a aliviar el peso de la misión. Pero, ¿de qué agobios y de qué descanso habla el evangelio?

Nuestros agobios. Desde luego no se trata de los agobios individualistas que son provocados por el sistema en que nos movemos las personas con la barriga llena, las espaldas cubiertas y el riñón forrado. Aquello de salud, dinero y amor que decía la canción.

Son los dolores y sufrimientos de una humanidad esclavizada por el desarrollo técnico y material que provoca grandes desigualdades y se olvida y pone trabas al desarrollo de las personas, de *todas* las personas. Menos mal que podemos ver y producir señales de esperanza: nuevos movimientos sociales, colectivos que proponen y viven alternativas al actual sistema, manifestaciones y foros anti-globalización llenos de gente joven... Son pequeños, sí, y no se les da mucha publicidad, pero son signo de que la vida, la libertad y la creatividad nunca se detienen.

Los agobios de **la** Iglesia. En medio de todo esto el discurso de la Iglesia en los últimos años es bastante derrotista: "el hombre se ha alejado de Dios". Pero, ¿no será más bien que la Iglesia se ha alejado de los hombres? A veces da la impresión de que lo único que nos preocupa es mantenernos como organización mayoritaria y que nuestro discurso sea escuchado y obedecido por todas las personas. En lo único que deberíamos destacar es en nuestra confianza en el Dios de la vida, que siempre está pendiente de todas sus criaturas, y en mostrarlo a todos con un estilo de vida austero y sencillo y con unas opciones claras y significativas por la causa de los empobrecidos de la tierra.

Los agobios de Jesús. Así, aunque tengamos que sostener una mínima organización, sobre todo para discernir las llamadas del Espíritu (2ª lectura) y las llamadas de los pequeños (1ª lectura) que destruyen la soberbia de los poderosos y las obras que conducen a la muerte. En su tiempo, Jesús también vivió "agobiado", rodeado de gente que le pedía signos y prodigios, no tenía tiempo ni para comer. En ocasiones se sintió fracasado y solo y, otras veces, tuvo que escapar de las multitudes porque querían hacerlo su líder.

Pero él siempre desarrolló un criterio de discernimiento: Cumplir la voluntad del Padre y mantenerse atento a las situaciones de opresión que vivían las personas de su tiempo. Jesús disfrutaba con los sencillos

de las cosas cotidianas; les daba responsabilidades, les ayudaba a descubrir el verdadero rostro de Dios, el de Abbá, y les invitaba a mirar a las personas como hermanas acercándose a ellas en cualquiera de sus necesidades.

Les exhortaba: "No os preocupéis por qué vais a comer o con qué os vais a vestir; vuestro Padre sabe que necesitáis todo eso. Vosotros preocupaos por el Reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se os dará por añadidura".

"Cumplir la voluntad de Dios." ¿Dedicamos tiempo y creamos espacios en la Iglesia para discernirla?

¿Qué lugar ocupan en este discernimiento las graves situaciones humanas y las personas que las sufren?

¿"El Reino de Dios y su justicia" ¿es prioritario en la vida y acción de nuestra comunidad parroquial; religiosa; familiar; etc.?

Tierra buena

Primera lectura: Isaías 55,10-11

Segunda lectura: Romanos 8,18-23

Evangelio: Mateo 13,1-23

"Lo sembrado al borde del camino." El camino no está destinado a acoger la semilla, sino a que pase la gente por él. Hay caminos asfaltados como hay corazones asfaltados. Juegan un gran papel en la vida de los hombres. Suelen tener nombres y conviene conocerlos si uno quiere ir a alguna parte. Hay mucha gente a la que hay que conocer -como los caminos- si uno quiere ir a alguna parte. Ocupan posiciones clave, son influyentes. Nadie va a reprochar a una persona el hecho de que sea influyente. Y nadie va a reprochar a un camino que sea firme. ¡Todo lo contrario! Pero lo que por una parte es una ventaja puede ser un inconveniente por otra. Una semilla no prospera en un camino firme y muy transitado.

Quien sólo es un camino por el que pasa mucha gente y en el que no se da un momento de tranquilidad, difícilmente podrá crecer en él la semilla divina. Quien diariamente no puede ser campo al menos un cuarto de hora no dará fruto. Los famosos de este mundo, cuyos nombres son conocidos por todos porque son personas-camino, a menudo son pobre gente. Pero no pensemos sólo en los grandes con nombres conocidos. También se refiere a nosotros, gente corriente. La imagen de los pájaros que picotean nos lleva a otras fuerzas que destruyen la semilla e impiden que germine. Cada uno puede decir cuáles son estas fuerzas, si está dispuesto a examinarse implacablemente ante los ojos de Jesús. En cada uno de nosotros anidan unos pensamientos que quieren dominar nuestro corazón. Pienso en nuestro orgullo, en todo lo relacionado con el sexo, o con nuestro afán de poder. No podemos impedir que los pájaros revoloteen alrededor de nuestra cabeza, pero tenemos que evitar que construyan un nido en ella.

"Lo sembrado en terreno pedregoso." Parece que aquí la situación es mejor. Hay una pequeña capa de tierra en la que germina la semilla. Sin embargo, las piedras no acogen la semilla. Esto sucede cuando no se trata del mismo Cristo sino de un entusiasmo superficial, de un charrón sagrado, de la belleza de una liturgia, de un determinado autor o predicador, de tradiciones religiosas o incluso de razones políticas. Todo esto está bien, pero no es el mismo Cristo. No hay nada más lamentable que esos cristianos que están salpicados con mil granos de semilla y en cuya vida no hay profundidad ni raíces. Son débiles; por eso caen en cuanto se levanta una tormenta. Se secaron, dice el Señor, no por causa del calor, sino por no tener raíces.

"Lo sembrado entre zarzas." Son personas en cuyo suelo crecen además otras cosas distintas de la semilla de la Palabra de Dios. Y esto nos pasa a todos. Cuando no podemos creer hay en el trasfondo de nuestra vida algo que no está en orden. A este trasfondo se refiere Jesús cuando habla de los afanes de la vida y la seducción de las riquezas. Hay determinadas cosas de las que no estoy dispuesto a liberarme, y estas ataduras enturbian mi vista. Cada uno tiene un precio por el cual estaría dispuesto o casi dispuesto a vender su alma.

"Lo sembrado en tierra buena." Con todo esto hemos mostrado ya, como en un negativo fotográfico, en qué consiste la tierra buena que dará ciento por uno. Se trata de las personas que no sólo oyen la palabra, sino que la conservan en su corazón y dan fruto perseverando. Oír es fácil, pero conservar la palabra y contar con ella es la gran prueba. Nunca me aclararé con Dios, ni nunca tendré paz, si sólo oigo y oigo y sobre ello reflexiono y reflexiono. Hay que obedecer a Dios si se le quiere comprender. Dios sólo se deja conocer en el compromiso. Sobre Dios sólo se puede pensar de rodillas.

Tarea emocionante. No se trata aquí de determinados tipos y clases de personas. Más bien, cada uno lleva dentro las cuatro clases de campo. Hay determinadas épocas en nuestra vida, hay también determinados estratos de nuestro ser en que todo está mezclado: personas-camino, gente pedregosa, portadores de zarzas y tierra fecunda. Hemos de examinar qué pájaros, qué superficialidad, qué zarzas en mi vida impiden el crecimiento de la Palabra de Dios. Tampoco se trata sólo de un análisis. Jesús nos invita a trabajar: procura que la semilla no caiga en el camino, mira si la capa de tierra es muy delgada, limpia las zarzas.

Esto no es fácil y supone renunciar a muchas cosas; pero quien no lucha no alcanzará la corona. El Reino de Dios sólo se alcanza con violencia. ¡Ser cristiano, una tarea emocionante para toda la vida!

¿Dedico a Dios un espacio diario de tranquilidad?

¿Medito la Palabra de Dios, es decir, le doy vueltas en mi corazón, pienso sobre ella y la refiero a mi vida?

¿Soy sincero conmigo mismo para reconocer en mí las fuerzas que ponen en peligro el fruto de la Palabra de Dios?

Humano, paciente, misericordioso, compasivo

Primera lectura: Sabiduría 12,13.16-19

Segunda lectura: Romanos 8,26-27

Evangelio: Mateo 13,24-43

El proyecto de vida de Dios para este mundo. El domingo pasado iniciábamos la lectura del capítulo 13 del evangelio de Mateo, que nos presentaba a Jesús a la orilla del mar, subido en una barca, hablando en parábolas a la multitud congregada para escuchar sus palabras. Hasta siete parábolas se leen a lo largo de estos tres domingos. El tema de todas ellas es el Reino de los cielos, el Reino de Dios, el proyecto de vida que Dios tiene para este mundo y para la humanidad. El proyecto del Padre fue el gran amor de Jesús, y debe ser también el nuestro.

La gran tentación del ser humano. En el texto evangélico de hoy leemos tres de estas parábolas: la del trigo y la cizaña, la del grano de mostaza y la de la levadura. La primera de las tres es la más extensa, y viene acompañada por la explicación que de ella hace el propio Jesús. La parábola del trigo y la cizaña parece como escrita para hoy. Porque estamos asistiendo a tiempos de radicalismo ideológico, a la afirmación con violencia del "pensamiento único", o de un único pensamiento. No se puede pensar de manera distinta a como piensan quienes han decidido, desde su puesto de mando mundial, qué es trigo y qué es cizaña, y se han propuesto, frente al mandato divino, arrancar de raíz lo que ellos consideran cizaña. Es la gran tentación que se le ofrece al ser humano desde Adán y Eva: tener la decisión sobre el bien y el mal, trazar la línea del mal, para, en un paso posterior e inmediato, acabar con eso que ha sido declarado malo. Usurpan quienes así obran el lugar de Dios y toman decisiones últimas y graves que sólo a Dios pertenecen. Sólo de Dios son la vida y el juicio último.

El justo debe ser humano. Este juicio divino está hecho de moderación, de paciencia y de gran indulgencia. Lo que más llama la atención en la parábola, lo que más nos sorprende en ella, es la reacción del amo del campo: *"Dejadlos crecer juntos hasta la siega"*. Y a la hora de la siega será él quien tome la decisión definitiva, que sólo a él corresponde. Hasta ese día, trigo y cizaña crecerán juntos, y muchas veces no será fácil distinguirlos. Sólo Dios conoce bien su campo. Esta manera de ser y de obrar de Dios, a la que nosotros mismos somos llamados, ha sido recogida en las bellísimas palabras que hemos escuchado en la primera lectura. En el pecado, Dios da lugar al arrepentimiento y abre a sus hijos pecadores a la dulce esperanza del perdón. *"Obrando así, enseñaste a tu pueblo que el justo debe ser humano"*. Estas palabras del libro de la Sabiduría deberían ser grabadas a fuego en nuestros corazones, en el Preámbulo de todas las Constituciones y Leyes humanas, y en el obrar de todos, especialmente en aquellos que tienen alguna forma de poder y de decisión en las estructuras de nuestra sociedad, en todos sus ámbitos, también en la Iglesia.

El poder de Dios no se construye sobre el miedo, sino sobre el amor. En el capítulo anterior al hoy leído, el libro de la Sabiduría aplica a Dios estas palabras: "Te compadeces de todos, porque todo lo puedes; cierras los ojos a los pecados de los hombres, para que se arrepientan. Amas a todos los seres y no odias nada de lo que has hecho; si hubieras odiado alguna cosa, no la habrías creado" (Sabiduría 11,23-24). El poder de Dios no se construye sobre el miedo de su criatura. Antes bien, "el amor hecha fuera el temor" (1 Juan 4,19), porque Dios es amor. Dios muestra la grandeza y calidad de su poder en la compasión, en la misericordia y el perdón. Así debemos actuar los cristianos en un mundo que busca cómo dominar, y que lo hace oprimiendo a los pobres y pequeños. "No sea así entre vosotros", dice Jesús a los suyos.

El Reino de Dios está en lo pequeño. La parábola del grano de mostaza nos ofrece una imagen del Reino en la que contrasta su inicio pequeño, casi insignificante, y la plenitud de posibilidades que ese inicio pequeño lleva en su semilla. El Reino de Dios estallará y estalla cada día de forma esplendorosa, aunque su apariencia sea pequeña. El Reino de Dios está en lo pequeño. Lo que parece poco importante para la historia humana, es asumido por Dios como Historia de Salvación. Se puede trabajar por el Reino con ánimo esperanzado. Merece la pena ponerse a la tarea.

Los cristianos en el mundo. La parábola de la levadura, tan breve en su exposición, es tan profunda como el signo con que se expresa: como la levadura han de ser los cristianos en el mundo. Como quienes tienen capacidad y humildad para transformar la convivencia humana desde dentro, desapareciendo en ella, desde el fondo, "perdiéndose" en la masa, para que todo fermente.

Otro signo muy pequeño. Un trocito de pan que vamos a ofrecer, y que luego comulgaremos, encierra todo el misterio de un Dios que se hace alimento y se acerca hasta nosotros para darnos su propia vida y transformar la nuestra.

¿Es la construcción del Reino de Dios el gran amor de mi vida?

¿Caigo en la tentación de arrancar de mi vida a quienes no piensan como yo?

¿Soy humano, paciente, compasivo y misericordioso, también conmigo mismo?

Una Iglesia que sepa escuchar

Primera lectura: 1 Reyes 3,5.7-12

Segunda lectura: Romanos 8,28-30

Evangelio: Mateo 13,44-52

Un corazón que sepa escuchar. Salomón ha heredado aquel gran reino que supo crear su padre, David, y está, como tantos que acceden al poder por primera vez, sin saber qué hacer. *"Yo soy un muchacho y no sé desenvolverse"*. En esta situación el Señor le dice en sueños: *"Pídeme lo que quieras"*. Aquí podía haber hecho rebosar la copa de los deseos: salud y vida larga, paz y prosperidad para Israel y victoria sobre los enemigos, grandes riquezas. ¿Qué va a pedir Salomón? *"Dame, Señor, un corazón que sepa escuchar para gobernar a tu pueblo, para discernir entre el bien y el mal."* A veces, a los traductores les parece eso de "un corazón que sepa escuchar" un poco insulso y tratan de arreglarlo poniendo en su lugar un corazón inteligente, sabio, atento (la traducción litúrgica dice: un corazón dócil).

Al Señor le agradó la petición de Salomón y le concedió lo que había pedido y le dio un corazón sabio e inteligente. Parece, por tanto, en la lógica del texto que un corazón que sepa escuchar es un corazón sabio e inteligente. Si queremos llegar a tener un corazón sabio e inteligente nos es preciso tener antes ese corazón que escucha.

Este pasaje sobre un corazón que escucha, como cualidad del gobernante, no es un pasaje aislado en la Biblia. En el Eclesiastés se dice: *"Más vale mozo pobre y hábil que un rey viejo que ya no sabe escuchar"* (Ecl 4,13) Un rey, que ya no sabe escuchar, ha perdido la sustancia de la realeza. Es un desustanciado.

Escuchar a Dios. Todo el Antiguo Testamento está jalonado de este grito de atención que se repite incesantemente: *"Escucha, Israel"*, el

conocido "Shema" (así denominado por la primera palabra hebrea de Dt 6,4: Escucha), que desde finales del siglo primero de nuestra era no ha dejado de rezarse mañana y tarde por los judíos observantes. "Escucha, Israel, el Señor nuestro Dios es solamente uno. Amarás al Señor, tu Dios, con todo el corazón, con toda el alma, con todas las fuerzas. Las palabras que hoy te digo quedarán en tu memoria, se las inculcarás a tus hijos y hablarás de ellas estando en casa y yendo de camino, acostado y levantado" (Dt 6,3-7).

Estamos invitados a la escucha. En unos tiempos en que la Palabra de Dios era algo raro, se va a hacer oír de nuevo. El pequeño Samuel en el templo la va a oír y personifica la actitud ante la llamada: "Habla, Señor, que tu siervo te escucha" (1Sam 3,1ss.).

Cuando Lucas quiere presentarnos un catecismo de la espiritualidad cristiana no lo hace en nuestro estilo occidental plagado de palabras abstractas. No; nos presenta tres figuras, modelos para el cristiano: el buen samaritano (Lc 10,30-37), María, la hermana de Marta (Lc 10,38-42) y el amigo importuno (Lc 11,5-13). Ése es el cristiano, el que tiene un amor sin fronteras y que tiene por prójimo a todo el que lo necesita; el que, como María, se sienta a los pies de Jesús y escucha su palabra; el que pide con la confianza de que será escuchado.

Sentarse a los pies de Jesús y escuchar su palabra. Actitud vital del discípulo de Cristo. Todos los evangelistas hablan de la escucha. Me he fijado de modo especial en Lucas. Al final de la parábola del sembrador nos ofrece, de nuevo, una descripción del cristiano. "Lo que cayó en buena tierra son los que, después de haber escuchado la palabra, la conservan en su corazón noble y bueno y producen fruto con constancia" (Lc 8,15).

Escuchar al hermano. Escuchar es una forma del amor. El apóstol san Juan afirma que si uno dice que ama a Dios y no ama a su hermano es un mentiroso. Del mismo modo podemos asegurar que si uno dice que escucha a Dios y no escucha a su hermano es un mentiroso. Dietrich Bonhoeffer nos acusa a los cristianos: "Muchas personas buscan un oído que les escuche, y no lo encuentran entre los cristianos, porque éstos hablan también allí donde deberían oír. Pero quien no puede ya escuchar a su hermano, pronto tampoco podrá ya escuchar a Dios... Quien no puede escuchar largo tiempo y con paciencia, hablará al otro sin entenderse y finalmente ni lo notará".

Se ha definido al pobre como aquel que escucha siempre y a quien nadie escucha. El pobre ha escuchado siempre: al maestro, a la asistente social, al capataz, al sargento, en la radio o la tele al periodista o al político. Y en su casa a su mujer. Ya él, el pobre, nadie le ha escuchado en todo el santo día. Toda una vida sin ser escuchado, eso sí que es pobreza. Una Iglesia servidora y pobre, una Iglesia que hace una opción por los pobres, habrá de imitar al hombre que escucha siempre antes de hablar.

Una indicación final: Escucharás con todo tu corazón, con todo tu ser, con toda tu alma y todas tus fuerzas, con todo tu espíritu a quien te habla.

¿Soy pronto para escuchar y lento para hablar? (Sant 1,20).

¿Me siento a los pies de Jesús para escuchar su palabra?

¿Escucho con todo mi corazón y todo mi ser?

Dadles vosotros de comer

Primera lectura: Isaías 55,1-3

Segunda lectura: Romanos 8,35.37-39

Evangelio: Mateo 14,13-21

Este pasaje de Mateo forma parte de lo que se llama "sección de los panes". Las primeras comunidades cristianas han dado una gran importancia al episodio de la multiplicación de los panes, ya que los cuatro evangelistas lo narran. Comienza el evangelio de Mateo diciendo que *"al enterarse Jesús de la muerte de Juan, el Bautista, se retiró a un lugar tranquilo para estar a solas"*. A veces necesitamos estar a solas para adquirir esa serenidad y calma que nos posibilite ver con claridad la realidad y afrontarla de un modo adecuado. Pero Jesús no encontró esa tranquilidad que buscaba, ya que la gente le siguió. Según el evangelio, ante la gente que se le acerca Jesús reproduce el "mismo modo de ser" de Dios ante el sufrimiento del pueblo de Israel en Egipto: *"Se movió a compasión"; se les estremecieron las entrañas*. En el episodio de la "multiplicación de los panes" Mateo descubre un "signo" no sólo sobre Jesús, sino también sobre la comunidad y sobre la eucaristía.

Al "comprar" Jesús opone el "dar". Ante el gravísimo problema y escándalo del hambre en el mundo, la alternativa de Jesús es una alternativa-contraste significada en los términos: *"comprar"* y *"compartir"*: Ante la falta de alimentos del pueblo, la propuesta de los discípulos era *"comprar"*. *"Comprar"* significa volver a la sociedad de la que proceden para someterse a las leyes económicas que los han mantenido en la miseria. Al *"comprar"* Jesús opone el *"dar"* y *"compartir"*. Así, Jesús toma los cinco panes y los dos peces, las únicas provisiones que tenían, pronuncia la bendición, esto es, da gracias a Dios por el pan, por lo que se reconoce que el pan es don de Dios, expresión de su generosidad y de

su amor a los hombres. Repartir el pan y los peces significa prolongar la generosidad de Dios. Cuando se libera a los bienes de la creación y del trabajo del egoísmo individualista e insolidario, de la ambición y de la codicia, sobra para satisfacer las necesidades de todos.

Mateo nos presenta a Jesús como el nuevo Moisés, como el Mesías que los hombres esperan y anhelan. La escena de la multiplicación de los panes está en relación con el Éxodo, su lugar es el desierto, donde aparece la tentación, que se inserta en la necesidad vital de saciar el hambre y que Jesús también experimentó, y que consiste en solucionarla, pero sin pensar en los demás e incluso utilizando el nombre de Dios en beneficio propio. Jesús nos da una lección de cómo superar el hambre en el mundo: es necesaria la justicia, pero no es suficiente; se precisa el amor que lleva a compartir; entonces se asegura la abundancia para todos al liberar de la esclavitud a la sociedad injusta e insolidaria. La multiplicación de los panes es la respuesta, que da Jesús, a lo que le propuso el diablo en la primera tentación: la solución al hambre de los hombres se encuentra en el gesto sencillo, al alcance de todos, de compartir los bienes de la creación.

El compartir prepara la eucaristía. La escena de la multiplicación de los panes prepara la eucaristía, que será la expresión del don total de Jesús y de los suyos. Mateo describe con estos gestos las características del éxodo de Jesús y de sus seguidores: la tierra de la esclavitud, el Egipto actual, es la sociedad dominada por las leyes económicas, que mantienen a la mayor parte de la humanidad en la miseria; su ley significada en la eucaristía es el amor manifestado en el compartir, visibilización y continuación de la generosidad de Dios, y posibilita que sobreabunden sus dones en beneficio de todos. El amor, que lleva a compartir, realiza el milagro de que los bienes de la tierra y del trabajo del hombre, símbolos de las realidades económicas, sociales, políticas y culturales, se conviertan en símbolo de justicia y del amor generoso y entrañable de Dios a favor de todos sus hijos e hijas, sin discriminación y sin privilegios. La tierra prometida significa las nuevas comunidades del Espíritu en una tierra hogar para todos. Toda la vida ha de ser eucaristía.

Comunidades iguales, libres y pobres. Esto se expresa en el gesto de "recostarse", ya que recostarse para comer era propio de los hombres libres, y era la postura para la comida pascual en recuerdo de la liberación de la esclavitud de Egipto. La multiplicación de los panes es

también una explicación del sentido de la bienaventuranza de los "*que eligen ser pobres*". Pobres son aquellos que ponen lo que tienen al servicio de los que lo necesitan. Se cumple también lo que Jesús dijo acerca de la providencia del Padre, que se realiza en la generosidad de sus hijas e hijos, imitando así la generosidad del Padre, a favor de los hermanos. Si se busca el Reino de Dios y su justicia, no hay motivo para el agobio, pensando qué vamos a comer o beber.

¿En nuestras comunidades cristianas del mundo rico, qué predomina "que vayan a comprar" o "dales de comer"? Signos.
¿Nuestras eucaristías son celebración y expresión de que no sólo se comparte la mesa, sino también bienes y vida? Signos.
¿Nuestras comunidades son iguales, libres y pobres? Signos.

En la noche y con viento contrario

Primera lectura: 1 Reyes 19,9a.11-13a

Segunda lectura: Romanos 9,1-5

Evangelio: Mateo 14,22-33

La vida creyente y sus crisis. A lo largo de toda la Sagrada Escritura podemos contemplar los encuentros y desencuentros de Dios con los hombres y mujeres creyentes. Tanto en los acontecimientos positivos de su historia como en los negativos, aparecerán momentos en los que la presencia de Dios se hace oscura para el creyente. Los que, en un principio, vieron cómo Dios bendecía el esfuerzo colectivo e iluminaba con señales claras el camino emprendido, van adentrándose en una perspectiva cada vez más individualista y preocupada por el bien propio más que por el bien común. Comienzan a elaborar un código de conducta que regule las relaciones personales y defienda los intereses de los más listos y de los más poderosos.

Las normas y las leyes van ocupando el lugar de Dios, y el mero cumplimiento de las mismas se convierte en el acto más religioso de la vida de las personas. El Dios que impulsaba la vida y el actuar de los hombres es secuestrado en un templo al que sólo se puede acudir con unas determinadas condiciones, que no todos pueden cumplir. Las lecturas de hoy nos hablan de otros lugares de encuentro con Dios: Jesús sube al "monte", Elías se esconde en una gruta, Pablo en una cruz, Pedro en la duda de poder sostenerse sobre las aguas... Y es que Dios está siempre ahí, cuando se le necesita y se le busca de verdad. No cuando, con la excusa de dirigirnos a Él, lo que buscamos son nuestros propios intereses y seguridades.

“¿Qué poca fe! ¿Por qué has dudado?” Los seguidores y las seguidoras de Jesús, si vivimos nuestra vida como salvados por la gran misericor-

dia de Dios, nunca nos sentiremos condenados. Nadie podrá hacerlo, como nos recuerda Pablo en Rom 8,38-39: "nadie podrá separarnos del amor de Dios, manifestado en Cristo Jesús, Señor nuestro". Otra cosa es la interpelación, que constantemente podemos percibir en la Palabra de Dios y en los hechos de sufrimiento y de gozo en la vida de las personas de nuestro alrededor. El Señor se hace presente en nuestro caminar para que no nos detengamos y procuremos mostrar a los demás, con las palabras y con las obras, que el Reino de Dios está en medio de nosotros.

Los gritos de dolor de los injustamente tratados, las situaciones inhumanas que se producen en muchos rincones de nuestro planeta y todas las personas que no son escuchadas, son llamadas constantes a nuestro plácido estado de bienestar, debidamente protegido, que no estamos dispuestos a abandonar. No nos fiamos de nadie, aunque sea alguien que vive en medio de esas "tormentas" como lo más natural del mundo, e incluso es feliz. No tiene muchas cosas, pero las que tiene las disfruta a tope y las comparte con los demás. Participa en cualquier causa que considera justa y defiende los derechos de colectivos desfavorecidos. Sueña con un mundo que nos parece imposible, tal y como están de mal las cosas; y el caso es que él vive como si ese mundo ideal ya existiera a su alrededor.

La satisfacción **espiritual**. No siempre los cristianos somos portadores de esa felicidad en la vida que los demás pueden percibir. Se dice que no hay peor agente para la evangelización que un cristiano triste; más preocupado por lo que hace, o deja de hacer, que por lo que es: una persona salvada gratuitamente por un Amor que enriquece y te hace cada vez más necesitado.

La invitación de Jesús a Pedro para que abandone la barca, en medio de la tormenta, es una llamada a poner su confianza en Él, que es capaz de enfrentarse solo a todas las dificultades que la vida va presentando. Y caminar, en medio de ellas, experimentando que nada ni nadie podrá hundirlo definitivamente.

Acabamos de escuchar que tanto Jesús, después del "éxito" de la multiplicación de los panes, como Elías, después del "fracaso" y amenaza de muerte por parte de la impía Jezabel, suben al monte (lugar de la manifestación de Dios) para experimentar la presencia y la compañía de Dios para afrontar la misión encomendada.

La Iglesia y nosotros, en ella y con ella, recibimos hoy una clara interpelación a cómo estamos desarrollando la acción misionera que Jesús nos ha encomendado: debemos procurar acompañar a los cristianos y a las cristianas en sus procesos de abandonar la seguridad de una barca (Iglesia) llena de gente, y salir a caminar por las aguas que se mueven ("Los gozos y las esperanzas de los hombres de nuestro tiempo" ES 1) y agitan a nuestro alrededor.

¿Dónde pone hoy más confianza la Iglesia?, ¿en la organización o en la misión?

La misión de los cristianos en la sociedad no está exenta de dificultades; ¿cómo las vamos superando en nuestra comunidad?

En el proceso de la experiencia creyente de cada uno necesitamos "satisfacción espiritual", ¿buscamos nuestro tiempo y nuestro espacio para experimentarla?

Una oferta abierta a todos

Primera lectura: Isaías 56,1.6-7

Segunda lectura: Romanos 11,13-15.29-32

Evangelio: Mateo 15,21-28

En un país extranjero. El texto evangélico que acabamos de proclamar ha venido precedido de una fuerte discusión de Jesús con unos fariseos y escribas venidos de Jerusalén. Jesús les ha echado en cara la vaciedad de su culto y la falsedad de sus preceptos. Prefieren las tradiciones muertas al Dios vivo. Jesús sale de allí, escapa de la cerrazón de escribas y fariseos y se va fuera de Israel. En un país extranjero, en Tiro y Sidón, va a expulsar un demonio muy malo de la hija de una mujer cananea que se lo pide con una fe grande. Es una mujer no judía, de más allá de las fronteras de Israel, de Canaán, el país de los ídolos.

Una exclusión que viene de antiguo. El evangelio de hoy pudo responder en su origen a una situación de exclusión por parte de cristianos judíos de la comunidad de Mateo hacia otros creyentes provenientes del paganismo ambiental, conversos no judíos de la primera época cristiana. Y hoy como ayer, es una oferta de salvación a los hombres y mujeres de todos los tiempos y lugares. De todos, comenzando por cuantos en este día, como nosotros, se hayan reunido en las diferentes comunidades cristianas del mundo para celebrar la memoria de Jesús, escuchar sus palabras y compartir el Pan de Vida y el pan de cada día.

Lo equivocado de las actitudes excluyentes. Para hacernos comprender lo equivocado de las actitudes excluyentes, el evangelista nos presenta a Jesús en una postura cerrada en un primer momento, negándose a escuchar la petición de la mujer. Una petición que es súplica angustiada, porque su hija está esclavizada por un espíritu malo: *"Ten compasión de*

mí, Señor." ¿Qué hace Jesús? La primera reacción que Mateo pone en boca de Jesús puede responder a la actitud de algunos de aquellos primeros seguidores suyos, que desde el judaísmo, creían que el mensaje de Jesús debía limitarse al pueblo de Israel. Pero aquella mujer extranjera sigue insistiendo y acompaña su petición con el gesto de postrarse de rodillas. Ya no se puede hacer más: "*Señor, socórreme*". Pese a lo cual parece que no es fácil hacer cambiar la postura de Jesús: "*No está bien echar a los perros el pan de los hijos*". "Perro" tiene el sentido despectivo de los judíos hacia los no judíos. Es un insulto. La mujer recoge lo duro de la expresión. Y desde esa humillación, y a pesar de ella, se atreve a seguir insistiendo. La expresión, en el texto original griego, viene suavizada por el empleo del diminutivo: tanto Jesús como la mujer no emplean la palabra "perro" (*kyon*), sino perrito (*kynarion*), matiz que no ha respetado la versión litúrgica.

Dimensión universal de la salvación. La respuesta de Jesús, que es adonde Mateo quiere conducir a su comunidad y a todos nosotros, es la alabanza de la fe de aquella mujer y el cumplimiento de lo que le pide. La salvación de Jesús ha llegado para todos, tiene una dimensión universal, no puede quedar encerrada en los límites de la geografía o de las creencias religiosas. A Jesús se le conmueven las entrañas ante todo dolor humano, y es capaz de despertar la fe en todos los lugares y situaciones del mundo, allí donde una persona se postre ante Él y le pida con fe: "Señor, ten compasión de mí". Jesús recoge y encarna la gran tradición bíblica sobre Dios: "He escuchado el clamor de mi pueblo, he oído sus lamentos, vaya bajar a liberarlos". Y la hija de aquella mujer queda curada.

Profundidad de la conversión. La dramatización de la escena relatada por Mateo es grandiosa una vez más, con una multitud de detalles que, puestos en boca de Jesús, nos hacen comprender la profundidad de la conversión a la que somos llamados: ¿Queremos despachar los problemas de los pobres con una solución fácil, como los apóstoles? ¿Nos negamos a reconocer estas situaciones como algo que nos atañe? ¿Somos capaces de detenernos para escuchar en serio los argumentos de quienes nos suplican desde una humillación sufrida? ¿Damos por fin, como Jesús, una respuesta positiva y proporcionada a la necesidad del otro? ¿O siguiendo el texto al pie de la letra damos las migajas que caen de la mesa de los amos, que somos nosotros y nuestro Primer Mundo? Ésta es la fe que Jesús está esperando de sus seguidores, y que en este caso ha

encontrado su mejor expresión en una mujer que no pertenece al pueblo de Israel. Dios suscita la fe en el corazón de todos los hombres y mujeres, de cualquier raza y religión

Eucaristía y clamor de los oprimidos. Que las ofrendas de nuestra eucaristía sean dignas del clamor de los oprimidos por el espíritu del mal, y que la comunión con Cristo eucaristía nos lleve a compartir el proceso de profunda conversión a la que el texto evangélico de hoy, en su magnífica puesta en escena, ha querido conducirnos siguiendo los pasos de Jesús.

¿Me dejo transformar por el clamor de los necesitados?

¿Se limita mi culto cristiano al cumplimiento de unos ritos?

¿Convierto mi vida siguiendo los pasos de Jesús?

¿Quién soy yo para ti?

Primera lectura: Isaías 22,19-23

Segunda lectura: Romanos 11,33-36

Evangelio: Mateo 16,13-20

"Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?" La pregunta de Jesús a sus discípulos en aquel tiempo es la pregunta de hoy nosotros, también discípulos de Jesús, cristianos. No podemos escuchar el Evangelio y seguir como si tal cosa. Cuando el Señor nos dirige la palabra, nos saca de la indistinción de la multitud, nos sale al encuentro y comienza con nosotros un diálogo de amor, pues nos habla porque quiere, porque nos quiere. Por eso no podemos encogernos de hombros, no podemos mirar hacia otra parte. Tenemos que responder, tenemos que corresponder a su interés amoroso y establecer el diálogo.

¿Qué creemos? ¿Qué decimos? ¿Cuál es nuestra respuesta? Porque creer es responder, hacerse cargo de la pregunta, entrar en responsabilidad. Nuestra respuesta, sea cual sea, no es sólo una cuestión teórica, sino práctica, vital. No se trata de grandes elucubraciones teológicas, sino, sencillamente, de cómo corresponder al amor de Dios que nos invita al diálogo y quiere contar con nosotros.

"Tú eres el Cristo." Jesús es el Cristo, Jesucristo; fue el primer credo de los primeros cristianos. Así lo expresó Pedro en nombre de los apóstoles. Así lo ha recogido la Iglesia primitiva. Así lo hemos aprendido, y lo repetimos nosotros, tal vez sin darnos cuenta de todo lo que profesamos con esa confesión. Jesús bendice a Pedro, porque ha sabido responder, siendo dócil al espíritu de Dios que se lo ha manifestado, que no la carne, ni la sangre. También nosotros recitábamos, de niños, que no somos cristianos por merecimientos, sino por la gracia de nuestro Señor Jesucristo. De manera que la fe es, en primer lugar, inspiración y

gracia, un don de Dios. Porque es el amor de Dios el que inicia el diálogo con el creyente y le capacita para creer, para corresponder con amor al amor de Dios. Nosotros confesamos, entonces, que Jesús es el Cristo, y, a su vez, Cristo nos hace ver que ya no somos lo que éramos: Ya no te llamarás Simón, te llamarás Pedro.

"Y tú eres Pedro." La fe es un don, pero es también una responsabilidad que exige de nosotros una respuesta de por vida y en la vida. Porque creer no es una teoría, un mero saber, sino un saborear, es decir, una forma de vivir y de dar sabor a la vida, a la nuestra y a la de los demás, pues tenemos que ser sal. Estamos llamados a ser el cimiento y edificación de la Iglesia, para garantizar la misión de Jesús en el mundo. La teología y la tradición de la Iglesia han visto en Pedro el primer destinatario de las palabras de Jesús, el primado, porque fue el primero en responder en nombre de todos.

Y Pedro, que escuchó las palabras de Jesús, es precisamente el que se ha servido de la misma expresión para identificarnos como cristianos, piedras vivas en la Iglesia. Nuestra fe, por tanto, nos compromete con todos los cristianos, para construir la Iglesia. Pero sin olvidar que el que edifica, el que dirige e inspira y construye la Iglesia y mediante ella el Reino de Dios, es Jesús.

La Iglesia que se asienta en la fe los creyentes, no es de los creyentes, sino de Jesús. Pero el Señor cuenta con nosotros; por eso nos pregunta, por eso nos llama a la responsabilidad. ¿Qué decir? Nuestra vida tiene la palabra.

La identidad cristiana. Nuestra identidad cristiana depende de la respuesta que demos a la pregunta de Jesús. No se trata sólo de una respuesta teórica, de palabra, como ha subrayado con excesivo celo la preocupación por la ortodoxia, sino de una responsabilidad vital, en la vida y en el mundo. La recta confesión de la fe exige su correcta profesión en la vida. Ser cristiano no consiste en recitar el credo, sino sobre todo en ponerlo en práctica, cumpliendo los mandamientos.

Nuestra respuesta a la pregunta de Jesús ha de ser como la de Pedro: Tú eres el Cristo. Así reconocemos que Dios se ha hecho hombre en Jesús, ya la vez, que en Jesús, el hombre ha sido elevado a la categoría de Dios, llamado a ser hijo de Dios, invitado al diálogo amoroso de la Trinidad. Y si con Pedro decimos "Jesucristo", como Pedro y los apóst-

coles hemos de testificar la fe con la vida, hasta dar la vida por Jesús y desvivirnos por los hermanos.

¿Cuántas cosas se dicen de Jesús? ¿Nos ayudan a creer o hieren nuestra sensibilidad o nuestras creencias?

¿Qué decimos nosotros los cristianos; los católicos; los que venimos a Misa; los que participamos en el voluntariado de la Iglesia? ¿Qué dice la gente que decimos los católicos? ¿Nos malinterpretan o damos pie para ciertos malentendidos que circulan?

¿Nos preocupa más la pureza de la fe; la pureza de intención; o el amor y la solidaridad con los excluidos y víctimas del sistema injusto?

Un camino hacia la felicidad

Primera lectura: Jeremías 20,7-9

Segunda lectura: Romanos 12,1-2

Evangelio: Mateo 16,21-27

Comienza una nueva enseñanza. Después de la confesión de Pedro, Jesús se pone a explicar a sus discípulos cuáles van a ser las consecuencias que va a tener su Mesianismo, muy distinto de lo que se esperaba y se enseñaba: *"Desde entonces empezó a explicar a sus discípulos que tenía que ir a Jerusalén y padecer allí mucho por parte de los ancianos, sumos sacerdotes y escribas, y que tenía que ser ejecutado y resucitar al tercer día"*. Ante este anuncio, Pedro comenzó a increparlo. La idea de un Mesías sufriente es para él un escándalo inadmisibles. Su concepción de Mesías está contagiada de la mentalidad triunfalista del entorno. La reacción de Jesús es dura. Le hace la misma recriminación que le había dirigido en el desierto al tentador: *"Quítate de mi vista, Satanás"*.

La muerte es inevitable. Jesús es consciente de que tenía que morir. No porque Dios lo haya dispuesto que muriera. Jesús no amó la cruz, ni Dios ama el sufrimiento, ni lo quiere para el hombre. Dios es el Dios del amor, de la Vida, de la Alegría y del Gozo. La muerte en la cruz aparece como consecuencia, dada la oposición y obcecación de los líderes religiosos e intelectuales a su Mesianismo liberador de la opresión del pueblo ejercida por el sistema. Jesús no retrocedió a su misión de amor y de servicio a favor de la vida del hombre por temor a la muerte de la cruz que le amenazaba. No sólo no se atemorizó, sino que así lo anunciaba a los discípulos, y consideró a Pedro como vicario de Satanás por querer disuadirle. El cristiano, como Jesús, puede decir: *"Busca la verdad, la justicia, el bien del hombre; la cruz ya te la pondrán"*. El seguimiento de Jesús implica dos condiciones según las enseñanzas del Maestro: *"Renegar de sí mismo y cargar con la propia cruz"*.

Renegar de sí mismo. La vida y la espiritualidad cristianas en muchos casos se han basado en una interpretación no correcta de las palabras de Jesús. Así "renegar de sí mismo" se ha entendido como refrenar, reprimir el cuerpo con sus bajos instintos, ocasión de pecado. Este sentido parece tener la siguiente oración: "Te pedimos que, evitando los placeres nocivos, pongamos los ojos en las realidades eternas". Esta petición resuena a antiguas pretensiones y recelos acerca de todo aquello que hace dichosa nuestra existencia: el gusto por la vida, el placer, la fiesta... Como si un dios aguafiestas, celoso de nuestra felicidad, estuviera reclamando siempre sacrificios y mortificaciones.

Una importante asignatura pendiente en nuestro mundo actual es la de la felicidad. Varias son las propuestas y teorías que se nos ofrecen. Según unos, la felicidad coincide con la belleza, el triunfo y el dinero. Ahí están las revistas, programas de TV, propaganda donde se nos pintan sus maravillas. Pero, ¿en realidad hacen felices a las personas? Hay otros que la buscan en la India, en el yoga o meditación transcendental; otros en la "vida natural", alimentación sana o sexualidad satisfactoria como meta exclusiva. Por otro lado, la gente feliz apenas habla del tema. Lo que les preocupa e interesa son las cosas y los problemas de los otros.

Jesús, que optó por ser feliz al estilo de su Padre y luchó por la felicidad de todos, principalmente por la felicidad de los oprimidos, marginados, desgraciados, nos hace la siguiente propuesta desconcertante: "*Renegar de sí mismo*" que significa "vivir de cara a los demás, vivir para los otros, no ser egoísta", y, por tanto, colocar en segundo plano los propios intereses, renunciar al éxito, al triunfo, tal como se entiende en nuestro mundo; en definitiva, elegir "*ser pobre*": ¡*Qué felices, qué dichosos, qué bienaventurados son los pobres!* Ésta fue la experiencia de Jesús y la de sus seguidores.

Cargar con la cruz. Es traducción de la última bienaventuranza, en la que Jesús promete la felicidad a quienes son perseguidos por ser fieles al Evangelio. Jesús con esta propuesta no está predicando la resignación. La cruz que hay que llevar es la misma que llevó Jesús. Él no se calló ante la injusticia, ni se resignó ante el dolor humano. Y por eso, lo mataron; por lo que habló, por su lucha a favor de la felicidad de los pobres, de los enfermos, los desgraciados para el mundo. Ésa fue su cruz; y ésa es la cruz que espera de sus seguidores.

Jesús no buscó el sufrimiento, no quiere que lo busquemos nosotros; pero lo que Él no hizo y no quiere que nosotros hagamos es huir cuan-

do nuestra fidelidad a favor del Evangelio se vea atacada por los nuevos letrados y poderosos de este mundo. Jesús no nos invita a sufrir, sino a amar. Que mantengamos la fidelidad en el amor es lo que nos pide, aunque nos puede acarrear la persecución de quienes viven mejor y con más privilegios. Pero Jesús no se para aquí, nos anuncia también la resurrección y se la promete a sus seguidores. El que siga las huellas del Crucificado, acabará triunfando. Por eso, "renegar de sí mismo y cargar con la cruz" no es renunciar a la vida feliz, sino optar por una felicidad más profunda y amplia para todos, la que nace de la experiencia del amor compartido.

El papel que representa Pedro, ¿crees que se está dando también ahora entre nosotros? Presenta alguna situación.

Renegar de sí mismo y cargar con la cruz, ¿qué sentido le damos en general?

La situación de Jeremías y de Jesús, ¿es propia sólo de ellos o es la normal de todo profeta? ¿Por qué?

Corrección comunitaria

Primera lectura: Ezequiel 33,7-9

Segunda lectura: Romanos 13,8-10

Evangelio: Mateo 18,15-20

Después de la enseñanza de Jesús acerca de la importancia de los pequeños en la comunidad, de tal modo que tiene palabras muy duras contra quienes *los* escandalizan, y de la parábola de la oveja perdida, se aborda la situación del hermano que ha pecado, a la luz del interés del Padre, cuya voluntad es que nadie se pierda. Se trata de un pecado contra la comunidad, un pecado que crea división, y hay que hacer todo lo *posible* para alcanzar la armonía comunitaria, recuperando al hermano que se ha extraviado. Así es como los hijos imitan la preocupación del Padre, cuya alegría es que nadie se pierda. ¿Cómo actuar?

Solidaridad. Condenamos con facilidad los males del mundo y estamos tentados de salirnos del río de la vida y sentarnos en la orilla solitaria y tranquila, contemplando el paso de las aguas turbulentas de la historia. Buscamos con facilidad un recinto puro, incontaminado para permanecer allí, huyendo de la realidad. El mensaje bíblico es otro. El Señor quiere que permanezcamos en el lugar donde la gente vive, trabaja, se afana y lucha.

El motivo es que estamos, sirva la expresión, condenados a ser solidarios o con el bien o con el mal; no podemos escaparnos. Debido a la solidaridad, todo pecado daña a la comunidad y a la humanidad. Esta solidaridad, constitutiva del ser humano, lo expresa el profeta Isaías con la frase: "*no te cierras a tu propia carne*", que se puede explicar diciendo: si te cierras y te desentiendes de tu prójimo, te cierras a ti mismo, porque el prójimo no es algo ajeno a ti, sino tu propia carne; es algo tuyo. San Pablo lo expresa con la metáfora del "cuerpo" para exhortarnos al

servicio mutuo. Pues, si un miembro enferma, todo el cuerpo se debilita; si sana, todo el cuerpo se fortalece y sana.

La corrección fraterna. Así se llama a la conducta que se debe adoptar ante el hermano que se desvía de la comunidad. Ahora bien, todas las actitudes, todos los procedimientos no valen. Por eso, el evangelista trata de iluminar la situación desde el Espíritu de Jesús, manifestado en el Sermón del Monte y en la parábola de la oveja perdida. Por consiguiente, deberán ser excluidas todas las actitudes que delatan egoísmo humano, tales como la envidia, la venganza, el enfado, así como la actitud de juzgarle. Nosotros no somos jueces de nuestros hermanos, sino que en nombre de Jesús, el buen pastor y reconciliador, nos debemos ayudar mutuamente.

Mateo nos señala estos pasos. El primer paso se ha de hacer en privado, a solas, con discreción, humildad, amabilidad, delicadeza, respeto. Se trata de salvar al hermano, no de humillarlo o reducirlo o ajustarle las cuentas. Si no hace caso, se hace en presencia de algunos testigos. Como último recurso, tan sólo cuando haya fracasado el esfuerzo de los que viven en relación más estrecha con el pecador, deberá llevarse el tema a la comunidad, la cual, en caso de obstinación, tendrá que reconocer con dolor la situación en que este hermano se ha colocado a sí mismo, un extraño para la comunidad.

Jesús habla de la comunidad como responsable máximo. No habla de decírselo a ningún responsable. Y aquí viene el problema y la perplejidad: ¿A qué comunidad? ¿A la gente que viene a misa? ¿Al consejo pastoral? ¿Habría que decirlo en una eucaristía o en una asamblea eclesial? Es la primera corrección que deberíamos hacernos mutuamente. La estructura de nuestras parroquias y de la Iglesia no se corresponde con la comunidad que Jesús pensaba y quería. Algo falla, y ¿por qué falla? La cuestión es si estamos decididos a caminar en esta dirección en radicalidad, lo que supondría sin duda tener que perder ciertos privilegios

La corrección fraterna, en su raíz no es una estrategia, sino una espiritualidad. Por eso no podemos olvidar que nuestros esfuerzos deben estar sostenidos por la oración. La corrección fraterna, hecha en nombre del Señor, es garantía de su presencia salvadora y liberadora. Al reunirse la comunidad guiada e iluminada por el Espíritu, toma conciencia de la presencia de Cristo, invisible, y de su primacía; que en Él todos

somos hermanos y que las decisiones, tomadas en nombre de Jesús, de modo responsable, no son consideradas meras medidas humanas. De aquí la enorme importancia religiosa de la corrección fraterna. De acuerdo con una tradición que permaneció viva hasta el siglo XIII podemos decir que la corrección fraterna es una especie de sacramento, si se lleva a cabo de forma espiritual, en profunda solidaridad entre quien la ofrece y quien la recibe.

¿Qué signos de solidaridad detectas tanto en el campo social como eclesial en lo que respecta a los fallos que percibimos? Las denuncias que en general se suelen hacer: ¿son reflejo del Espíritu de Jesús y del Padre o de otro espíritu? ¿De cuál? ¿Crees que nuestras comunidades son capaces de asumir esta responsabilidad evangélica? ¿A qué se debe?

Vivir la gratuidad

Primera lectura: Eclesiástico 27,30-28,7

Segunda lectura: Romanos 14,7-9

Evangelio: Mateo 18,21-35

El evangelio de Mateo, escrito en un ambiente judío, se dice que es el más eclesial; el que más tiene en cuenta la vida y la tarea de la comunidad cristiana que había surgido entre los judíos conversos. El pasaje del evangelio de este domingo está situado en el contexto de una instrucción a los discípulos, que abarca todo este capítulo. En él, Jesús establece cómo se entra a participar en su proyecto de Reino de Dios: *“Si no os hacéis como los niños no entraréis en el Reino de los Cielos. El que se haga pequeño, ése es el mayor en el Reino de los Cielos”*.

Mas allá de la ley de talión, del ojo por ojo. La aplicación rigorista de la ley ha hecho en Israel que muchas personas tropiecen (se escandalicen) y vivan al margen de la institución religiosa, con muy pocas posibilidades de alcanzar el favor de un Dios que, según decían los más importantes, premia a los cumplidores y castiga a los que no cumplen.

Resulta curioso que Jesús hable de dos o tres, reunidos en su nombre, para pedir cualquier cosa a su Padre; que otorgue premio al que dé a beber un vaso de agua al que cree en Él; que se busque la compañía de un miembro de la comunidad para corregir al hermano que te ha ofendido.

Un grupo así, tan pequeño, no tiene ninguna fuerza para imponerse a los demás. Pero sí es señal (levadura, grano de mostaza, luz que alumbraba) de otras cosas, de un estilo de vida diferente y cultiva unas relaciones fraternas entre sus miembros y una experiencia de Dios misericordioso y compasivo.

¿Cuántas veces tengo que perdonar a mi hermano? Cualquier tipo de proyecto humano que hacemos necesita cuantificación. Cuando hablamos de proyectos de Dios, y el Reino es uno de ellos, las cantidades pierden importancia.

Cuando Mateo introduce esta parábola, no está hablando del número de veces que hay que perdonar los fallos humanos, sino de la manera de vivir entre aquellos que han descubierto en sus vidas el Reino de Dios y han experimentado que ha sido por pura gracia del Padre y no por méritos propios o por haber sido fieles cumplidores de la ley.

La vida nos ha sido regalada. En la sociedad moderna nos están acostumbrando a conseguir las cosas únicamente por los méritos que cada uno aporta. Unas veces por los títulos académicos, en otras por la capacidad económica que cada uno tiene. La gratuidad está quedando relegada a los grupos sociales de carácter voluntario en los que algunas personas entregan su tiempo y su dinero a fondo perdido para proyectos solidarios y al pequeño grupo (padres e hijos) que estamos reduciendo la familia actual.

Todo esto está haciendo que resulte costoso descubrir lo que nos es regalado en la vida cotidiana y lo que nosotros vivimos gratuitamente. San Pablo nos ha dicho en la lectura de este domingo: *"Nadie vive para sí mismo y nadie muere para sí mismo"*. Él lo refiere a la muerte y a la resurrección de Cristo y lo dice para que en la comunidad cristiana nadie viva como esclavo de nadie y todos nos sintamos libres a la hora de entregar nuestra vida.

La ley nos hace esclavos. Aunque las leyes sean necesarias para regular la vida en las sociedades organizadas, su mero cumplimiento no hace que la vida de las personas progrese como vida humana. Para poder ser y vivir como personas libres, superando el mero cumplimiento de leyes y de normas, necesitamos estar abiertos a la gracia de Dios, progresar en el conocimiento del proyecto de Jesús y vivir, con la fuerza del Espíritu Santo, unas relaciones cada día más fraternas y solidarias con todas las personas.

y nuestra participación en las organizaciones sociales, que van surgiendo a nuestro alrededor, será el mejor servicio que podemos prestar a las personas que sufren las leyes injustas, a las que se las ven y se las

desean para cumplir las leyes de los poderosos y a las que se someten a ellas para no perder sus privilegios.

Cómo se vive el perdón en nuestra comunidad, ¿individual y/o comunitariamente?

¿Cómo vivimos los conflictos en nuestra Iglesia? ¿Buscamos su resolución con la participación de todos?

¿Conocemos los movimientos pacifistas y reconciliadores en nuestra sociedad?

Ciegos para la gratuidad y el regalo

Primera lectura: Isaías 55,6-9

Segunda lectura: Filipenses 1,20c-24.27a

Evangelio: Mateo 20,1-16

Nuestra mentalidad de justicia. Si a un obrero le ofrecieran un salario de mil euros por una jornada de trabajo se frotaría las manos de satisfacción y alegría. Posiblemente también se molestaría si a otro compañero que ha trabajado solamente la mitad de la jornada le pagaran mil euros. No haría sino reflejar nuestra mentalidad y nuestra concepción de justicia que durante tantos siglos hemos ido construyendo. ¿Cómo hacer para que las leyes protejan a todos, den a cada uno lo suyo y todo el mundo tenga lo necesario para llevar una vida digna?

Nos ayuda a entender la vida. No es fácil prescindir de una mentalidad de justicia precavida ante tanta experiencia de abuso. Los prepotentes, los pícaros de todos los tiempos, los astutos de cualquier lugar, los aprovechados de siempre, nos han escarmentado y por eso queremos que se combine la necesidad con los méritos.

Si los antiguos proyectaban en Dios su sed de justicia era por la contemplación continua de la escasez más absoluta junto a la superabundancia indiferente de los poderosos. Dios era la esperanza y la garantía de un sistema futuro en que los pobres verían atendidas sus llamadas.

Pero ayudaba a entender también el problema del mal y del dolor, el sufrimiento de los inocentes, víctimas de una culpa ajena a la que estaban unidos por lazos de sangre, de cultura o de comunidad religiosa. De ahí el interés en expulsar a los no legales para no atraer sobre el grupo la culpa de uno de sus miembros. De ahí la fuerza con la que ha penetrado en la conciencia humana que todavía hoy nos hace preguntarnos en el dolor: “¿por qué esto a mí?”.

A este esquema nos agarramos para intentar ver un poco de lógica y de racionalidad en un mundo que tantas veces nos desborda y nos sorprende. No queremos prescindir de una forma que se acomoda a nuestros esquemas aunque en muchas ocasiones nos incapacite para poder entenderlo desde otros esquemas distintos que también pueden darse.

Pero no a Dios. De hecho, ¿a quién se le ocurriría tratar de entender el mundo desde el amor? No entra en nuestra cabeza que el amor pueda ser una clave para comprender lo que la razón no es capaz de entender. No estamos preparados culturalmente para abrir los ojos en esta otra dirección que abre horizontes distintos. Hasta los niños a quienes se les regala un helado miran inquisitorialmente la cantidad que le ha correspondido a cada uno, y en ellos pueden más la injusticia y la falta de equidad en el reparto que el disfrute del helado recibido. También los mayores, incluso entre hermanos, al recibir la herencia de los padres, disputan por considerarse en desventaja unos con otros, en lugar de agradecer y recibir con alegría lo que a cada uno le haya podido llegar como regalo.

Nuestra actitud religiosa está todavía demasiado anclada en lo justo y lo legal. No hemos pasado aún al ámbito de lo festivo y de la gratuidad, de la gracia y la alegría, del regalo, del ámbito familiar, del sentido de Dios como Padre generoso que desborda nuestras concepciones y nos sorprende siempre con su generosidad. No hemos asumido que todos estamos invitados a la vida, que a todos se nos da mucho más de lo merecido y que toda nuestra experiencia es sólo un pequeño adelanto de cómo será Dios con nosotros al final de la jornada.

Mientras nosotros no hemos sido capaces de arreglar nuestros problemas con el sentido tan estricto que tenemos de la justicia, Él nos espera con un sentido de sorpresa que ni podemos imaginar. El salario y la herencia superarán con creces lo esperado. Llegará para todos. Ya hoy recibimos mucho más, pero seguimos creyéndonos merecedores.

¿Vemos a Dios como Juez justo o como Padre generoso?

¿Trabajo por la justicia en el mundo sin esperar una contraprestación?

¿Ayudo a despertar la esperanza de los marginados y necesitados?

¿Quién de los dos hijos?

Primera lectura: Ezequiel 18,25-28

Segunda lectura: Filipenses 2,1-11

Evangelio: Mateo 21,28-32

Enfrentamiento de Jesús con los responsables religiosos. El evangelio que hemos proclamado está situado en Jerusalén y en los últimos días de la vida de Jesús. Según el relato de Mateo, lo primero que Jesús hace después de su entrada última en Jerusalén es expulsar del Templo a los vendedores y cambistas. Se radicaliza así un enfrentamiento de Jesús con los responsables religiosos, que buscarán la forma de acabar con Él. En este contexto hay que entender la parábola de hoy y los textos de los próximos domingos.

El Dios de Jesús. Una primera reflexión nos la brinda ya el hecho mismo del enfrentamiento. ¿Por qué este rechazo hacia Jesús, ese odio a su persona y a su mensaje? ¿Qué nos enseña a nosotros? El enfrentamiento se debe a la imagen de Dios que Jesús presenta: un Dios Padre bueno y misericordioso, que muestra su cuidado por los "enfermos": los pobres, pecadores y marginados. Un Dios cuyas entrañas se conmueven ante los abandonados como ovejas sin pastor, un Dios de vida y amor. Frente a ese Dios y Padre que orienta toda la vida y el ministerio de Jesús, los sacerdotes y dirigentes presentan un Dios del Templo y de los sacrificios, un Dios que oprime con cargas pesadas, insoportables, que castiga a los pecadores, leprosos y apestados con todo el peso de la ley y con la marginación social y religiosa. Son pobres y están enfermos porque Dios les ha castigado por sus pecados.

Nuestra imagen de Dios. Y nosotros, ¿en qué Dios creemos, cuál es nuestra imagen de Dios? Nuestro Dios, ¿es el mismo Dios que el de Je-

sús? Porque si no es así, decir con nuestra boca que creemos en Dios tiene muy poco valor, vale de muy poco. La fe se muestra auténtica en el seguimiento de Jesús. Afirmar que creemos en Dios puede valer para las encuestas sobre el catolicismo español, pero no asegura que se esté trabajando por la construcción del Reino, como hizo Jesús.

Cumplir lo que Dios quiere. Entrando ya en el texto de la parábola, la denuncia de la hipocresía religiosa, entonces y hoy, se clarifica con la figura de los dos hijos y con las dos preguntas de Jesús. La primera de ellas dice. *“¿Qué os parece?”*. Un padre invita a sus hijos a trabajar en su viña. El primero de los hijos, al desobedecer rotundamente al padre con su "no quiero", le estaría despojando de su autoridad. Haría de él un padre humillado, tal vez delante de los vecinos. El segundo hijo, el del "voy, Señor", aparecería como obediente y dejaría a su padre en muy buen lugar. Pero en la parábola hay una segunda pregunta: *“¿Quién de los dos hizo lo que quería el padre?”*:

Con este doble interrogatorio, Jesús nos quiere conducir a la autenticidad de la vida de aquel que cree de verdad en Dios, y no sólo con la boca. Lo central en la vida de Jesús fue cumplir la voluntad del Padre y llevar a cabo su obra. Y eso es también lo central en la vida de un creyente: cumplir lo que Dios quiere. Así que los sumos sacerdotes y los ancianos del pueblo, y todos y cada uno de nosotros, nos encontramos aludidos y comprometidos en nuestra propia respuesta: hizo lo que quería el padre el primero de los hijos que, arrepentido de su negativa, fue a trabajar en la viña. El segundo hijo resultó un embustero, un hipócrita, y no hizo lo que el padre quería. Ese sentirse aludido por la parábola de Jesús puede llevar al arrepentimiento. Así lo hicieron muchos de los oyentes de Juan Bautista y de Jesús, publicanos y prostitutas entre ellos. A ese arrepentimiento somos invitados también nosotros.

Ponte en su piel. ¿Nos situamos del lado de Jesús? ¿O creemos que es suficiente con decir "Señor, Señor", para entrar en el Reino de Dios? ¿Damos el paso a la práctica o nos quedamos en hermosas declaraciones teóricas? ¿Amamos, como Jesús, a los pobres, a los pecadores, a los rechazados y despreciados de nuestra sociedad? ¿Cómo pensamos y actuamos respecto de los inmigrantes? ¿También nosotros creemos que es legal cerrar la puerta a los que vienen a nosotros empujados por el hambre y la desesperación? Ponte en su piel. ¿Qué

haríamos en su situación? ¿Qué hacemos desde la nuestra? ¿En qué orilla del conflicto nos situamos?

Autenticidad de la eucaristía. Nuestra eucaristía, esta que estamos celebrando, es el signo máximo del amor y de la entrega de Jesús por toda la humanidad. De nosotros depende que no se quede en un rito lleno de palabras y vacío de contenido, sino que sea signo auténtico de una mesa abierta a todos y de un Pan que nos da fuerzas para construir el Reino en cuanto salgamos por esa puerta. Habremos celebrado entonces, en Espíritu y en Verdad, la Comunión con la Palabra y con el Cuerpo de Jesucristo, el Señor de la vida, nuestro único Señor.

¿Decimos "sí" a Dios y cumplimos su voluntad?

¿Nos ponemos en la piel de los inmigrantes que llegan a nuestro país?

¿Hemos encontrado en Jesús, en su vida y en sus palabras, el criterio para nuestras palabras y nuestra vida?

Mi amigo tenía una viña

Primera lectura: Isaías 5,1-7

Segunda lectura: Filipenses 4,6-9

Evangelio: Mateo 21,33-43

La viña. La parábola comienza con una viña que plantó un propietario. Para Israel era claro pensar en la viña de Isaías 5,1-7 (1ª lectura). Se trata de nosotros, de nuestra relación con Dios. El trasfondo histórico de la parábola es fácil de reconocer. Se trata de la culpa y el destino del más misterioso de todos los pueblos, el pueblo judío. Dios envía a ese pueblo sus profetas y hombres de Dios. Y lo hace con tal insistencia que la parábola adquiere rasgos improbables. Pues ¿dónde se encontraría un amo de una viña, que tolerase lo que éste tolera?

El sentido de la parábola. ¿Qué pasa con estos viñadores, que reaccionan con tanta agresividad cuando el propietario de la viña pretende recoger los frutos que le corresponden? Para comprenderlo, conviene recordar que la viña en el lenguaje de la Biblia es una imagen de lo que pertenece a Dios como propiedad. Los viñadores no son labradores autónomos, sino empleados o arrendatarios, pero actúan como si la viña fuese suya, se creen los amos de la parcela. Reivindican como propiedad lo que sólo se les ha dejado en renta.

¿No hacemos nuestro lo que es propiedad de Dios? Todo lo que en nuestra vida es positivo, apreciable y honroso lo consideramos propiedad nuestra. Yo poseo una inteligencia brillante, una belleza singular, un temperamento envidiable. Con algo así nos identificamos en seguida, aunque todo eso nos ha sido confiado y dado y aunque todas estas cosas y dotes no son en modo alguno nosotros mismos. Tenemos la tendencia a identificarnos con todo lo positivo de que disponemos. Ahora bien, si algo nos compromete y molesta lo rechazamos. Nos

distanciamos y echamos la culpa a nuestra educación, al medio en que he crecido, a mi familia, a mi constitución neurótica y finalmente, en última instancia, a Dios que es el responsable de que yo sea fea, poco inteligente, gruñona.

La clave de la parábola. Con estas observaciones hemos encontrado la clave de la parábola. Los viñadores hacen lo mismo. Reivindican todo: su trabajo, su rendimiento y por último todo el ámbito de su trabajo y de su vida, la misma viña, como propiedad. Al final, hasta apuntan en su cuenta el sol, la lluvia y el buen tiempo.

Con Jesús es de otra manera: Aquí aprendemos a dar gracias por todo lo que hemos recibido. Si tenemos unos hijos sanos, si tenemos éxito en nuestra profesión, si vivimos en un matrimonio feliz, no decimos: "Esto soy yo" sino "Sentimos tu mano que nos lleva y bendice". Y al contrario, cuando somos culpables, cuando nuestra conciencia nos acusa, decimos: "Señor, yo lo hice. Contra ti solo pequé. No me arrojes de tu rostro. Un corazón contrito y humillado, Tú, no lo desprecias".

Una parábola de juicio. ¿Quiénes son los encausados? Son principalmente los jefes, los responsables del pueblo. Pero en el banco de los acusados hay también sitio para el pueblo de la Nueva Alianza. El cargo central es la apropiación de los frutos. El haber actuado como si la viña fuese propiedad personal. El no reconocer que había que responder ante Dios de la gestión. Quien se apropia de los dones de Dios y pretende quererlos para su provecho, es un ladrón.

La sentencia no afecta a la destrucción de la viña, sino a su entrega a otros labradores. Ni siquiera se precisa quiénes son los otros. Basta saber que son siempre otros. Mateo, que ha transmitido esta parábola a su comunidad de cristianos procedentes del judaísmo, quiere decirles: El pueblo de Israel ha perdido su aspiración a ser el pueblo elegido. El Reino de Dios se confía a otro pueblo, es decir, a la joven comunidad de cristianos. Ella debe trabajar en la viña del Señor y entregar frutos, mientras haya tiempo.

Una forma de vida alternativa. Como cristianos, tenemos que cuestionamos muchas cosas que nos parecen naturales. ¿Nos corresponde realmente todo lo que poseemos? ¿De dónde procede nuestra vida? ¿De dónde vienen los frutos del campo que cosechamos? ¿De dónde proce-

den las riquezas del suelo que explotamos y vendemos? ¿De dónde proceden la inteligencia y la fuerza con las que trabajamos?

Dar gracias y compartir la vida. Nuestra vida es una vida prestada, que recibimos de Dios, al que le debemos agradecimiento todo el tiempo de nuestra vida. Por eso nuestra acción y oración cristiana culmina en la celebración de la eucaristía, la acción de gracias en la forma más elevada. En la celebración de la eucaristía Cristo reparte el pan y nos hace ver que dar gracias significa compartir. Como cristianos y como Iglesia, somos una comunidad de herederos. Somos coherederos de Dios, si compartimos nuestro pan, nuestro tiempo, nuestras posibilidades, nuestras alegrías, nuestras penas, nuestras vidas. Pues sólo se deleitará con los frutos de la viña del Señor el que esté dispuesto a compartirlos.

¿Somos dueños de la creación o sólo administradores?

¿Doy gracias a Dios por los alimentos, la salud y el bienestar material?

¿Estoy dispuesto a compartir lo que tengo con los que tienen menos, o nada, para vivir?

El banquete del Rey

Primera lectura: Isaías 25,6-10a

Segunda lectura: Filipenses 4,12-14.19-20

Evangelio: Mateo 22,1-14

La parábola es una explicación de la entrada de los paganos en la Iglesia y una exhortación a la comunidad para que confirme con obras su vocación cristiana. El mensaje de Mateo a su comunidad y también a nosotros es el siguiente: Dios ha llamado y llama a todos a participar del banquete de su Reino, pero sólo serán admitidos aquellos que hayan respondido a la invitación cambiando su estilo de vida según las enseñanzas de Jesús.

Las bodas del Mesías. El evangelio, en línea con los profetas, en concreto con Isaías, presenta el Proyecto de Dios sobre la humanidad bajo la imagen de un banquete de bodas. Este modelo lo vivió Jesús y lo significó en sus comidas con pecadores y publicanos, que fueron motivo de escándalo y de conflicto para los fariseos y escribas, representantes de un sistema que creaba desigualdad y exclusión. Pues las comidas tenían en aquella cultura una gran importancia social, de tal modo que el estatus de una persona podía medirse por la gente que frecuentaba su mesa. Situados en este contexto, negarse a la invitación del rey a la boda de su hijo supone una ofensa grave. A la ofensa responde no anulando el banquete de bodas, sino invitando a todos los que encuentren en los caminos: gente impensable de sentarse a la mesa de un personaje tan Importante.

Para comprender el verdadero alcance de este pasaje se ha de tener en cuenta su escenario. La ciudad antigua estaba rígidamente compartimentada. El centro estaba ocupado por los palacios, el templo y las residencias de la élite. En los caminos pernoctaban los forasteros y perso-

nas dedicadas a trabajos de mala reputación. A estas personas que no pertenecen a la ciudad, pero además carecen de todo prestigio, se les hace la invitación. El rey hace entrar en el banquete no a la élite urbana, sino a los sectores más marginados, que jamás se hubieran atrevido a entrar. La parábola dice algo muy importante sobre la comunidad cristiana: ha de ser abierta e inclusiva, no cerrada ni excluyente. En ella y en torno a su mesa se han de congregarse gentes de procedencia social muy diferente, y eso, sin duda, crea dificultades y conflictos, ya que supone invertir los valores que más predominan en nuestra sociedad.

Donde están los pobres. Creo que en el plano teórico, muy pocos pondrán en duda el amor preferencial por los pobres. Es una afirmación del Magisterio de la Iglesia (SRS. 42). También hay que reconocer que la Iglesia está realizando una importante labor caritativo-social a través de Instituciones y Asociaciones de inspiración cristiana. Sin embargo, el papel de la Iglesia respecto a los pobres resulta ser ambigua. Los pobres han perdido el lugar de honor que les otorgaba el Evangelio y la Iglesia primitiva. Los pobres están fuera de la Iglesia. No es que los cristianos no quieran ocuparse de ellos. Pero los cristianos de las Iglesias de los países ricos no estamos organizados en comunidad eclesial para hacer que el Evangelio sea Buena Noticia para los pobres. Éstos no son sus interlocutores privilegiados.

Los pobres son objeto de ayuda asistencial, pero no son sujeto de decisiones, ni tienen ningún influjo en la Iglesia. Sin embargo, ésta es la gran cuestión que tiene planteada la Iglesia. *¿Cómo anunciar y comunicar a las "no personas" (excluidos, marginados, oprimidos) que son hijos de Dios y hermanos?* Responder a este interrogante en radicalidad nos da miedo. Por eso, queremos tranquilizar nuestra conciencia, organizando de cuando en cuando colectas y campañas para atender a los pobres, lo cual es hoy necesario en un mundo tan inhumano, pero, a la vez, evangélicamente insuficiente.

Rechazan la invitación. La parábola responde a la actitud de rechazo por parte de los sumos sacerdotes y fariseos a la invitación de Jesús a acoger el Reino y a la respuesta de Dios al rechazo de su pueblo. Y lo hace mediante la segunda parábola: la del invitado sin traje de fiesta. No es suficiente haber aceptado la invitación, es preciso la verdadera conversión al Reino, poniendo en práctica las enseñanzas de Jesús, expresadas en el Sermón de la Montaña.

Esta parábola puede proyectar luz al siguiente fenómeno constatado por algunos analistas: la Iglesia concluye el siglo con una credibilidad muy mermada, en minoría, debido en Occidente a un éxodo masivo y silencioso de la Iglesia. Este fenómeno nos lleva a preguntarnos: ¿a qué se debe? Si es debido al rechazo de la cruz y de los crucificados por parte de un mundo dominado por la cultura de la satisfacción, no debería preocuparnos, ni tratar de compensar a base de operaciones superficiales. Por el contrario, sí que debería cuestionarnos si el descrédito se debe a que se ha extinguido el Espíritu de Jesús, a que hemos abandonado el traje de bodas del Reino.

¿Qué lugar ocupan los pobres en la vida y en los proyectos de la Iglesia? ¿A qué los reducimos en la práctica?

¿A qué se debe esta crítica a la Iglesia? ¿Ya qué Iglesia?

Vivir en dignidad y libertad

Primera lectura: Isaías 45,1.4-6

Segunda lectura: 1 Tesalonicenses 1,1-5b

Evangelio: Mateo 22,15-21

"A Dios lo que es de Dios." Aún están resonando en los oídos de los judíos principales, y en los de todos nosotros, las denuncias de Jesús, en los dos últimos domingos, sobre la apropiación indebida de la "viña del Señor", matando al heredero, y sobre la negativa a participar, como invitados, en el "banquete de bodas" del hijo del rey de todos los pueblos.

En este domingo acabamos de escuchar una de las sentencias más conocidas de Jesús. *"Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios."* Antes, Jesús ha solicitado y mostrado una moneda de la época, acuñada por los conquistadores romanos de Israel, en la que aparece la imagen divinizada del emperador. En la moneda de los conquistadores actuales del mundo, los Estados Unidos de América, aparece la leyenda: "En Dios ponemos nuestra confianza". También en nuestras pesetas se pudo leer "Caudillo de España por la gracia de Dios".

No parece que esos dioses coincidan mucho con el Dios del que habla Jesús: el que nos invita a "trabajar" en la viña y a "celebrar" un banquete de bodas. Los seguidores y las seguidoras de Jesús hemos de cuidar mucho la imagen de Dios que anunciamos con nuestras palabras y con nuestras obras.

"Dar a Dios lo que es de Dios" es devolver a todas las personas su dignidad, favorecer su desarrollo y sus posibilidades, en un plano de igualdad, evitando que, por motivos de su raza, sexo o religión, se generen esclavitudes y dependencias.

Lo nuestro es lo mejor. Admitir que la salvación venga de los pequeños, de los de fuera, de los que son menos que nosotros, resulta, cuando menos, un tanto chocante. Y así es siempre en la revelación cristiana.

Hoy, el profeta Isaías nos lo ha dicho en la primera lectura: Ciro, un rey extranjero, es el ungido de Dios que va a conducir al pueblo en su retorno del destierro. Así, los misioneros y las misioneras, que están viviendo su vocación cristiana con creyentes de países subdesarrollados -según nuestra catalogación- nos transmiten esa misma experiencia: "Son los más pobres y marginados los que me han obligado a vivir con más profundidad mi fe cristiana y misionera".

A pesar de todo, en la Iglesia seguimos confiando más en nuestras estructuras de gobierno jerárquico que en la vida del Espíritu, que anima a las comunidades a vivir, con un estilo de vida evangélico, cercanas a las personas que sufren a causa de las injusticias y de la mala distribución de las riquezas de la tierra.

Pagar impuestos. Es difícil que las personas, por nuestra cuenta, seamos capaces de poner la debilidad como fundamento de nuestra vida personal y colectiva. Siempre buscamos lo que consideramos más sólido y fuerte. Nuestro afán de tener ha disminuido el interés por distribuir. Cada día resultan más extrañas las campañas de objeción fiscal y la ciudadanía vive necesitada de un estado paternalista que le haga las cosas necesarias en la vida colectiva. Pagamos dinero a cambio del bienestar material y de la defensa de nuestra libertad personal y privada. Sólo en un contexto en el que las personas nos sintamos protagonistas de nuestras vidas y, a la vez, colaboradoras en proyectos colectivos que vamos construyendo entre todos, podemos experimentar la gratuidad del dar y del recibir.

Ésta es **nuestra misión.** Acoger el Evangelio de Jesús, seguir su estilo de vida, descubrir cómo va creciendo en nosotros y vivir todo esto en una comunidad cristiana, dando gracias a Dios porque todo lo hemos recibido de Él.

Jesús es la persona lograda que, desde su experiencia de Dios como Padre y desde su relación con todas las personas, sin discriminación, como compañeras de la aventura de la vida, nos propone vivir en libertad. Y no caer en la trampa de entregar nuestra libertad a cambio de unas monedas, para poder comprarla y hacer con ella lo que más

nos gusta en el periodo y en las cosas que nos han fabricado los mercados.

Responde sinceramente: ¿quién organiza tu vida?

¿A qué señor estamos sirviendo de verdad? En nuestra familia, en nuestra nación, en nuestra iglesia.

¿Se puede realizar algún proyecto misionero sin abandonar nuestras seguridades materiales y/o dogmáticas?

Vivir de amor

Primera lectura: Éxodo 22,20-26

Segunda lectura: 1 Tesalonicenses 1,5c-10

Evangelio: Mateo 22,34-40

En la marea de **la** confusión. En medio de tantas propuestas religiosas, de tantas ofertas consumistas, de tantos reclamos de ocio y de tantas posibilidades de elección, surge, con frecuencia, la necesidad de pararse a pensar en lo que es realmente importante y en lo central de una postura para tener criterios claros que ayuden a decidirse.

Este tiempo nuestro, de pluralismo y confusión, lleva también a la búsqueda de **la** identidad y a **la** clarificación de las propias convicciones.

Las críticas filosóficas y científicas a la dimensión religiosa de la existencia y la elevación del nivel cultural y económico hicieron creer que el fenómeno de **la** secularización iría ahondándose hasta dejar **la** religión reducida a unas pequeñas instituciones marginales representantes de tradiciones históricas y culturales más propias para estudiosos de vestigios pasados que de experiencias actuales.

La pregunta por la identidad religiosa. Sin embargo, el sentido religioso sigue vivo, muy vivo, y va aumentando el interés por su conocimiento acompañado de un sentido crítico que permita distinguir lo fundamental de tantos añadido piadosos e institucionales cuya función actual puede ser añadir confusión a los corazones ya suficientemente quebrantados de la humanidad presente.

Por eso la pregunta del evangelio de hoy tiene mucha actualidad como reflejo de nuestras propias experiencias de búsqueda e inquietud. Pero, como entonces, encierra una trampa que es nuestra propia con-

cepción religiosa porque pretende aclarar las normas de la religión pensando que la religión es un conjunto de normas.

Se da por supuesto que la religión es cumplir mandamientos más que sentir la cercanía de Dios y experimentar su relación con nosotros y nuestra vida. Como si hoy importara más preguntar sobre las obligaciones del cristiano que sobre cuál es la condición esencial de ser cristiano. Ser cristiano es vivir sintiendo la proximidad, cercanía y ternura de Dios como la de un padre, una madre o un ser muy querido cuya preocupación mayor es nuestro propio bien y nuestra felicidad.

Ser cristiano es vivir de amor. De esa experiencia se deriva el interés por todos y cada uno de nosotros que Él se empeña en transmitirnos como sensibilidad y actitud ante la vida para construir una comunidad humana basada en la experiencia de fraternidad, al estilo de una familia en cuyo interior predominan los sentimientos sobre las obligaciones y donde la ley sólo tiene entrada cuando los sentimientos están muy deteriorados o cuando uno pregunta qué puede hacer en concreto para ayudar a su hermano a quien quiere mucho pero no tiene claro cómo hacerlo.

Lo realmente importante y aquello que constituye lo esencial de ser cristiano es la experiencia que tenemos de Dios siempre familiar, generoso y preocupado por nosotros.

La experiencia de una vida recibida de Él y la seguridad de sabernos queridos y aceptados, en eso consiste el perdón, sea cual sea nuestra forma de vivir.

Quien quiere conformarse con cumplir tendrá un sentido religioso mínimo y negativo.

Quien quiera disfrutar de la vida desde el sentido religioso cristiano verá que desea ir más allá y buscar otros horizontes donde Dios le llevará a descubrir a los seres humanos como prójimos necesitados y como hermanos compañeros de viaje.

Quien basa la convivencia en las leyes capaz de construir sociedades, mercados, empresas y hasta instituciones religiosas.

Quien se centra en el amor quiere construir comunidad.

Traducido a nuestro presente: Podemos construir un mercado global con sus reglas y pactos, o podemos construir una comunidad humana que integre a todos. Para una cosa será necesario establecer nor-

mas muy claras. Para otra, será necesario algo muy distinto y más profundo.

¿Buscamos aclarar nuestro sentido religioso o lo creemos ya conocido y asumido?

¿Ofrecemos nuestra identidad a quien busca con inquietud?

¿Nos preocupan las normas religiosas o la situación de los seres humanos en nuestra relación con Dios?

¿Hemos hecho del amor una palabra hueca o una actitud hacia los demás y hacia Dios?

Padre, uno; hermanos, todos

Primera lectura: **Malaquías 1,14b-2,2b.8-10**

Segunda lectura: **1 Tesalonicenses 2,7b-9.13**

Evangelio: **Mateo 23,1-12**

Un solo Señor, Dios y Padre. La única posibilidad de acabar con las pretensiones de los que se endiosan, pueblos o individuos, es el reconocimiento de un solo Dios. Así lo afirma mil veces la Escritura. Así empieza Malaquías, reconociendo el señorío absoluto de Dios, y denunciando las ínfulas de los sacerdotes.

El razonamiento del profeta raya la evidencia: un solo Dios, un solo Padre; todos los demás, incluidos los sacerdotes y gobernantes, iguales, hermanos. No hay justificación alguna para abusar del prójimo, para humillar al súbdito, para explotar a los contribuyentes, para expoliar a los pobres... Y en esa misma línea profética se sitúa Jesús. Reconoce que los sacerdotes están en lo cierto, se sientan en la cátedra de Moisés, pero sus enseñanzas están lejos de sus obras. Pues, como el capitán araña, se reservan los honores y prebendas, y sólo reparten las cargas y los impuestos, sin consideración. ¿Quién no reconoce tal actitud en algunos gobernantes, que regatean la subida de un 2% en el salario de *los* obreros, y luego votan una subida del 20% de sus honorarios? Los que están en la cumbre, aunque ocupen la cátedra, no bajan a la calle y se quedan en las nubes.

Todos somos **iguales**. Desde el principio del mundo, los humanos han tenido la pretensión de ser dios. Ése es el pecado original, el endiosamiento de los que detentan el poder (sea el de los votos, el del dinero, el de la influencia o el de las armas). Desde el origen el hombre ha tratado de encaramarse sobre los demás para apropiarse del cielo. Ahí está la torre de Babel para memoria. Los sociólogos han visto las sociedades

desarrolladas como una pirámide, es decir, un monumento a la desigualdad. Unos gozan de todo, algunos disfrutan de lo que les dejan para que callen, y los más a duras penas pueden sobrevivir. Incluso la libertad, que predicán los de arriba, no es más que la condición de posibilidad para mantener la desigualdad y la injusticia, eso sí, con la coartada de las leyes.

Frente a todo eso, un solo Señor, es decir, todos iguales. Una cosa es que la organización necesaria subordine las actividades, y otra, muy distinta, que resulten subordinadas las personas que llevan a cabo esas actividades. Una cosa es la división de las tareas en el trabajo, y otra la división y clasificación y estratificación de los trabajadores, cotizando a la baja los "no cualificados".

Todos somos hermanos. La raíz última de la igualdad es la fraternidad. Dios es nuestro Padre, el de todos los seres humanos, que somos hermanos, familia. La familia es el modelo de iglesia, que no la estructura piramidal.

Qué hermoso el testimonio de Pablo, llamando hermanos a los de Tesalónica, y confesándoles una dedicación y cariño maternal. Y la familia debiera ser el modelo de la sociedad civil, que por la familia empieza. Hay que desmochar la pirámide social de la explotación de unos por otros; hay que desmontar los sofismas de los que detentan el poder (de las urnas, de la bolsa, de las armas atómicas) y favorecer una estructura más democrática. Pues lo que importa no es que todos puedan votar libremente, sino que todos puedan vivir en libertad y con una vida digna y de calidad. Todo paternalismo, estatal o espiritual, resulta sospechoso.

Todos somos cristianos. Todo esto no debería ser una novedad para los creyentes. El primer mandamiento ya proclama la unidad de Dios frente a los fabricantes de ídolos. Y sabemos muy bien con qué energía, y con qué insistencia, el evangelio presenta a Jesús, plantando cara a los poderosos, encarándose a los sabihondos, denunciando los abusos del poder y de las riquezas, y apostando por los pobres, por los últimos, por los don-nadie. Con toda claridad nos lo recuerda el evangelio de hoy. No debemos permitir que nadie se atribuya lo que sólo pertenece a Dios. Él es el único Señor, el Maestro, el Padre de todos. Todos somos, y debemos comportarnos, como iguales, como hermanos, como discípulos de Jesús.

Todos, al menos, somos humanos. ¿O tampoco? La igualdad y la fraternidad, junto con la libertad, no son ni pueden ser apropiados por ningún movimiento ajeno al cristianismo, porque son la esencia del Evangelio. Por eso están reconocidos y consagrados en la Declaración Universal, desde el artículo primero. De modo que todos, cristianos y de todas las otras religiones, o sea, todos los hombres (y mujeres, ¡claro!), reconocemos en los tres principios el fundamento del nuevo orden social. Otra cosa es que, como dijo Jesús, los que se sientan en la cátedra de las Naciones Unidas no hagan lo que predicán. Pero hay que hacer lo que dicen, lo que dice la declaración, no lo que hacen muchos de los países más poderosos que presumen de estar en la Organización, pero no en los compromisos de la igualdad y fraternidad

La igualdad no es igualitarismo, rero sí menos desigualdad. ¿Por qué tantas diferencias en el trato, en el respeto, en la consideración, en la aplicación de las leyes?

Somos hermanos. ¿Es posible vivir la fraternidad universal, parroquial? ¿Es posible la fraternidad efectiva -solidaridad- aunque no haya fraternidad afectiva con los desconocidos?

Muchos creen saberlas todas. ¿Por qué nos cuesta escuchar a los otros, atender otras opiniones, respetar otras posiciones, respetar otros planteamientos?

¡Vélad!

Primera lectura: Sabiduría 6,12-16

Segunda lectura: 1 Tesalonicenses 4,13-18

Evangelio: Mateo 25,1-13

La espera. Todos, jóvenes y viejos, esperamos. Ortega y Gasset, a propósito de la caza, nos hace ver que no se busca tanto el trofeo de la caza, sino que la espera y el acto de la caza son los que nos proporcionan gozo. Pascal dice que propiamente no apetecemos las cosas, sino la búsqueda de las cosas. Ya de niños esperábamos ir a la escuela. Cuando se acabaron los estudios, esperábamos encontrar una colocación. Luego esperábamos casarnos. Esperamos los hijos. Y finalmente vamos coleccionando años y esperamos la jubilación. ¿A qué tenemos todavía que esperar?

Lo esperado. Lo que los hombres esperamos se refiere siempre a situaciones que se producen por el suceder de los acontecimientos o por nuestro esfuerzo o por evoluciones naturales (por ejemplo: que crecemos, envejecemos y finalmente tenemos que morir). En la parábola hay una diferencia esencial. No se trata de algo que pudiéramos alcanzar. Alguien viene del otro lado y no se le puede forzar. Se duermen todas (las prudentes tanto como las necias), porque no depende de ellas la venida o el retraso del novio. Es un sueño bueno, por así decirlo legítimo, porque mientras duermo, mientras desconecto, hay otro que hace su camino, se acerca y me busca.

La llegada del novio, desconocida. La hora de llegada del novio es incierta. No sabemos si será cuestión de horas o de días. Esta incertidumbre hace tensa nuestra vigilancia. No sabemos cuándo viene Jesús. No conocemos el momento en que se hunde detrás de nosotros todo

aquello que nos es tan importante: nuestra carrera profesional, nuestros éxitos, nuestros fracasos y nuestro desaliento. Cada hora de nuestra vida está marcada por este momento impredecible, en el que estaremos solos frente a Jesús. En la parábola suena un tono oscuro de que puede ser demasiado tarde. Mi día, mi trabajo, mi vida quedan determinados por este hecho de que Jesucristo vendrá y será juzgado el sentido o la falta de sentido de mi vida. La hora del novio es desconocida, por eso vivimos en la espera. Y hay un demasiado tarde. La novela de nuestra vida ha llegado al final y ya no puede ser escrita de nuevo.

La espera de las prudentes. Llama la atención un detalle curioso de la parábola. En la espera se durmieron todas, no sólo las necias, sino también las prudentes. Jesús no las critica. Los discípulos de Jesús no se pueden pasar todo el santo día rezando y cantando salmos o no pensando en otra cosa que en la pronta venida del Señor. El ama de casa cristiana tiene que tener su cabeza entre los pucheros y el obrero en su máquina, si no, se quema la comida y los tornillos entran torcidos. Jesús deja descansar a los suyos. A la noche pueden descansar y dormir tranquilos aunque durante ocho horas no puedan ni rezar, ni cantar, ni esperar. No necesitamos forzar al novio, ni al Reino de Dios. Hay dos maneras diferentes de dormir. No se puede comparar el sueño de las prudentes con el de las necias. Las necias se han cansado de esperar. Cuando se espera sin esperanza pronto se cansa uno y se adormece. Las vírgenes necias se duermen porque han perdido la esperanza de que el novio llegue. ¿Para qué quieren el aceite?

El sueño. Naturalmente que no hay que tomar el sueño aquí al pie de la letra. Puede uno dormirse en la espera de tal modo que se dedica a otras cosas. Se puede adormecer la espera, se puede adormecer la esperanza y la fe, se puede adormecer la conciencia, cuando uno se precipita en toda clase de actividad, en el trabajo, en la televisión, en los viajes, etc. del mismo modo que hacían los hombres antes del diluvio. Dormían, aunque estaban activos, porque comían, bebían y se casaban. Como hacemos nosotros que bailamos alrededor del becerro de oro del nivel de vida y de la sociedad de consumo y olvidamos para qué estamos aquí y quién nos espera. Ya es hora de surgir del sueño. Las pesadillas, los sueños nos parecen realidad hasta que despertamos.

El aceite. Existe una segunda diferencia entre las vírgenes prudentes y las necias. Unas tenían aceite consigo, las otras no. ¿Qué significa el aceite? Algo que se consume constantemente y que hay que renovar. Voy a nombrar un aceite que siempre tiene que renovarse: la oración. También nuestra vida de oración puede acabarse, como el aceite, y de pronto se hace oscuro. Una persona sin oración está siempre a oscuras, porque el cielo se ha cerrado sobre ella. Se apaga la lámpara porque no se renueva el aceite. Hay que renovar la oración. Nos quedamos sin aceite si no nos tomamos tiempo para la oración, si rezamos rutinariamente, si mientras rezo estoy pensando en el desayuno o en el periódico.

La oración es un signo de que estamos despiertos: *“Por tanto, velad, porque no sabéis el día, ni la hora”*.

¿Cómo de grande es mi esperanza en lo que viene después de la muerte?

¿La oración es más para mí una obligación o un ruego del corazón?

¿Vivo adormecido por el ajetreo diario?

Tuve miedo y escondí mi talento

Primera lectura: Proverbios 31,10-13.19-20.30-31

Segunda lectura: 1 Tesalonicenses 5,1-6

Evangelio: Mateo 25,14-30

No basta esperar. Hay que actuar. El domingo pasado la parábola de las vírgenes necias y prudentes nos exhortaba a vivir teniendo en cuenta la venida del Señor. A estar preparados en la espera. Pero la Iglesia no es sólo una sala de espera. Por eso la parábola de hoy nos invita a no estar ni dormidos, ni pasivos, en la espera de! Señor.

Exigencia inexorable. Todos tienen que trabajar. No basta conservar lo que se ha recibido. El hombre ha recibido el encargo de dominar la tierra. Las exigencias son distintas según las capacidades. Al que recibe más dones se le pide más responsabilidad y mayor exigencia. Naturalmente, cada uno debe hacer algo con sus dotes y capacidades (con sus talentos, como decimos según esta parábola). No debe dejarlos que se anquilosen por pereza, sino que se debe tomar la molestia de su desarrollo.

La diligencia de los buenos servidores. Echemos una ojeada a las diversas clases de siervos con la secreta esperanza de ver en cuál nos encontramos mejor reflejados. Pues sólo se leen bien las parábolas cuando se leen como un trozo de la propia autobiografía. Están en primer lugar los buenos servidores, que han hecho su trabajo y han ganado mucho. Parece característico que esta buena gente no pensó ni en su sueldo ni en su negocio cuando marcharon. Al fin y al cabo, el amo no les había prometido nada. ¿Por qué van a trabajar? Sencillamente por fidelidad. Confían en el amo que ha confiado en ellos.

En algunos puntos estos servidores son ejemplares. En la diligencia. El que recibió cinco fue en seguida a negociar y lo mismo hizo el que recibió dos. No aguardan un instante, sino que en seguida se pusieron a negociar. Por otra parte, se marchan a negociar. Se toman la molestia de dejar la seguridad de lo habitual y se marchan. La diligencia de estos servidores es la suma de dos actitudes. Una, no perder el tiempo y ponerse en seguida a la tarea. Otra, no cansarse en el esfuerzo y perseverar en su actividad.

El tercer siervo, **figura** central. Finalmente está el tercer servidor, una figura no fácil de interpretar. Es la figura más interesante de las tres, pero también la más complicada.

El tercer servidor, miedoso y bastante desconfiado, no estaba en situación de aceptar la confianza que el amo había depositado en él. No comprendió que la confianza de su señor significaba que tenía esperanza en él. Nuestro hombre recibió el encargo y la expectativa de su amo como una sobrecarga. Se comparó con los dos colegas que se habían mostrado tan habilidosos y con eso perdió el resto de sus ánimos. Se preguntó: ¿Por qué reciben los otros tanto, mientras que a mí sólo se me confía un talento? ¿No es esto una señal de que no puedo hacer nada derecho? Si no se me estima más, va a ser mejor no correr ningún riesgo y mantener las manos limpias en todo este asunto. ¡Quién sabe lo estrictas que van a ser las cuentas, cuando alguna cosa no salga bien! El miedo a obrar. "*Tuve miedo...*". Tener miedo equivale a no tener fe.

Acecha el peligro de la pereza espiritual. Yo no robo, ni mato. No basta no hacer nada malo. Dios nos hace responsables de nuestra vida, y la falta de progreso se juzga como infidelidad. La vida requiere desarrollo, el estancamiento es negativo. Se condena la mera pasividad.

Una idea consoladora. La vida cristiana no parte de cero. Todo es gracia. El regalo se hace nuestro. Los dos siervos primeros lo usan, lo explotan. Para el tercero constituye un motivo de miedo, que lo paraliza. Hay en la parábola una idea consoladora y es que no cuenta el resultado sino la dedicación, porque el éxito o fracaso no depende de nuestra entrega. Lo que cuenta no es el resultado absoluto, sino el relativo. Esto es por una parte consolador, porque no se le pide al hombre otra cosa que el compromiso personal, el esfuerzo de colaborar con lo recibido. No depende de nosotros lo que recibimos, pero sí que depende lo que hacemos con ello. Dios es el señor, nosotros somos los siervos. Ha

repartido los dones de modo diverso. Nuestra tarea es actuar con esos dones. Sobre esto tendremos que dar cuenta.

¡Alegraos de vuestras posibilidades y aprovechadlas! ¡Haced algo de vuestras vidas y no dejéis pasar el tiempo como hizo el tercer siervo de la parábola! ¡Quien se atreve, gana! *Audaces fortuna úvat*. La fortuna ayuda a los audaces.

¿En qué empleamos la vida?

¿Estoy dispuesto a aprovechar el día de hoy lleno de posibilidades de vivir y amar?

¿Pienso alguna vez en que tendré que dar cuenta de mis talentos?

Un Reino ya presente

Primera lectura: Ezequiel 34,11-12.15-17

Segunda lectura: 1 Corintios 15,20-26a.28

Evangelio: Mateo 25,31-46

El último domingo del año litúrgico la Iglesia celebra la fiesta de Jesucristo, Rey del universo. Al concluir cada uno de los tres ciclos que celebramos en la comunidad cristiana, a lo largo del curso, ponemos este broche final al recorrido por la vida, muerte y resurrección del Señor Jesús. Como dice Pablo: "Cristo tiene que reinar".

Los hombres de todos los tiempos han querido ver en su época el final de la historia y han indicado fechas y señales para confirmarlo. Para los cristianos ese final de la historia ha comenzado con la Resurrección de Cristo Jesús. Él es la primicia de todos los que han muerto y de todos los vivientes, los que ahora existen y los que existirán. Todas las personas formamos parte de ese Reino que Cristo devolverá a Dios, su Padre.

En el Reinado de Dios está presente el final. Para muchas personas el final de la historia es mera pre-ocupación; no tienen nada que ver las ocupaciones en las que andan metidas y llenan su tiempo y su espacio presentes con el discurso teórico que entretiene su tiempo libre y sus disquisiciones filosóficas.

El evangelio de este domingo, el juicio final de todos los ciudadanos y ciudadanas de las naciones de la tierra, nos aporta una luz diferente. La ocupación cotidiana por dar de beber al sediento, de comer al hambriento, de vestir al desnudo, etc. y de estar así, sirviendo al Señor, nos indica que la existencia, por una parte, de personas en estado de necesidad la encontramos en cualquier parte del mundo y de la historia humana; y por otra, que la manera de relacionarnos con ellas, de escu-

charlas y de atenderlas, genera la desaparición de las desigualdades y de las injusticias, obrando el milagro de un mundo más humano y más fraterno.

Confesar nuestra fe en este Reyes vivir el mundo nuevo que Él manifestó definitivamente; el nuevo orden querido por Dios, su Padre, y tan distinto del que nos circunda. Es ponerse en el último lugar y no ser ambicioso ni aspirar al poder; caminar de la mano de las personas de nuestro entorno y optar a favor de la causa de los más desfavorecidos.

El Reinado de Dios hay que descubrirlo. Cuando pretendemos construir un Reinado de Dios, ajeno a la historia de los hombres y perteneciente a lo que pueda haber después de la muerte, nos estamos alejando del Evangelio y evadiendo nuestras responsabilidades humanas. Jesús proclamaba que el Reinado de Dios está en medio de nosotros.

La Iglesia de Jesús ha de ser portadora de este mensaje en la vida de las comunidades cristianas, no en su doctrina únicamente. La Iglesia no es el Reinado de Dios; ella es el sacramento, el signo, de la salvación de Dios para todos los hombres y para todas las mujeres de todos los tiempos y de todos los lugares.

Una Iglesia más preocupada por sus ritos que por el sufrimiento de las personas, más ocupada en controlar las enseñanzas de los teólogos que en denunciar las manipulaciones interesadas de los poderosos y más interesada en incrementar el número de adeptos que en descubrir el Reinado de Dios en los que luchan por la justicia, se convierte en una asociación religiosa más entre todas las que existen en el mundo.

La situación del mundo actual, como en los tiempos de Jesús, está necesitada de testigos; hombres y mujeres del pueblo llano, libres de toda atadura al dinero, al poder y a los ídolos; capaces de generar esperanza activa en las personas privadas de su dignidad; y llenas de amor solidario hacia los marginados por este sistema egoísta que lleva a la muerte a millones de seres humanos.

Sacerdotes, profetas y reyes. En el Bautismo somos ungidos con el crisma para formar parte de un pueblo de sacerdotes, profetas y reyes. Esta unción nos capacita para la misión comunitaria que todos los cristianos debemos realizar en nuestros ambientes cotidianos y para todas las personas que viven en ellos.

En la realización de la misma vamos encontrando personas y colectivos a los que se les niegan los más elementales derechos, los derechos

humanos. Estas situaciones nos indican que el Reinado de Dios, comenzado por Jesús, sigue escondido y oculto para muchos. Los cristianos ejercemos nuestra condición de profetas cuando denunciarnos con audacia estas opresiones y trabajamos por su transformación.

Y, cuando en el interior de nuestras comunidades todos sus miembros somos servidores y aportamos en ellas todo lo que somos y tenemos, sin jerarquías ni obligaciones, estamos mostrando nuestra condición de reyes "servidores". Es entonces cuando resulta sencillo entender el compromiso de servicio a las personas y a los colectivos de nuestro entorno; porque nadie da lo que no tiene.

Los títulos y los cargos en nuestra Iglesia, ¿son señales del Reinado de Dios?

Los procesos catequéticos en nuestra comunidad, ¿hacen adeptos o seguidores de Jesús?

¿Cómo vivimos nuestra condición de bautizados (sacerdotes, profetas y reyes)? ¿Doctrinal o existencialmente?

Fiestas

La luz y la gloria en un niño

Primera lectura: Malaquías 3,1-4

Segunda lectura: Hebreos 2,14-18

Evangelio: Lucas 2,22-40

"Luz para alumbrar a las naciones." Hoyes la fiesta de la Presentación de Jesús en el Templo y de la Purificación de María. Es el popular Día de la Candelaria. La liturgia nos invita a salir, con nuestras lámparas encendidas, al encuentro de aquel que es reconocido por el anciano Simeón como "luz para alumbrar a las naciones". A imitación de Cristo, y según sus palabras, los cristianos estamos llamados a ser luz del mundo: "Alumbre así vuestra luz a los hombres para que vean vuestras buenas obras y den gloria a vuestro Padre que está en el cielo" (Mt 5,16). La fiesta se sitúa a los cuarenta días del nacimiento de Jesús. Según lo marcado por la ley de Moisés, José y María suben al Templo para presentar al Señor a su hijo primogénito y para entregar la ofrenda de purificación de la madre: un par de tórtolas o dos pichones. Es la ofrenda de los pobres, de la que habla el Concilio refiriéndose a María.

Los pobres del Señor reconocen al Mesías. Al entrar en el Templo son recibidos por Simeón y Ana. Los dos son de los pobres de Yavé que esperan al Mesías como salvación y liberación de su pueblo. Simeón es presentado en una imagen entrañable. Pocas escenas tan cargadas de ternura como la de un niño cariñosamente acunado en los brazos de un anciano. Y pocas palabras como las suyas para expresar la plenitud de una vida colmada en la espera del Mesías y coronada al verle: *"Ahora, Señor, puedes dejar a tu siervo irse en paz porque mis ojos, al fin, han visto tu Salvación: la luz de las naciones y la gloria de tu pueblo"*. Son palabras que el Espíritu puso en la boca y en el corazón de aquel buen hombre y que Dios pone hoy en nosotros, y que bien podemos aprender de me-

moria y recitadas cuando nos retiremos a descansar al final del día. Este niño al que Simeón abraza es el Salvador, la luz que alumbra a las naciones. Echando un vistazo a los acontecimientos que oscurecen la convivencia humana, ¿no haríamos bien todos, incluidos los dirigentes políticos, económicos y religiosos de nuestro mundo, en dejarnos guiar por las palabras y la vida de aquel que es la Luz del mundo? Sus palabras y gestos de amor, de paz, de perdón y de reconciliación, sus llamadas al trabajo por la justicia y al desprendimiento de los bienes, su actitud de servicio como signo de la auténtica grandeza, son hoy necesarias para nuestro mundo. Y también los gestos y palabras de tantos hombres y mujeres buenos, de toda condición, raza y creencia, que siguen apostando, en algunos casos al precio de su propia vida, por un mundo diferente, más cercano al proyecto de Dios, a la fraternidad universal.

Luz en el Señor. Los creyentes en Cristo somos "luz en el Señor". Éste es un don grande. Pero a la vez es una grave responsabilidad. "Vosotros, los que veis, ¿qué habéis hecho de la luz?", nos recuerda Paul Claudel. y el Concilio, en el número 19 de la *Constitución sobre la Iglesia en el mundo actual*, señala que "en esta génesis del ateísmo pueden tener parte no pequeña los propios creyentes, en cuanto que, con los defectos de su vida religiosa, moral y social, han velado más bien que revelado el genuino rostro de Dios y de la religión". El evangelio que hemos escuchado nos invita a bendecir a Dios que nos permite tomar en nuestras manos al que es la Luz del mundo y a ser portadores y testigos de esa luz en medio de las tinieblas de este mundo.

Allado de los pasos de la Madre. También una palabra más para comentar las de Simeón: María, la madre, está unida desde el primer momento al sufrimiento de aquel que será como una bandera discutida, aceptado por unos y rechazado por otros hasta la cruz. Al pie de la cruz, al final de la vida de Jesús, estará María, "llevando" en sus brazos por última vez a su Hijo. La vocación del cristiano camina también allado de los pasos de la Madre, de la luz a la cruz.

Liberación de toda esclavitud. El otro personaje de este día es Ana, viuda y anciana. Profetisa en continuidad con el *Magnificat* de María, da gracias a Dios al que ha servido día y noche con ayunos y oraciones, y reconoce cumplida en Jesús la esperanza de liberación de su pueblo. Y

así se lo cuenta a los demás. *Nosotros*, los cristianos, ¿servimos al Señor como Ana, día y noche? ¿Se une nuestra voz y nuestra vida a la liberación de toda esclavitud y pecado? ¿O nos suena sospechosa también a nosotros la palabra "liberación"? Pero ése es el mensaje de Jesús que Simeón y Ana han sabido captar en ese niño, luz de las naciones, gloria de su pueblo, que trae un proyecto de salvación de Dios para el mundo y para la historia humana.

En conmemoración suya. Un plan que Jesús supo condensar en la entrega de su vida en aquellos signos sencillos de un pan y un cáliz ofrecidos en la mesa y en la cruz por nosotros y por todos los hombres. Hoy lo seguimos haciendo nosotros en conmemoración suya.

¿Busco y encuentro a Dios en los signos sencillos?

¿Qué luz aportó yo al mundo?

¿Me tomo en serio a Dios liberador?

El proyecto de otro

Primera lectura: 2 Samuel 7,4-5a.12-14a.16

Segunda lectura: Romanos 4,13.16-18.22

Evangelio: Mateo 1,16.18-21.24a

Nuestro hermano en la fe. Cuando celebramos la fiesta de un santo pensamos en las personas queridas que llevan ese nombre. En el día de hoy, en todos los hombres y mujeres que veneran a san José como su patrono. En muchas familias alguno o algunos miembros llevan este nombre. Les felicitamos de todo corazón y les deseamos que por la intercesión del santo sea bendita su vida hasta la hora de la muerte. Pues san José es el patrono de los moribundos. Cuando Juan XXIII fue consagrado Papa en San Pedro de Roma el 4 de noviembre de 1958, dijo en su alocución las siguientes palabras: Así en otro tiempo se dio a conocer José a sus hermanos en Egipto. Así quería ser este Papa, como un hermano entre hermanos. Si hablamos de María como nuestra hermana en la fe, podemos designar a José como nuestro hermano en la fe. Su actitud de fe es de hecho un ejemplo para los cristianos de hoy. Su talante puede ser también para nosotros hoy una orientación. En medio de todas las preguntas y dudas que nos penetran, queremos permanecer unidos a Jesús, el Hijo de Dios y nuestro hermano. Con Jesús y para Jesús queremos vivir, como lo hizo José.

Un hombre que escucha. Los evangelios no nos han transmitido ni una sola palabra de José. Sólo nos cuentan sus hechos. Y en cuatro ocasiones José escucha sin hacer una pregunta. Se coloca en la fila de los grandes oyentes de Israel, desde Samuel: (Sam 3,10) hasta Salomón en el sueño de Gabaón: (1 Re 3,9). En estos tiempos de tanto ruido, de tanta inflación de palabras, hacen falta hombres y mujeres como José que escuchen y que actúen.

Un hombre que no espera que se lo agradezcan. Realiza su tarea diariamente a la sombra de María con toda fidelidad. Es una labor oscura que no lograría nunca salir en televisión ni merecería una sola línea del periódico. Y hasta dentro de la Iglesia necesitó mil seiscientos años para que lo declararan santo. A él no le importaba esta postergación, porque se consideraba como un camino que se utiliza y se olvida. En estos tiempos de culto a las estrellas, necesitamos hombres y mujeres como José que realicen su tarea con fidelidad sin esperar ni las gracias.

Un hombre que no se echa atrás. José apechuga con las dificultades y no se sacude las responsabilidades. La situación de José es harto complicada y embarazosa. ¿Qué ideas pasarían por la cabeza de José en aquella amarga encrucijada de su vida? ¿Qué hacer? ¿Rechaza a María a causa del embarazo y la apedrean según la costumbre? ¿O cierra los ojos, se aviene con ella y cría al hijo de un desconocido? Un laberinto de dudas e incertidumbres. Pero en medio de ellas queda claro que el hombre justo no juzga ni condena. Opta por estar a favor de María, y en su afán de ayudarla decide repudiarla en secreto. Las palabras del ángel le llevarán por atto camino y no se sustraerá a la responsabilidad cuando nazca el Niño. En estos tiempos de búsqueda del propio interés se precisan hombres y mujeres que no se echen atrás ante las tareas que plantea la vida y se hagan responsables en las dificultades.

Un hombre que no se queja. En lugar de quejarse, actúa; en lugar de quejarse, ayuda. Y no le faltaba una larga letanía de motivos para quejarse: Tener que ir a Belén a empadronarse, en el estado en que se encontraba su esposa, porque el de arriba lo manda. No encontrar sitio en la posada. Tener que acostar al Niño en un pesebre. Escapar de la persecución de Herodes que quiere matar al Niño. La huida a un país lejano para vivir allí como emigrante extranjero. En todos estos avatares hay que valorar el apoyo que supuso para María y Jesús la compañía fiel y protectora de José que no se queja sino que ayuda. Algunos ocupados con nuestras quejas dejamos de ayudar y de hacer lo inmediato. Seamos en esto hombres y mujeres como José que prefiere ayudar a quejarse. Más vale encender una pequeña luz que lamentarse sobre la oscuridad.

José, el ángel custodio de Jesús y María. Un predicador del barroco se preguntaba si Jesús tuvo un ángel de la guarda. Y respondía afirmativamente señalando a José como el ángel custodio de Jesús y María. Si-

guiendo la indicación del ángel: se convirtió en su protector durante toda la vida. En Egipto primero y luego en el marco de la gente pobre de Nazaret: José, un modelo para los maridos, ángeles custodios de su mujer y sus hijos.

¿Somos hombres y mujeres de más hechos que palabras?

¿Estamos dispuestos a servir desinteresadamente sin esperar a que nos lo agradezcan?

¿Andamos quejándonos o en su lugar actuamos en busca de una solución aunque sea pequeña?

Vida personal y comunitaria

Primera lectura: Éxodo 34,4b-6.8-9

Segunda lectura: 2 Corintios 13,11-13

Evangelio: Juan 3,16-18

La fiesta de la Santísima Trinidad deberíamos celebrarla como una de las grandes fiestas de la comunidad cristiana; ya que, cada vez que nos juntamos sus diferentes miembros para celebrar la fe, para profundizar en ella o para relacionarnos entre nosotros, se fortalece nuestra comunión, el reflejo que cada comunidad somos de nuestro Dios, Uno y Trino, comunión de las tres divinas Personas.

Una comunidad de cristianos "adultos". Demasiados miedos en nuestra Iglesia han generado el "abandono" de personas a las que no se les dejó crecer en su pensamiento, en el ejercicio de una autoridad más democrática y corresponsable, y en las experiencias de una vida comunitaria más participativa y creativa tanto en el anuncio del Evangelio en los ambientes obreros, en los universitarios y en los colectivos marginales, como en las celebraciones de la fe y en el ejercicio de la caridad con un carácter más social y político que de beneficencia.

En otros tiempos, quizás era más importante la doctrina que la vida, pero actualmente la Iglesia está más necesitada de "testigos" creyentes que sepan dar razón de su estilo de vida y de su compromiso con la causa de los pobres, que de "sabios" practicantes de normas canónicas y litúrgicas, que desde una vida acomodada anatematizan a los que se meten en el "barro" de la vida.

Todos los cristianos, ministros ordenados o servidoras y servidores de las comunidades, hemos de revisar permanentemente desde la vida

cotidiana nuestra experiencia de Dios y nuestra experiencia eclesial. Todo ello lo deberemos hacer a la luz del Evangelio. Y, ayudados por los teólogos y por las teólogas que dedican su vida a conocerlo, iremos descubriendo la realidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo que se hacen presentes en nuestra vida personal y comunitaria.

En el nombre del Padre. Actualmente, gracias al trabajo y a la constancia de muchas mujeres teólogas y algún teólogo, nos han descubierto que Dios también es Madre. y, entre todas y todos, vamos profundizando en unos rasgos de Dios: su ternura, su compasión, su fortaleza, su presencia cotidiana, etc. a los que en otro tiempo no se les daba mucha importancia, incluso se los malinterpretaba.

Así, decimos que es mucho más fácil descubrir la presencia de nuestro Dios en los espacios de "encuentro" de personas. Y mucho más, si en esos espacios el máximo interés está en hermanarnos y no en defender intereses de raza, de familia, de clase social, o cualquier otro que nos distancia o nos pone a unos por encima de los otros.

En el nombre del Hijo. Jesús, el Hijo de Dios, es nuestra referencia fundamental. Él es la culminación de la revelación de Dios y nos impulsa a la plenitud que todos llegaremos a ser. Hemos de intentar vivir como hijos en el Hijo. La Buena Noticia de Jesús, el Evangelio, es el "libro" más leído, proclamado y estudiado, de todos los tiempos. A la vez, su mensaje nos conecta maravillosamente con Dios y con todas las personas, y nos capacita para crecer como tales durante toda nuestra vida.

En el nombre del Espíritu Santo. Algunos afirman que este milenio será el del Espíritu Santo. Una comunidad de bautizados y bautizadas que muestra, en su ser y en su actuar cómo vive un grupo de seguidores de Jesús, el Hijo de Dios, está animada por el Espíritu Santo. Ya que el mismo Dios, Uno y Trino, es el modelo de vida comunitaria en la Iglesia y se va manifestando a las personas a lo largo de la historia. Las realizaciones concretas de esta vida comunitaria, que han ido surgiendo, surgen y continuarán apareciendo, no son sino reflejo, más o menos fiel, de esa vida trinitaria.

Hemos de procurar buscar y trabajar con los medios más adecuados para descubrir, vivir y transmitir el proyecto de vida plena y para todos

que Dios ha manifestado por medio de su Hijo y nos ha regalado con el Espíritu Santo para siempre.

¿Cómo se vive en tu comunidad que Dios es Padre y Madre de todas las personas?

La importancia del Evangelio, ¿cómo se ve reflejada en tu grupo, comunidad o parroquia?

¿Cómo pueden ver los "alejados" la presencia del Espíritu Santo en la vida de la Iglesia?

Cuerpo entregado, sangre derramada

Primera lectura: Deuteronomio 8,2-3.14b-16a

Segunda lectura: 1 Corintios 10,16-17

Evangelio: Juan 6,51-58

Ninguna generación de toda la historia de la humanidad ha tenido a su disposición tantas cosas materiales y tantas posibilidades como los actuales habitantes de las naciones que genéricamente designamos como países occidentales que coinciden, en su gran mayoría, con las *sociedades de la abundancia*.

Junto a las grandes ventajas de estos privilegiados seres humanos, que *somos* nosotros, algunas cosas también nos acompañan: No somos conscientes de nuestro privilegio. No hay un diferencial paralelo de felicidad respecto a generaciones anteriores. La mayoría de la humanidad actual no está, ni mucho menos, en estos niveles de seguridad.

Memoria. Algo parecido les debía de pasar a los israelitas, convertidos en nuevos ricos, en algunos momentos de su historia, porque el autor de la primera lectura cree necesario alimentar la memoria histórica y recordarles que en su pasado había mucho de ayuda ajena en momentos de escasez y de peligro.

El presente les deslumbraba con su abundancia y les desconectaba de una historia de hambre y debilidad en la que la ayuda había sido imprescindible. La libertad, el hogar, el pan, la tierra no hubieran sido metas ni condiciones normales sin el protagonismo histórico de Alguien que puso su colaboración y su solidaridad para ellos. Toda su vida se entendió y organizó, a partir de entonces, como forma de agradecimiento. La gratitud era la base de la vida social y religiosa. No sólo de pan vive el hombre; también necesita alimentar otras dimensiones de su existencia.

Felicidad y solidaridad. Por eso el autor, muy preocupado por el presente y el futuro de las gentes de su pueblo, pretende avisar y provocar un movimiento de sensibilización ante los peligros que se derivan de una concepción materialista y la triste condición de quien no recibe otros estímulos y motivaciones que el incremento económico o la compensación salarial y consumista.

El autor sabe que no siempre las generaciones opulentas han aventajado a las pobres en nivel de felicidad. Que la abundancia, sin un sentido de la vida que la encuadre en la realidad, tiende a la confusión y al vacío y que origina unas carencias profundas hasta abocar al ser humano en la desorientación y el desánimo.

La riqueza que no se sabe rica en un mundo de pobres y necesitados, es incapaz de compartir bienes y preocupaciones, objetivos y metas, esperanzas y esfuerzos. La historia deja de ser camino compartido para convertirse en salón de recreo y acio a la búsqueda de nuevas experiencias y aventuras que ayuden a entretener el aburrimiento y el hastío.

Eucaristía. Jesús se ofrece como alimento para la vida. Se realiza como Mesías en el ofrecimiento de su vida personal para que otros puedan vivir y para que veamos que ése es el camino de la vida: la apertura a las necesidades ajenas y la aportación a la esperanza de los pobres.

Él quiso dejarlo expresado en algo, en un signo que es, a la vez, testimonio de su presencia y forma del mejor caminar por la historia. Para ello eligió el pan, símbolo de nuestras hambres, signo del esfuerzo, alegría del hambriento, gota del sudor que corre por la frente de todo albañil de la historia, bocado succulento en el descanso, bocadillo compartido en la excursión de la vida, llamada continua a la fraternidad solidaria y disfrute de quien se sabe acompañado.

Para todos el pan es el signo de la humanidad humilde. Para nosotros, además, es la forma humilde de la presencia de un Dios muy humano que alimenta la esperanza de quienes buscan saciar tantas hambres que se despiertan en nuestra existencia.

La devoción a la eucaristía no puede ser cerrazón a lo que ocurre ni indiferencia ante la realidad de los acontecimientos; no puede estar al margen de la experiencia de sufrimiento **ni** de la falta de esperanza. Tiene que ser, precisamente, el alimento que despierte energía para seguir trabajando en las tareas de hacernos más personas abiertas, sensibles y entusiastas. Tiene que ser memoria de la historia, espejo de la realidad

y ventana abierta a un futuro de esperanza. Pan que despierte vocación de entrega y servicio. Signo de Dios con nosotros en la vida.

¿Somos memoria agradecida?

¿Cómo celebramos y vivimos **la** eucaristía de Jesús?

¿Qué vocación de entrega y servicio despierta en nosotros?

Dos siervos, un Señor

Primera lectura: Hechos de los Apóstoles 12,1-11

Segunda lectura: 2 Timoteo 4,6-8.17-18

Evangelio: Mateo 16,13-19

Que la Iglesia celebre la fiesta de san Pedro y san Pablo en el mismo día quiere decir algo. En el prefacio de la fiesta se dice; “por caminos diversos, los dos congregaron la única Iglesia de Cristo”. En efecto, eran muy distintos en su modo de ser y de actuar.

Pedro. ¿Quién era Pedro? Jesús pudo elegir para la fundación y dirección de la Iglesia a un hombre con talento de organizador, a un sabio o a un descendiente de linaje sacerdotal. Nada de eso. Elige a un pescador, un hombre sencillo. Tampoco era perfecto; estaba sometido a faltas y debilidades, pero tenía una buena voluntad y un amor sincero a Jesús.

La confesión de Pedro. Sin duda, su confesión en Cesarea de Filipo constituye uno de los puntos culminantes en la vida de Pedro: “*Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo*”. Jesús había preguntado a sus discípulos; “¿*Quién dice la gente que es el Hijo del hombre?*”. En su respuesta recoge una serie de opiniones. Unos lo tienen por Juan el Bautista, otros por Elías o Jeremías o uno de los profetas. La segunda pregunta es más directa e importante: “*Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?*”. Pedro se adelanta y dice: “*Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo*”. Jesús confirma la confesión de Pedro: “*Esto no era de tu cosecha, sino que te lo ha revelado mi Padre que está en el cielo*”.

La negación de Pedro. Esta confesión de Pedro no lo libra de la caída. En la Última Cena asegura a Jesús su fidelidad. Está dispuesto a ir a la

cárcel y a la muerte. Jesús le pone en guardia contra una falsa seguridad en sí mismo, pero Pedro no escucha. Quiere saber cómo marcha el proceso ante el sumo sacerdote. Se arriesga y se atreve a entrar en el patio. Cuando lo reconoce una criada y luego otra y algunos más de los que allí estaban, empieza a tener miedo y tres veces seguidas niega conocer a Jesús. Cuando cantó el gallo lloró amargamente.

El amor de Pedro. Después de la resurrección de Jesús, Pedro tiene una experiencia gratificante. Jesús se interesa por él y le encomienda la dirección de su comunidad: "Apacienta mis ovejas". Tres veces le pregunta Jesús: "Simón, hijo de Juan, ¿me amas?". Al final la respuesta de Pedro es modesta y humilde: "Señor, tú conoces todo, tú sabes que te quiero".

La lección de Pedro. Podemos aprender de Pedro a amar realmente a Jesús y a confesarlo con las palabras adecuadas. También nos enseña que Dios no busca nuestros saberes, sino nuestra fe, nuestro amor, nuestra entrega, y que el pecado no es un obstáculo para la elección de Dios, sino una ocasión para aprender sobre nosotros mismos.

Pablo. ¿Quién era Pablo? Su nombre judío era Saulo y había nacido en la diáspora, en Tarso en Asia Menor, en el seno de una familia judía estrictamente observante en medio de gentiles. Recibió una buena educación en la cultura griega, pero también en la religión judía, siendo discípulo, en Jerusalén, del famoso doctor de la Ley Gamaliel. Pablo es de una naturaleza impetuosa, un luchador fanático. En los primeros cristianos ve una secta del judaísmo que pone en peligro el futuro del pueblo judío. Por todos los medios tratará de erradicarlos como una mala hierba.

El testimonio de Pablo. En el camino a Damasco tiene una experiencia sobrecogedora que hace de él un nuevo hombre. Pasarán luego unos años en la soledad para crecer y madurar, antes de que pueda predicar a Cristo en tierras de gentiles. El encarnizado perseguidor se convierte en un ardiente testigo. A los cristianos de Corinto les cuenta lo que ha hecho: cinco veces fue azotado por los judíos; tres veces fue azotado con varas, una vez fue apedreado, tres veces padeció naufragio y varias veces estuvo en la cárcel. En sus viajes se vio en peligros de ríos y en peligros de ladrones, en peligros de judíos y en peligros de gentiles; mu-

chas veces pasó hambre y sed, frío y desnudez. A eso hay que añadir la preocupación por todas las comunidades y los ataques por los falsos hermanos.

La lección de Pablo. Pablo estaba fascinado por Cristo y se compromete radicalmente con Él. Nos enseña la fuerza de la gracia. "Por la gracia soy lo que soy." Pablo no sólo ha sido apóstol y predicador para su tiempo, es predicador para todos los tiempos de la Iglesia mediante sus cartas, que leemos cada domingo en la celebración de la eucaristía. Escuchemos su predicación y pongámosla en práctica en la vida.

¿Doy gracias a Dios por pertenecer a la Iglesia, como piedra viva?

¿Tengo devoción a los apóstoles, columnas de la Iglesia?

¿Venero al Papa, como sucesor de Pedro?

Descubrir el camino de Jesús

Primera lectura: Hechos de los Apóstoles 4,33; 5,12.27-33; 12,2

Segunda lectura: 2 Corintios 4,7-15

Evangelio: Mateo 20,20-28

La cuestión del nombre. En torno a la figura de Santiago existe mucha confusión por estar unido legendariamente a la literatura épica de los comienzos de nuestra cultura hispana y a los tensos momentos que se vivieron entre dos culturas enfrentadas por la supremacía en un mismo territorio. Su nombre es resultado de una evolución lingüística desde el hebreo !acob, al griego !acabos y su transcripción castellana como Jacoba y también Yago. De Yago sale el santo incorporado al nombre san Yago = Sant-iago.

El Yago histórico. Pero Yago o Jacobo o Jaime fue alguien que convivió con Jesús, era hermano de Juan y testigo de momentos especiales de la vida de Jesús. Su trayectoria refleja muy bien el proceso que cualquier creyente puede experimentar en su vida religiosa.

Su percepción de la figura del Mesías estaba condicionada por el ambiente del nacionalismo, deseoso de recuperar un sistema político propio frente al poderoso Imperio romano. La pedagogía de Jesús le fue llevando a descubrir unos horizontes distintos y a romper con sus ambiciones personales.

Fue apóstol, es decir, abierto. La experiencia de vida compartida con Jesús lo transformó en apóstol, a saber, abrió su visión, cerrada y egoísta, al panorama más amplio de un mundo necesitado de esperanza, se sintió impulsado a compartir su propia experiencia y se hizo universal, abierto, comunicador. Ésos son los significados de la palabra apóstol, indicadores todos de relación y apertura, de contacto y

diálogo, de respeto y elasticidad, nunca de cerrazón, intolerancia e imposición.

Poco tiempo pudo vivir su condición apostólica, ya que fue de los primeros seguidores de Jesús en sufrir en propia carne un final violento y trágico. Hasta ahí le llevó el proceso que había iniciado, junto con su hermano Juan, el día que preparaba las redes de su oficio.

Consecuente con su fe. Seguir a Jesús es, para todo creyente, hacer el camino de la propia vida abiertos al futuro, atentos a su voz que nos llama a través de los demás, dispuestos a cambiar nuestros esquemas y actitudes cuando no coincidan con el mensaje de amor y consecuentes y fuertes para expresarlo, con el testimonio de la propia vida, en las presiones que pretenden hacernos renunciar a las convicciones de un Dios de amor para todos pero también de libertad y justicia para todos.

No es fácil, tantas veces, distinguir entre cambio personal y claudicación cobarde o interesada. Tampoco lo es la distinción entre persona consecuente con sus convicciones y actitud cerrada e intolerante. También en esto es necesario mantener un proceso vital de continua convivencia y encuentro con el Jesús que fue capaz de estar abierto a todos y sensible a las necesidades sin dejarse dominar por las presiones interesadas de unos y otros.

Dar la vida por alguien es la expresión máxima de valentía, servicio y sinceridad. De identificación con alguien a quien valoramos o queremos por encima de nuestra realidad personal. Dar la vida por algo es sinónimo de idolatría y fanatismo.

Entregar la vida por los demás y por Dios es afirmar la dignidad y el valor absoluto que, por Dios, tiene todo ser humano y, por tanto, la intocabilidad de la vida de toda persona.

Sería absurdo justificar, con el nombre de un mártir, actitudes violentas, intolerantes o discriminatorias.

Si nuestra cultura quiere mantener unas señas de identidad con referencia a san Yago, nunca podrá ser para excluir y oponer sino para abrirse, integrar y establecer cauces de relación y colaboración. En eso, el Camino Jacobeo sí que responde a la identidad del santo, porque, como él, es poner en relación gentes y culturas distintas, es integrar a los caminantes de la historia con los paisajes de su tiempo y es asumir

que la vida es un camino para todos en el que podemos echarnos una mano en lugar de hacérselo más difícil.

¿Nuestros cambios personales se deben a una experiencia de renovación religiosa o a la adaptación a un ambiente indiferente a las cuestiones profundas de la vida?

¿Nuestra religiosidad es relación con un Alguien o aceptación de unas ideas?

¿Somos sensibles y abiertos a las personas que no son; no creen ni piensan como nosotros?

Un mundo como Dios manda

Primera lectura: Apocalipsis 11,19a; 12,1.3-6a.10ab

Segunda lectura: 1 Corintios 15,20-27a

Evangelio: Lucas 1,39-56

Las maravillas de Dios. Hoy celebramos la fiesta de la asunción de María al cielo, en cuerpo y alma. Celebramos, por tanto, la gracia de Dios que hizo maravillas en María y por María, como reconoce ella misma en presencia de Isabel. Cuando ésta la saluda, reconociéndola madre de Dios, María no se complace en sí misma sino que todo lo atribuye al Señor, que es quien verdaderamente hace maravillas. María se reconoce insignificante ante Isabel, pero se hace lenguas de Dios. También delante del ángel que le invita a ser madre de Dios, se reconoce sólo esclava del Señor. Todo el mérito se lo atribuye a Dios, todo es cosa de la gracia de Dios. Pero, con eso, no deja de reconocer las maravillas de Dios en ella, porque Dios se complace en la humildad de su sierva, y ha querido que todas las generaciones la llamen bienaventurada. Y lo mismo que Dios eligió a María, nos ha elegido a cada uno de nosotros por el bautismo, para seguir haciendo maravillas en su Iglesia y en el mundo.

La alegría de María. María, después de reconocer y rendir admiración a la gracia de Dios, no puede ocultar la inmensa alegría que embarga su espíritu, al saberse elegida para ser madre del Salvador. La maternidad divina es, sin duda, la maravilla más grande de la creación. Nada hay que se le pueda comparar. Así lo reconoce, llena de asombro Isabel, cuando María entra por la puerta de su casa: “¿Quién soy yo para que me visite la madre de mi Señor?”. Así lo proclamó a los cuatro vientos una mujer entusiasmada escuchando a Jesús y que no pudo contenerse: “¡Dichosa la madre que te crió y los pechos que te alimentaron!”. La

dicha de María es grande en el Señor y, gracias al Señor, es también una alegría personal incomparable. Así lo reconoce Isabel al exclamar "¡dichosa tú que has creído!". Y así lo proclamó Jesús, al aprobar y mejorar el entusiasmo de aquella mujer, diciendo que son dichosos los que escuchan la Palabra de Dios y la cumplen. Reconocía así Jesús el mérito de María por su disponibilidad incondicional a la acción de Dios. Y, al mismo tiempo, hacía extensible la dicha y la alegría para todos sus seguidores. Porque también nosotros, como María, estamos llamados a escuchar la Palabra de Dios, acogerla en nuestro interior y alumbrarla en nuestras obras y en nuestra vida.

María, causa de nuestra alegría. El gozo de María es, primero y sobre todo, gozo en el Señor. El *Magnificat* es un canto de exaltación de las maravillas de Dios. Es, además gozo y alegría personal, al ver su pequeñez centro de la mirada de Dios. El *Magnificat* es también un canto de gozo y de exultación, porque el poderoso ha hecho grandes obras en ella por ella. Pero el gozo de María es también un gozo compartido y brindado a todos, a la Iglesia, a nosotros.

El *Magnificat* es, además, un canto de liberación para la humanidad. En un mundo en crisis, en tiempos difíciles para los creyentes, el vidente del Apocalipsis llama a la resistencia y a la esperanza apostando por la utopía: una mujer encinta burla las asechanzas del dragón, y logra poner a salvo la vida, dando a luz un niño. La Iglesia ve con esperanza una confirmación de esa visión en María, la virgen madre del Salvador. En el hijo de María, en Jesús muerto y resucitado, el mundo recobra su verdadero sentido y la humanidad su verdadero destino delante de Dios.

Que nada ni nadie nos quite la alegría. Hoy podemos ver en María, en la fiesta de su ascensión, una confirmación de la resurrección y de la nueva vida que nos trae Jesús, y una garantía de la nuestra. Pero esta alegría no puede ser una coartada para presumir que todo está ya terminado, sino un acicate para levantar el ánimo, consolidar la esperanza y animarnos en las tareas de la paz y de la justicia. María, en el canto del *Magnificat*, que es como su manifiesto, apuesta por la utopía, por un mundo patas arriba, en el que los pobres salen de apuros y los ricos ven desmoronarse su fortuna, donde los prepotentes caen de sus pedestales y los "donnadie" asumen las riendas del mundo. La alegría nos

lleva con María a apostar por otro mundo, un mundo como Dios manda, como el que Dios nos manda.

¿Estamos reconocidos al Señor? ¿Nos hacemos lenguas de sus maravillas?

¿Estamos alegres... en el Señor? ¿Nos produce gozo el sabernos elegidos por el bautismo?

¿Estamos atentos a la Palabra de Dios? ¿Tratamos de alumbrarla en nuestra vida? ¿Apostamos por un mundo mejor... para todos, como Dios manda?

Mirar la cruz, bajar de la cruz

Primera lectura: Números 21,4b-9

Segunda lectura: Filipenses 2,6-11

Evangelio: Juan 3,13-17

Cristo elevado en la cruz. El centro de las lecturas de esta fiesta es Cristo elevado en la cruz y muerto en ella. Celebramos, no tanto el exaltar la cruz, cuanto el amor de Jesús manifestado en ese tormento al que le han conducido los poderes de este mundo por la subversión de valores que su vida y sus palabras han provocado y provocarán siempre en el mundo. A ese cambio de valores y de situación se opondrán, con todos los medios a su alcance, los poderes del mal, que mataron al Justo y matarán como a Él a todos los justos del mundo que se les quieran oponer.

La mirada y la fe. La respuesta que Dios ofrece ante la muerte de su Hijo es la mirada y la fe. Mirar al crucificado elevado en la cruz y creer en Él. Contemplar hasta dónde ha llegado y hasta dónde le ha llevado a Jesús su amor a la humanidad. Debemos mirar al crucificado. Mirar largamente, pausadamente, contemplando todo el horror y la injusticia de la situación y todo el amor de Jesús. Allí está nuestro Dios crucificado por las fuerzas del mal. Y nosotros hemos hecho de la cruz, demasiado pronto, algo glorioso, y la hemos transformado en imágenes de oro con alocada rapidez, sin comprometernos en el fondo con lo que la cruz significó y sigue significando de crueldad e infamia en nuestro mundo.

Sí, también hoy. Nuestro Dios ha muerto en la cruz como un malhechor, fuera de la ciudad, expulsado de ella. Jesús ha sido vencido por unos personajes y unos intereses muy concretos, por unas estructuras de pecado que siguen estando ahí. Y nosotros hemos exaltado todo eso

sin asimilar el misterio de amor, de entrega y también de mal y de pecado que hay delante de nuestra mirada. Parecemos mudos y pasivos espectadores de la tragedia que se está representando en el gran teatro del mundo.

Pueblos enteros están siendo crucificados. No todo se resuelve con procesiones, incienso y cantos religiosos. "Cristo sigue en agonía hasta el final de los tiempos." Los poderes de este mundo todavía compran voluntades y comportamientos asesinos. El justo sigue siendo asesinado, y hoy son muchas las personas y pueblos enteros que están siendo crucificados, ante la mirada ciega y cómplice de esa otra parte de la humanidad que vivimos plácidamente, anestesiados contra el dolor ajeno. Las fuerzas del mal siguen obrando entre nosotros. Son las estructuras de pecado denunciadas por la Iglesia en cada ocasión en la que el mal golpea a tantos inocentes.

Nuestra vida cómoda se ve sacudida por la infamia de la cruz que sufren tantos hermanos nuestros. Ellos apelan a nuestra conciencia y nos piden que les miremos, que no miremos hacia otro lado, aunque a veces esa mirada se haga insostenible, y no podamos ya seguir viendo esas imágenes que hieren nuestra sensibilidad.

Dios es su gloria y su destino. Desde la contemplación de Cristo crucificado, desde la mirada llena de fe y de amor a los crucificados de nuestro tiempo, puede llegarnos la salvación. A ellos, pero también a nosotros. Dios ha mirado a su Hijo, rebajado hasta la muerte y una muerte de cruz, y le ha exaltado como Señor de cielo y tierra. Y con Él, sigue exaltando cada día a cuantos, al mirarle, creen en Él y aman al mundo y a sus hermanos de tal manera que no temen seguir los pasos de su Maestro y Señor, bien ciertos de que más allá del pecado, de la cruz y de la muerte, Dios es su gloria y su destino último y definitivo.

Tres cruces. Cruz de Jesús, signo de amor al Padre y a su Reino, signo de amor a la humanidad entera. Cruz del discípulo, pero no la que nos ponemos, sino la que la vida cada día nos pone encima cuando queremos seguir los pasos de Jesús, sus Bienaventuranzas, su estilo de vida, su opción por los valores supremos del ser humano, de cada uno y de todos, en la relación de los unos con los otros. Y cruz de los crucificados, de las víctimas de cada día, de los hombres y mujeres cuya dignidad es

violada por el juicio injusto, como el de Jesús, decidido por los poderosos.

El Resucitado. El objeto de nuestra adoración, aquel al que damos fe y nos mantiene en la fe, aquel al que confesamos como único Señor, es el Resucitado que fue crucificado. La cruz es el madero del que han colgado su amor y su entrega. Él es quien salva al que le mira, y al mirarle, cree en Él y le ama.

¿Me dejo conducir, en mi vida diaria, por el amor entregado de mi Señor crucificado?

El seguimiento de Jesús, ¿me hace participar de sus sufrimientos?

¿Qué hago, además de rezar, por bajar de la cruz a mis contemporáneos crucificados?

Somos un pueblo de santos

Primera lectura: Apocalipsis 7,2-4.9-14

Segunda lectura: **1 Juan** 3,1-3

Evangelio: Mateo S,1-12a

La gran familia de Dios. Todos nosotros hemos soñado alguna vez con un mundo feliz y en paz, sin pobreza, ni sufrimiento, ni temotes. Y todos hemos pensado que un mundo así sería el cielo. Pues eso es lo que nos ha dicho, y de una maneta inspirada, genial, el autor del Apocalipsis. Juan ha visto a la humanidad como una multitud inmensa, que nadie sería capaz de contar, de toda nación, raza, pueblo y lengua. Y la ha descrito como una gran familia, todos de punta en blanco, con Cristo a la cabeza y alrededor del Padre en los cielos.

y esa visión de Juan nos la brinda hoy la Iglesia, precisamente en la fiesta de Todos los Santos, que es como una celebración recurrente todos los años de la visión que el apóstol brindó a los primeros cristianos para animarles en el combate de cada día. Y nos la ofrece hoy para que nunca la perdamos de vista. Ésa es nuestra utopía y nuestra esperanza. Es, por tanto, la razón de nuestra vida. Pero Juan no se deja llevar de la ilusión, y por eso se refiere también a los que luchan en la vida, a todos, a los 144.000, que es un modo de decir la totalidad del pueblo de Dios. Porque sabe que la vida era difícil en aquellos tiempos de persecución, como lo es también en estos tiempos de secularización, de indiferencia, de desánimo.

El espíritu de familia. Jesús, en el evangelio que tantas veces hemos oído y que acabamos de escuchar una vez más, nos da la clave para el combate que estamos librando en el mundo. Las Bienaventuranzas son, sobre todo, una voz de aliento y de esperanza para levantar el ánimo de los que aparentemente no tienen nada que hacer en este mundo, por-

que Dios cuenta con ellos para edificar su Reino ya en este mundo. Las Bienaventuranzas ponen de manifiesto la tensión entre una situación presente insostenible y el cambio necesario para un mundo mejor. Entre un presente de pobreza, de lágrimas, de hambre, de venganzas y malas artes, de violencia, de guerras y de injusticias, y un futuro distinto, donde todo eso será eliminado y florecerá la buena voluntad, la honestidad, la tolerancia, la solidaridad, el compromiso por la justicia y los esfuerzos por la paz. Entre un mundo roto y deshecho por la desidia de unos y los desmanes de otro, y otro mundo distinto, un mundo como Dios manda, el Reino de Dios que han de construir ya en la tierra los pobres, es decir, los que no cuentan para los poderosos de este mundo, pero que son precisamente con los que cuenta Dios.

El espíritu de las Bienaventuranzas es el nuevo espíritu que anima y sostiene el esfuerzo de los hijos de Dios, de todos los que viven empeñados en hacer la voluntad de Dios para que venga su Reino y reinen la justicia, la libertad y la fraternidad.

El espíritu de las Bienaventuranzas. Se ha dicho que este evangelio, al llamar dichosos a los pobres, es una invitación a la resignación, a la sumisión al sistema y, por tanto, que es una alienación. Pero se ha dicho superficialmente y sin razón. El evangelio no dice que la dicha sea la pobreza, o las lágrimas o el hambre. Lo que Jesús dice, y lo dice a los pobres y a los que lloran, es que no deben rendirse, ni doblegarse al chantaje, sino que les anima a perseverar en sus esfuerzos por otro mundo posible y mejor para todos. Y lo dice Él, que era pobre y que fue excluido y perseguido y condenado... y no cesó hasta dar su vida y resucitó para armar nuestra esperanza. Por eso, las Bienaventuranzas, en boca de Jesús, son no sólo buenas palabras, ilusiones, sino que sueñan con autenticidad, como una llamada a la esperanza, como un reto a la acción. Para que no nos resignemos, creyendo que no se puede hacer nada, pensando que no hay nada que hacer, sino que nos comprometamos en un cambio radical.

Nuestra esperanza es paciencia, sí, porque hay que padecer y sufrir, como el Hijo del hombre, pero es también resistencia y ánimo para que no comulguemos con la injusticia, sino que nos comprometamos en la lucha por la justicia; para que no cedamos a los intereses de los que quieren la guerra y la violencia, sino que nos esforcemos en trabajar por la paz; para que no cedamos a las trampas, zancadillas, malos modos, sino que procedamos con nobleza, con sinceridad, con respeto; en una palabra, para que no seamos cómplices del mal, sino artífices del bien

y mensajeros de la bondad, y del amor de Dios que nos quiere como hijos y como a tales nos reserva una fiesta sin fin en el cielo.

¿Cómo andamos de ilusiones? ¿Nos permitimos soñar de vez en cuando en un mundo mejor? ¿Nos conformamos sólo con soñarlo? ¿Qué hacemos para cambiarlo? ¿Qué estaríamos dispuestos a hacer?

¿Pensamos alguna vez en el cielo? ¿Hemos olvidado ya nuestro destino? ¿Nos sirve de estímulo y de acicate en la vida? ¿En qué pensamos cuando rezamos "Padre nuestro que estás en el cielo..."?

¿Creemos en las Bienaventuranzas? ¿Tratamos de que presidan nuestra vida?

Ese templo sois vosotros

Primera lectura: Ezequiel 47,1-2.8-9.12

Segunda lectura: 1 Corintios 3,9c-11.16-17

Evangelio: **Juan** 2,13-22

Presencia de Dios. Celebrar la Dedicación de una Basílica nos hace evocar la presencia de Dios en medio de su pueblo. Una presencia que, cuando el Pueblo de Dios se va formando en su caminar hacia la Tierra Prometida, se concreta en la Alianza que Dios establece con ese pueblo al que acompaña. Una tienda y un arca serán el sencillo signo de que el Dios de la Alianza camina con ellos. A lo largo de la Historia de la Salvación, los profetas recordarán al pueblo que la presencia de Dios no se puede encerrar en un templo construido por manos humanas. ¿Qué templo podéis construir al que es Señor del Universo, sino el cumplimiento fiel de los términos de la Alianza: el amor, la justicia, la defensa del oprimido, la paz? Cuando el pueblo es fiel a la Alianza, el Señor habita en medio de su pueblo. Cuando la infidelidad le lleva tras otros dioses, tras la injusticia, o el ultraje a los pobres, Dios huye de su pueblo y expresa su malestar con un castigo que llama al arrepentimiento y a la vuelta a la Alianza.

Jesús les **hablaba del Templo** de su cuerpo. Ése será también el camino de Jesús, que llevará a plenitud la Alianza de Dios, sellada con la entrega de su Cuerpo y en el derramamiento de su sangre, como celebramos y proclamamos cuando la eucaristía es auténtica memoria de Jesús. Ya no hay otro templo, ni el templo es ya nada. Ni Garizín, ni Jerusalén, ni el hermoso Templo de Salomón. Todo será destruido. Y cuando Jesús dijo: "*Destruid este templo, y en tres días lo levantaré*", los judíos no comprendieron que les hablaba del Templo de su cuerpo. ¿Lo entendemos nosotros? Los creyentes debemos preguntarnos si hemos com-

prendido el misterio del Templo. ¿Dónde está presente Dios? ¿Qué templo hay que pueda albergar la presencia del Señor de cielo y tierra? Sólo uno: Jesucristo. "El Padre está en mí y yo en Él", dirá Jesús. Y ese Padre quiere ser adorado en Espíritu y en Verdad.

El hombre, templo santo en el que Dios habita. Tras la Pascua de Jesús, esa presencia se prolonga en su Cuerpo, que es la Iglesia. Pero ella es sacramento de la presencia de Dios en el mundo y para el mundo, signo e instrumento de la unión de Dios con el hombre y de la unidad del género humano. Lo humano, el hombre, todos los hombres y cada uno de ellos, en la unicidad y dignidad de su persona, es el lugar donde Dios habita y quiere seguir habitando. Y *"si alguno destruye el templo de Dios, Dios lo destruirá a él; porque el templo de Dios es santo: Ese templo sois vosotros"*, hemos escuchado a Pablo. Cristo, el Señor, se ha identificado con ese templo que es el hombre. La enseñanza definitiva de Jesús, su testamento y juicio, es una llamada a descubrir en el pobre toda su presencia real: "Cada vez que los hicisteis con uno de estos mis humildes hermanos, hambrientos, forasteros, desnudos, enfermos, encucelados, a mí me los habéis hecho".

Nosotros lo estamos profanando. Deberíamos ser también más sensibles a la destrucción que cada día seguimos haciendo de ese templo sagrado que son los pueblos pobres, en este siglo XXI que está naciendo bajo el signo de una brutal violación de los derechos humanos. ¿Se puede soportar tan pasivamente como lo estamos haciendo, también en la Iglesia, tanta humillación de los pobres, tanta muerte, tanta guerra, tanta carrera de armamentos, tanta mentira de los poderosos, tanta explotación del Tercer Mundo? Aquí y ahora, hoy, delante de nuestros ojos y de nuestra pasiva complicidad, en este mundo que pregona la libertad, la igualdad y la fraternidad, se está derribando, con nuestro egoísta vivir, el templo que Dios ha levantado a su imagen y semejanza. Nosotros lo estamos profanando. Para que no olvidemos sus enseñanzas, Jesús nos convoca y nos reúne en la celebración de su Memorial, de su Alianza Nueva y Eterna, hecha sacramento en la entrega de su Cuerpo y en su Sangre derramada. Con este Jesucristo, con este Señor, con su palabra y su vida toda, vamos a comulgar ahora y cada día, como signo de la mesa del Reino abierta a todos, y como alimento y fuerza para anticiparla en el tiempo presente. Vamos a tomarnos más en serio la Palabra de Dios proclamada y el Cuerpo que vamos a comulgar, y vamos a pedir a Dios que destruya a cuantos hoy siguen profanando ese

templo de Dios que es el hombre, sobre todo ese hombre llevado a la angustia y tedio hasta la muerte. Con María, templo del Espíritu, madre del Templo-Jesús, madre del Templo-Iglesia, madre de los pobres y de los que sufren, pedimos a Dios que derribe del trono a los poderosos y enaltezca a los humildes. Y que derribe también, en cada uno de nosotros, el orgullo y la prepotencia que hacen que nos situemos por encima de los demás en lugar de ponernos a su servicio.

¿Caminamos en la presencia de Dios? ¿Somos fieles a su Alianza de amor entregado?

¿Participo, como piedra viva, en la edificación de la Iglesia y en su misión en el mundo?

¿Mi fe me lleva a considerar y tratar a toda persona como templo de Dios?

María, fecundidad de Dios

Primera lectura: Génesis 3,9-15.20

Segunda lectura: Efesios 1,3-6.11-12

Evangelio: Lucas 1,26-38

El triunfo de lo popular. La religiosidad popular, tan humana, tan existencial, tan ligada a los sentimientos y experiencias de la vida, siempre ha sido muy mariana, es decir, ha girado mucho en torno a la Virgen.

Para encomendar a nuestros seres queridos, pedir ayuda para nuestros esfuerzos, expresar las inseguridades y miedos, buscar protección maternal desde ese niño temeroso que todos llevamos dentro y sentirse acogido en la capacidad ilimitada de una madre..., la devoción a María es un caso histórico de cauce de esta religiosidad que el pueblo ha cultivado con la espontaneidad de quien vive algo sentido y cercano.

La vieja Eva. Las lecturas de esta fiesta nos proponen dos figuras humanas que representan dos formas de abordar la realidad de un mundo marcado por la experiencia del mal.

Eva, con su pareja Adán, es la imagen patética de quien se siente culpable e impotente porque a su ilusión por ser poderosos y fuertes, cuando las cosas les iban bien, le sucede la frustración y el sentimiento de impotencia y de acusación. Eva es la tristeza, la negación, la fatalidad, el sufrimiento no aceptado, el trabajo entendido como condena y castigo, la familia vivida como carga, la cotidianidad como rutina repetida y cargante, la muerte como destino de destrucción, el mundo como tarea imposible, la vida como pena impuesta, y el tiempo como medida interminable del horror.

Para Eva, Dios es el ojo vigilante y acusador, el que hace sentirse desnudo y descubrirse todas las miserias sin compasión ni acogida.

La joven María. María es el prototipo de quien conoce su propia realidad y sus limitaciones pero está abierta a las posibilidades que le vengan de fuera, sobre todo de Dios. Habitante de un mundo pequeño, conoce muy bien el horizonte cercano al que puede aspirar. Lleva una vida tranquila hasta que Dios se la complica con un mensaje que supone un camino nuevo y el cambio en el proceso de su fe tradicional.

En ella, como en todos los que quieren, se va a hacer presente Dios con todo su poder, desbaratando y destrozando la visión antigua y la fuerza de los poderosos, mostrando que la vida no es una condena ni el mundo una carga, y que se puede hacer... que Dios haga.

María es consciente de su limitación, de su pequeñez; pero el mensaje de Dios es que cuando alguien se siente tan impotente ante todo y no se cierra en su desesperación, sino que se abre a Dios y su posibilidad, entonces es cuando comienzan a ocurrir cosas sorprendentes.

María representa nuestro futuro, la humanidad reconciliada con su condición, la exaltación de la sencillez y la garantía de que cualquier ser anónimo es importante para Dios y puede dirigirse a Él y esperar.

María es, también, la forma en que Dios nos invita y cuenta con nosotros para hacer cosas grandes aunque nos parezca desproporcionada la inmensidad de la tarea, y nos repite que realicemos su mismo proceso de confiar más en Dios y contar con Él.

Es lógico que, sintiendo interiormente esta experiencia de fe tan cercana a lo cotidiano, nuestra gente haya cultivado una forma de relación que tiene que ver con la vida sencilla y sufrida y no con las disquisiciones intelectuales y teológicas, necesarias pero instrumentales, que han encerrado a Jesús tantas veces en los formulismos de declaraciones distantes de los sentimientos y las preocupaciones.

¿Hacemos de la fe un conjunto de fórmulas o una experiencia cotidiana?

¿Transmitimos un sentido pesimista o despertamos esperanza y confianza?

¿Creemos con Dios en lo imposible?

Índice general

| | |
|--|-----|
| Primer domingo de Adviento | 11 |
| Segundo domingo de Adviento | 15 |
| Tercer domingo de Adviento | 19 |
| Cuarto domingo de Adviento. | 23 |
| Navidad: Nochebuena | 29 |
| Navidad: misa del día | 33 |
| Sagrada Familia | 37 |
| Santa María, Madre de Dios | 41 |
| Segundo domingo después de Navidad | 45 |
| Epifanía | 49 |
| Bautismo del Señor | 53 |
| Miércoles de Ceniza | 59 |
| Primer domingo de Cuaresma | 63 |
| Segundo domingo de Cuaresma | 67 |
| Tercer domingo de Cuaresma | 71 |
| Cuarto domingo de Cuaresma | 75 |
| Quinto domingo de Cuaresma | 79 |
| Domingo de Ramos | 83 |
| Jueves santo | 87 |
| Viernes santo | 91 |
| Vigilia pascual | 95 |
| Pascua de Resurrección: misa del día | 99 |
| Segundo domingo de Pascua | 103 |
| Tercer domingo de Pascua | 107 |
| Cuarto domingo de Pascua | 111 |
| Quinto domingo de Pascua | 115 |
| Sexto domingo de Pascua | 119 |
| Ascensión | 123 |
| Pentecostés | 127 |
| Segundo domingo del Tiempo ordinario. | 133 |
| Tercer domingo del Tiempo ordinario | 137 |
| Cuarto domingo del Tiempo ordinario | 141 |
| Quinto domingo del Tiempo ordinario | 145 |
| Sexto domingo del Tiempo ordinario | 149 |
| Séptimo domingo del Tiempo ordinario | 153 |
| Octavo domingo del Tiempo ordinario | 157 |

| | |
|--|-----|
| Noveno domingo del Tiempo ordinario ○..... | 161 |
| Décimo domingo del Tiempo ordinario | 165 |
| Undécimo domingo del Tiempo ordinario ○..... | 169 |
| Duodécimo domingo del Tiempo ordinario ○..... | 173 |
| Decimotercer domingo del Tiempo ordinario | 177 |
| Decimocuarto domingo del Tiempo ordinario ○..... | 181 |
| Decimoquinto domingo del Tiempo ordinario ○..... | 185 |
| Decimosexto domingo del Tiempo ordinario | 189 |
| Decimoséptimo domingo del Tiempo ordinario ○..... | 193 |
| Decimooctavo domingo del Tiempo ordinario ○..... | 197 |
| Decimonoveno domingo del Tiempo ordinario | 201 |
| Vigésimo domingo del Tiempo ordinario ○..... | 205 |
| Vigesimal primer domingo del Tiempo ordinario ○..... | 209 |
| Vigesimal segundo domingo del Tiempo ordinario ○..... | 213 |
| Vigesimal tercer domingo del Tiempo ordinario | 217 |
| Vigesimal cuarto domingo del Tiempo ordinario ○..... | 221 |
| Vigesimal quinto domingo del Tiempo ordinario ○..... | 225 |
| Vigesimal sexto domingo del Tiempo ordinario | 227 |
| Vigesimal séptimo domingo del Tiempo ordinario | 231 |
| Vigesimal octavo domingo del Tiempo ordinario ○..... | 235 |
| Vigesimal noveno domingo del Tiempo ordinario ○..... | 239 |
| Trigésimo domingo del Tiempo ordinario ○..... | 243 |
| Trigesimal primer domingo del Tiempo ordinario | 247 |
| Trigesimal segundo domingo del Tiempo ordinario ○..... | 251 |
| Trigesimal tercer domingo del Tiempo ordinario. | 255 |
| Trigesimal cuarto domingo del Tiempo ordinario: Jesucristo, Rey del universo ○..... | 259 |
| Presentación del Señor ○..... | 265 |
| San José ○..... | 269 |
| Santísima Trinidad. | 273 |
| El Cuerpo y la Sangre de Cristo | 277 |
| San Pedro y san Pablo ○..... | 281 |
| Santiago ○..... | 285 |
| Asunción de la Virgen María | 289 |
| Exaltación de la Santa Cruz ○..... | 293 |
| Todos los Santos ○..... | 297 |
| Dedicación de la Basílica de Letrán ○..... | 301 |
| Inmaculada Concepción | 305 |

Índice de lecturas

ANTIGUO TESTAMENTO

| | |
|----------------------------------|-----|
| Génesis 1,1-2-2 | 95 |
| Génesis 2,7-9; 3,1-7 | 63 |
| Génesis 3,9-15.20. | 305 |
| Génesis 12, 1-4a | 67 |
| Génesis 22,1-18 | 95 |
| Éxodo 12,1-8.11-14 | 87 |
| Éxodo 14,15-15,1 | 95 |
| Éxodo 17,3-7 | 71 |
| Éxodo 19,2-6a | 169 |
| Éxodo 22,20-26 | 243 |
| Éxodo 34,4b-6.8-9 | 273 |
| Levítico 19,1-2.17-18 | 153 |
| Números 6,22-27 | 41 |
| Números 21,4b-9 | 293 |
| Deuteronomio 8,2-3.14b-16a | 277 |
| Deuteronomio 11, 18.26-28.32 | 161 |
| 1 Samuel 16,1b.6-7.10-13a | 75 |
| 2 Samuel 7,4-5a.12-14a.16 | 269 |
| 1 Reyes 3,5.7-12 | 193 |
| 1 Reyes 19,9a.11-13a | 201 |
| 2 Reyes 4,8-11.14-16a | 177 |
| Isaías 2, 1 - 5 | 11 |
| Isaías 5,1-7 | 231 |
| Isaías 7, 10-14 | 23 |
| Isaías 9,1-3 | 137 |
| Isaías 9,1-3.5.6 | 29 |
| Isaías 11,1-10 | 15 |
| Isaías 22,19-23 | 209 |
| Isaías 25,6-10a | 235 |
| Isaías 35, 1-6a.10 | 19 |
| Isaías 42,1-4.6-7 | 53 |
| Isaías 45,1.4-6 | 239 |

| | |
|---|-----|
| Isaías 49,3.5-6 | 133 |
| Isaías 49,14-15 | 157 |
| Isaías 50,4-7 | 83 |
| Isaías 52,7-10 | 33 |
| Isaías 52,13-53,12 | 91 |
| Isaías 54,5-14 | 95 |
| Isaías 55,1-3 | 197 |
| Isaías 55,1-1 1 | 95 |
| Isaías 55,6-9 | 225 |
| Isaías 55,10-11 | 185 |
| Isaías 56,1.6-7 | 205 |
| Isaías 58,7-10 | 145 |
| Isaías 60,1-6 | 49 |
| Baruc 3,9-15.32-4,4 | 95 |
| Jeremías 20,7-9 | 213 |
| Jeremías 20,10-13 | 173 |
| Ezequiel 18,25-28 | 227 |
| Ezequiel 33,7-9 | 217 |
| Ezequiel 34,11-12.15-17 "" | 259 |
| Ezequiel 36,16-28 | 95 |
| Ezequiel 37,12-14 | 79 |
| Ezequiel 47,1-2.8-9.12 | 301 |
| Oseas 6,3-6 | 165 |
| Joel 2,12-18 | 59 |
| Sofonías 2,3; 3,12-13 | 141 |
| Zacarías 9,9-10 | 181 |
| Malaquías 1,14b-2,2b.8-10 | 247 |
| Malaquías 3,1-4 | 265 |
| Proverbios 31,10-13.19-20.30-31 | 255 |
| Sabiduría 6,12-16 | 251 |
| Sabiduría 12,13.16-19 "" "" | 189 |
| Eclesiástico 3,2-6.12-14 | 37 |
| Eclesiástico 15,16-21 | 149 |
| Eclesiástico 24,1-2.8.12 | 45 |
| Eclesiástico 27,30-28,7 | 221 |

NUEVO TESTAMENTO

Evangelios

| | |
|----------------------------|-----|
| Mateo 1,16.18-21.24a | 269 |
| Mateo 1,18-24 | 23 |
| Mateo 2,1-12 | 49 |
| Mateo 2,13-15.19-23 | 37 |
| Mateo 3,1-12 | 15 |
| Mateo 3,13-17 | 53 |
| Mateo 4,1-11 | 63 |
| Mateo 4,12-23 | 137 |
| Mateo 5,1-12a | 141 |
| Mateo 5,1-12a | 297 |
| Mateo 5,13-16 | 145 |
| Mateo 5,17-37 | 149 |
| Mateo 5,38-48 | 153 |
| Mateo 6,1-6.16-18 | 59 |
| Mateo 6,24-34 | 157 |
| Mateo 7,21-27 | 161 |
| Mateo 9,9-13 | 165 |
| Mateo 9,36-10,8 | 169 |
| Mateo 10,26-33 | 173 |
| Mateo 10,37-42 | 177 |
| Mateo 11,2-11 | 19 |
| Mateo 11,25-30 | 181 |
| Mateo 13,1-23 | 185 |
| Mateo 13,24-43 | 189 |
| Mateo 13,44-52 | 193 |
| Mateo 14,13-21 | 197 |
| Mateo 14,22-33 | 201 |
| Mateo 15,21-28 | 205 |
| Mateo 16,13-19 | 281 |
| Mateo 16,13-20 | 209 |
| Mateo 16,21-27 | 213 |
| Mateo 17,1-9 | 67 |
| Mateo 18,15-20 | 217 |

| | |
|-----------------------------|-----|
| Mateo 18,21-35 | 221 |
| Mateo20,1-16 | 225 |
| Mateo 20,20-28 | 285 |
| Mateo 21,28-32 | 227 |
| Mateo 21,33-43 | 231 |
| Mateo22,1-14 | 235 |
| Mateo 22,15-21 | 239 |
| Mateo 22,34-40 | 243 |
| Mateo 23,1-12 | 247 |
| Mateo 24,37-44 | 11 |
| Mateo 25,1-13 | 251 |
| Mateo 25,14-30 | 255 |
| Mateo 25,31-46 | 259 |
| Mateo 26,14-27,66 | 83 |
| Mateo 28,1-10 | 95 |
| Mateo 28,16-20 | 123 |
| Lucas 1,26-38 | 305 |
| Lucas 1,39-56 | 289 |
| Lucas 2,1-14 | 29 |
| Lucas 2,16-21 | 41 |
| Lucas 2,22-40 | 265 |
| Lucas 24,13-35 | 107 |
| Juan 1,1-18 | 33 |
| Juan 1,1-18 | 45 |
| Juan 1,29-34 | 133 |
| Juan 2,13-22 | 301 |
| Juan 3,13-17 | 293 |
| Juan 3,16-18 | 273 |
| Juan 4,5-42 | 71 |
| Juan 6,51-59 | 277 |
| Juan 9,1-41 | 75 |
| Juan 10,1-10 | 111 |
| Juan 11,1-45 | 79 |
| Juan 13,1-15 | 87 |
| Juan 14,1-12 | 115 |

| | |
|---------------------------|-----|
| Juan 14,15-21 | 119 |
| Juan 18,1-19,42 | 91 |
| Juan 20,1-9 | 99 |
| Juan 20,19-23 | 127 |
| Juan 20,19-31 | 103 |

Hechos

| | |
|--|-----|
| Hechos de los Apóstoles 1,1-11 | 123 |
| Hechos de los Apóstoles 2,1-11 | 127 |
| Hechos de los Apóstoles 2,14.22-33 | 107 |
| Hechos de los Apóstoles 2,14a.36-41 | 111 |
| Hechos de los Apóstoles 2,42-47 | 103 |
| Hechos de los Apóstoles 4,33; 5,12.27-33; 12,2 | 285 |
| Hechos de los Apóstoles 6,1-7 | 115 |
| Hechos de los Apóstoles 8,5-8.14-17 | 119 |
| Hechos de los Apóstoles 10,34-38 | 53 |
| Hechos de los Apóstoles 10,34a.37-43 | 99 |
| Hechos de los Apóstoles 12,1-11 | 281 |

Cartas

| | |
|---------------------------------|-----|
| Romanos 1,1-7 | 23 |
| Romanos 3,21-25a.28 | 161 |
| Romanos 4,13.16-18.22 | 269 |
| Romanos 4,18-25 | 165 |
| Romanos 5,1-2.5-8 | 71 |
| Romanos 5,6-11 | 169 |
| Romanos 5,12-15 | 173 |
| Romanos 5,12-19 | 63 |
| Romanos 6,3-11 | 95 |
| Romanos 6,3-4.8-11 | 177 |
| Romanos 8,8-11 | 79 |
| Romanos 8,9.11-13 | 181 |
| Romanos 8,18-23 | 185 |
| Romanos 8,26-27 | 189 |
| Romanos 8,28-30 | 193 |

| | |
|--------------------------------------|-----|
| Romanos 8,35.37-39 | 197 |
| Romanos 9,1-5 | 201 |
| Romanos 11,13-15.29-32 | 205 |
| Romanos 11,33-36 | 209 |
| Romanos 12,1-2 | 213 |
| Romanos 13,8-10 | 217 |
| Romanos 13,11-14a | 11 |
| Romanos 14,7-9 | 221 |
| Romanos 15,4-9 | 15 |
| 1 Corintios 1,1-3 | 133 |
| 1 Corintios 1,10-13.17 | 137 |
| 1 Corintios 1,26-31 | 141 |
| 1 Corintios 2,1-5 | 145 |
| 1 Corintios 2,6-10 | 149 |
| 1 Corintios 3,9c-11.16-17 | 301 |
| 1 Corintios 3,16-23 | 153 |
| 1 Corintios 4,1-5 | 157 |
| 1 Corintios 10,16-17 | 277 |
| 1 Corintios 11,23-26 | 87 |
| 1 Corintios 12,3b-7.12-13 | 127 |
| 1 Corintios 15,20-26a.28 | 259 |
| 1 Corintios 15,20-27a | 289 |
| 2 Corintios 4,7-15 | 285 |
| 2 Corintios 5,20-6,2 | 59 |
| 2 Corintios 13, 11 - 13 | 273 |
| Gálatas 4,4-7 | 41 |
| Efesios 1,3-6.11-12 | 305 |
| Efesios 1,3-6.15-18 | 45 |
| Efesios 1,17-23 | 123 |
| Efesios 3,2-3a.5-6 | 49 |
| Efesios 5,8-14 | 75 |
| Filipenses 1,20c-24.27a | 225 |
| Filipenses 2,1-11 | 227 |
| Filipenses 2,6-11 | 83 |
| Filipenses 2,6-11 | 293 |

| | |
|-------------------------------------|-----|
| Filipenses 4,6-9 | 231 |
| Filipenses 4,12-14.19-20 | 235 |
| Colosenses 3,1-4 | 99 |
| Colosenses 3,12-21 | 37 |
| 1 Tesalonicenses 1,1-5b | 239 |
| 1 Tesalonicenses 1,5c-1 O | 243 |
| 1 Tesalonicenses 2,7b-9.13 | 247 |
| 1 Tesalonicenses 4,13-18 | 251 |
| 1 Tesalonicenses 5,1-6 | 255 |
| 2 Timoteo 1,8b-10 | 67 |
| 2 Timoteo 4,6-8.17-18 | 281 |
| Tito2,11-14 | 29 |
| Hebreos 1,1-6 | 33 |
| Hebreos 2,14-18 | 265 |
| Hebreos 4,14-16; 5,7-9 | 91 |
| Santiago 5,7-10 | 19 |
| 1 Pedro 1,3-9 | 103 |
| 1 Pedro 1,17-21 | 107 |
| 1 Pedro 2,4-9 | 115 |
| 1 Pedro 2,20b-25 | 111 |
| 1 Pedro 3,15-18 | 119 |
| 1 Juan 3,1-3 | 297 |
| Apocalipsis | |
| Apocalipsis 7,2-4.9-14 | 297 |
| Apocalipsis 11, 19a; 12,1.3-6a.10ab | 289 |

Índice de títulos

| | |
|---|-------|
| Abiertos o cerrados a la luz | . 75 |
| ¡Aleluya! ¡Ha resucitado! | . 95 |
| Amad a vuestros enemigos | . 153 |
| Andad y aprended misericordia | . 165 |
| Anticipo de luz y gloria | . 67 |
| Camino, verdad y vida | . 115 |
| Caminos de realización personal | . 161 |
| Ciegos para la gratuidad y el regalo | . 225 |
| Corrección comunitaria | . 217 |
| Cuerpo entregado, sangre derramada | . 277 |
| Dadles vosotros de comer | . 197 |
| Descubrir el camino de Jesús | . 285 |
| Dignidad y sufrimiento | . 83 |
| ¿Dónde está tu corazón? | . 157 |
| Dos siervos, un Señor | . 281 |
| El banquete del Rey | . 235 |
| El dolor del ser humano | . 91 |
| El proyecto de otro | . 269 |
| En la noche y con viento contrario | . 201 |
| Escuela de amor | . 37 |
| Ese templo sois vosotros | . 301 |
| ¡Gracias, Padre! | . 181 |
| Grandeza de las tareas pequeñas | . 23 |
| Habéis oído pero yo os digo | . 149 |
| Habéis resucitado con Cristo | . 99 |
| Hemos creído en Él | . 71 |
| Hijos y libres | . 53 |
| Humano, paciente, misericordioso, compasivo | . 189 |
| La estrella de la alegría | . 49 |
| La fe, la vida, la comunidad | . 103 |
| La identidad por los signos | . 19 |
| La luz y la gloria en un niño | . 265 |
| La paz que Dios nos desea | . 41 |
| María, fecundidad de Dios | . 305 |
| Mi amigo tenía una viña | . 231 |

| | |
|--------------------------------------|-------|
| Mirar la cruz, bajar de la cruz | . 293 |
| Misterio de pobreza | . 45 |
| Nadie está solo | . 119 |
| Niño, alegría, luz, salvación | . 29 |
| Nuestra salvación está más cerca | . 11 |
| Padre, uno; hermanos, todos | . 247 |
| ¿Para qué la sal? | . 145 |
| ¿Quién de los dos hijos? | . 227 |
| ¿Quién soy yo para tí? | . 209 |
| Recuperar la esperanza | . 107 |
| Se trata de creer | . 79 |
| Seducidos por el Crucificado | . 177 |
| Somos un pueblo de santos | . 297 |
| Tentados | . 63 |
| Testigos de Jesús | . 173 |
| Tierra buena | . 185 |
| Toda la esperanza en un niño | . 15 |
| Tuve miedo y escondí mi talento | . 255 |
| Un cambio ilusionante | . 137 |
| Un camino hacia la felicidad | . 213 |
| Un camino hacia la Pascua | . 59 |
| Un Dios compadecido | . 169 |
| Un mundo como Dios manda | . 289 |
| Un Reino ya presente | . 259 |
| Un siervo que quita nuestros pecados | . 133 |
| Una cena de amor y libertad | . 87 |
| Una Iglesia que sepa escuchar | . 193 |
| Una oferta abierta a todos | . 205 |
| Una presencia prometida | . 123 |
| Una puerta abierta a la vida | . 111 |
| ¡Velad! | . 251 |
| ¡Vida mía! | . 33 |
| Vida personal y comunitaria | . 273 |
| Vivir de amor | . 243 |
| Vivir del Espíritu | . 127 |
| Vivir en dignidad y libertad | . 239 |
| Vivir felices | . 141 |
| Vivir la gratuidad | . 221 |